
SERIE
MI PÉQUEÑO
DUENDECILLO
3
El Escocés
que desarmó
mi corazón
ELIZABETH KINSLEY

El Escocés que desarmó mi corazón

ELIZABET KINSLEY



Copyright 2026 de Elizabeth Kinsley
- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Todo estaba bajo control… hasta que apareció un escocés demasiado arrebatador y desafiante.

Arabella Everleigh siempre ha sabido cuál es su lugar en la sociedad inglesa… hasta que las imprudentes decisiones de su padre la colocan al borde del desastre. Para salvar el honor familiar y evitar la ruina, Arabella se ve obligada a aceptar un acuerdo tan incómodo como arriesgado: introducir en la estricta sociedad de Chilchester a **Sir Alexander Abernathy**, un hombre tan fascinante como peligroso para sus convicciones.

Alexander Abernathy es todo lo que Arabella debería evitar. Escocés, independiente, dueño de un temperamento intenso y de una mirada capaz de desarmarla, no encaja en absoluto en el mundo de normas tácitas, prejuicios y apariencias que ella conoce desde la infancia. Sin embargo, tras su elegancia contenida y su pasado marcado por la pérdida y el exilio social, Alexander esconde una lealtad férrea y una pasión que amenaza con derrumbar todas las defensas de Arabella.

Entre jardines iluminados por linternas, valses que roban el aliento y besos que revelan verdades imposibles de ignorar, ambos se

descubren atrapados en una atracción que no entiende de fronteras ni prejuicios. Lo que comienza como una obligación se transforma en un vínculo peligroso, profundo, inevitable.

Pero amar a Alexander significa desafiar la voz de su madre, las normas de su mundo y el miedo a perderlo todo. Y amar a Arabella exige a Alexander algo aún más difícil: creer que puede ser elegido no por conveniencia, sino por amor.

Porque cuando dos corazones se reconocen, ni la razón ni la sociedad pueden dictar las reglas. Y hay amores que no se negocian… solo se viven, aun cuando el precio sea alto.

?? Aunque este libro pertenece a una serie, se puede leer de forma independiente.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 1

Sussex, Inglaterra, 1818

—No fue muy amable en nuestro último encuentro —comentó Sir Alexander Abernathy, alzando ligeramente una ceja altiva.

Arabella Everleigh lo miró fijamente, incapaz de creer que pudiera ser tan poco caballeroso como para traer a colación aquel episodio, ocurrido apenas un mes atrás. Se hallaban en la pasarela de la alta muralla del castillo de Pelworthy, donde una brisa suave agitaba su sombrero y jugueteaba con los rizos dorados que enmarcaban su rostro. Debería haberse sentido profundamente satisfecha: aquel castillo había sido uno de sus lugares predilectos desde la infancia y las vistas del valle de Chilchester resultaban inigualables. Sin embargo, su corazón latía de forma irregular, las rodillas le temblaban y tenía la boca seca. Hasta ese momento solo habían intercambiado cortesías, pero Sir Alexander no se había

mostrado tan receptivo como ella había esperado. Muy al contrario, empezaba a percibir que tenía la firme intención de ponérselo difícil.

Respiró hondo en silencio e intentó apaciguar el desorden de sus latidos.

—No era mi intención ser descortés —respondió con rigidez— la última vez que hablamos.

Él soltó una carcajada breve.

—Me arrojó un reloj a la cabeza.

Arabella apretó los labios, prometiéndose mantener la calma a toda costa.

—Si recuerda bien, me provocó de manera deliberada.

—¿Porque le pedí su mano? ¿Considera eso una provocación?

Sintió cómo el rubor le ascendía por las mejillas.

—Bueno… sí, claro, eso… y… —se interrumpió, consciente de que nada estaba saliendo como lo había planeado. Su mandíbula se tensó con la obstinación de siempre y comprendió que, si no se controlaba, fracasaría en su propósito, tan concreto como odioso, de haber acudido al castillo—. Ojalá pudiéramos olvidar nuestra última conversación.

—Yo estaría dispuesto a ello —respondió él, dedicándole una mirada sospechosa—, si me concediera el beso que le pedí y que me negó rotundamente la última vez que nos vimos.

La ira le subió a la cabeza y estuvo a punto de estallar.

—Cómo se atreve.

—Tal como pensaba —comentó, apoyándose con estudiada indiferencia en uno de los pocos tramos del castillo que aún no estaban en ruinas. Cruzó los brazos sobre el pecho, subrayando su actitud—. Entonces, ¿qué diablos quiere de mí, señorita Everleigh? Porque no puedo creer que me haya convocado aquí solo por cortesía. Aunque tal vez me equivoque. ¿Pretende, quizá, reconocerme socialmente y comenzar a introducirme en la sociedad de Chilchester?

Arabella se apartó de él con rapidez, no con la intención de marcharse, sino para recuperar el equilibrio. Con qué facilidad lograba descomponerla. Ningún hombre —y desde luego ningún caballero— lo había conseguido antes. Al menos, su enfado había tenido el efecto positivo de calmarle los nervios. Pero ¿cómo debía proceder ahora? No lo sabía. Nunca antes había tenido que mendigar.

De pronto, unas lágrimas inesperadas le picaron en los ojos. Parpadeó con rapidez para contenerlas, negándose a ceder. No se convertiría en un pozo de lágrimas por ningún hombre, y mucho menos por aquel horrible escocés que había invadido con tanta desfachatez su prístino vecindario. Incluso estaba tomando aquella encantadora ruina y reconstruyéndola piedra a piedra. Horrible, horrible hombre.

Pero aquel no era un día para escrúpulos ni cobardías. Era hija de Lucretia Cowdray Everleigh, de los Cowdray de Kent, y de Edward Everleigh, de Fairlight Manor. Su madre llevaba muchos años muerta, pero le había inculcado con firmeza el legado de una conducta irreprochable. Conocía su deber en todos los aspectos y tenía la intención de cumplirlo, aunque al hacerlo vulnerara numerosos otros principios. Existían, al fin y al cabo, ciertas circunstancias pecuniarias que permitían relegar los preceptos generales del beau monde. Una necesidad financiera repentina, sin importar la causa, siempre prevalecía sobre los dictados más estrictos de la alta sociedad, incluso sobre la conveniencia de evitar una alianza fuera de la propia posición social.

Arabella se estremeció levemente. Casarse con un escocés estaba tan lejos de todo lo que le habían enseñado como correcto y

decoroso que solo pensarlo la hacía sentirse aquejada de una enfermedad sin nombre. ¿Cómo podría soportar un destino tan terrible?

Sin embargo, debía hacerlo.

Enderezó la espalda y se volvió hacia Sir Alexander, no sin sorprenderse al encontrar en su hermoso rostro una expresión de genuina preocupación. No lograba imaginar el motivo. Tal vez algún pensamiento errante relacionado con el coste de la remodelación del castillo de Pelworthy hubiera cruzado por su mente. Fuera como fuese, ella sabía lo que debía hacer.

—He reconsiderado su amable y generosa oferta de hace un mes —declaró— y, si aún está dispuesto, me complacería aceptar su propuesta de matrimonio.

Su voz no se quebró ni una sola vez durante aquel discurso, aunque las rodillas le volvieron a flaquear. No fue capaz de deducir, por la expresión de Sir Alexander, cómo había recibido su declaración.

Sir Alexander la sostuvo con la mirada, invadido por un sentimiento de resentimiento ante sus palabras. Se sentía receloso y airado, pero al mismo tiempo irremediablemente atraído por la belleza que se erguía con tanto orgullo frente a él. Era de estatura media y elegante en cada gesto y movimiento. Había sido educada para asegurarse un título nobiliario, como cualquier mujer que hubiera recibido aquella formación. Sus ojos, de un verde inusual, eran grandes y estaban rodeados de largas pestañas. Las cejas arqueadas, de marcado aire patricio, delataban aún más su excelente cuna. La nariz recta y los labios de forma encantadora, capaces de hacer tambalear sus sentidos cada vez que esbozaban una sonrisa, completaban un conjunto difícil de ignorar. Poco después de conocerla, había llegado a la conclusión de que, cuando Arabella Everleigh sonreía, se convertía en la criatura más hermosa de la vasta tierra de Dios.

Había sentido un tendre por ella desde la primera vez que la vio, al llegar al apacible valle de Sussex. La ciudad de Chilchester y varios pueblos de los alrededores se hallaban enclavados entre colinas suaves, como tantos otros rincones del condado. El castillo de Pelworthy había sido su objetivo durante años: una destartalada colección de piedras alzada en la ladera, aguardando a un nuevo

amo que devolviera su encanto mediante torres restauradas y antigua gloria recuperada.

El mismo día en que adquirió la propiedad, unos cinco meses atrás, recorría el perímetro de su nueva posesión cuando regresó al patio y se encontró con una gran belleza esperándole. Estaba sentada sobre un antiguo bloque para caballos, cubierto con una manta de lana verde oscuro. Tenía el rostro alzado hacia el cielo y los ojos cerrados, bañándose en la débil luz del sol invernal.

En aquel instante no sabía quién era ni por qué se encontraba allí. Solo vio la sonrisa enigmática de su rostro y quedó hechizado. ¿Quién era aquella belleza que visitaba al propietario de Pelworthy el primer día de su llegada a Sussex? ¿Una diosa? ¿Un hada envuelta en lana? ¿Un fantasma?

La observó durante largo rato, mientras una ráfaga de viento helado se colaba entre las murallas desmoronadas y sacudía su gorro verde. Ella ni siquiera parecía notarlo; mantenía los pensamientos y la mirada fijos en el cielo. Los rizos rubios que habían escapado del gorro danzaban sobre su mejilla.

Finalmente se acercó y citó a un poeta contemporáneo, John Keats:

Porque, en verdad, es un placer dulce y peculiar —y dichoso aquel que halla tal felicidad— poseer tan solo un breve lapso de ocio en mentes elegantes, puras y aéreas.

Ella dio un respingo al oír su voz y lo miró como si el espectro fuera él, y no ella.

—¿Quién es usted? —exclamó.

—Soy el dueño de este lugar —respondió, señalando con un amplio gesto las paredes derruidas, cubiertas en los tramos sombríos por montículos de nieve de febrero.

Ella se puso en pie.

—Entonces es cierto. ¿Pelworthy ha sido vendido?

—Así es.

—¿Entonces usted es el escocés? —preguntó, alzando la barbilla, con la hermosa sonrisa desaparecida desde hacía tiempo.

En sus ojos verdes, él percibió algo más allá del disgusto inmediato: un destello de pérdida tan profundo que lo sorprendió y despertó su curiosidad.

—Lo soy —afirmó con firmeza y orgullo—. Y también soy el inglés que ha comprado el castillo. Mi madre era natural de Sussex.

No obstante, debo confesar que, de ambas herencias, mis raíces del norte me llaman con mayor frecuencia y fuerza.

La vio tragar saliva, nerviosa, dedujo. Era una mujer orgullosa, como se apreciaba en la postura decidida de sus hombros y su espalda.

—Debo marcharme —anunció—. Le ruego que me disculpe por haber entrado en su propiedad. Espero que perdone la intrusión. Solía venir aquí desde niña y deseaba despedirme.

—No es necesario despedirse. Espero que venga tan a menudo como le plazca. Estoy seguro de que el castillo también la echará de menos.

Al escuchar aquello, una pálida sombra de su antigua sonrisa asomó a los bordes de sus labios, aunque desapareció de inmediato tras su cuidada reserva. Hizo una reverencia.

—Que tenga un buen día, señor.

Él se inclinó y la dejó pasar sin preguntarle su nombre. Estaba convencido de que aquello la ofendería. Además, sabía que una belleza semejante no podía ser desconocida en el pueblo más cercano.

Los meses siguientes habían sido un mar tempestuoso que lo golpeó con dureza. Inició de inmediato las reparaciones del castillo, lo que le granjeó el afecto de canteros y albañiles, pero no el de la alta sociedad de Chilchester. Las puertas sociales se le cerraron con firmeza desde el principio. Ninguno de sus intentos logró entreabrirlas siquiera. La señorita Everleigh, figura destacada de aquella sociedad, prácticamente le dio la espalda.

No esperaba nada distinto, dados los prejuicios profundos y arraigados de los pequeños pueblos rurales. Ni siquiera el residente permanente de la gran casa, lord Anthony Stephens, hijo del conde de Selsfield, le ofreció una sola puerta social abierta. Sin embargo, ante tal oposición, se sintió extrañamente complacido. Había llegado para quedarse y, tarde o temprano, la sociedad de Chilchester tendría que aceptarlo, le agradara o no. Conocía demasiado bien la manera en que un grupo de mentes estrechas podía oponerse con fiereza incluso a las personas más encantadoras e inteligentes.

Su madre había sido una de ellas, y su único delito había consistido en casarse con un escocés.

Por ello, que la encantadora señorita Everleigh le pidiera ahora, muy en contra de su voluntad, que se casara con ella, resultaba un

giro de los acontecimientos tan interesante como prometedor. Le había hecho su propuesta un mes atrás, movido en parte por el placer de atormentarla de aquel modo. Naturalmente, había solicitado permiso a su padre para cortejarla y a menudo se había preguntado qué motivo había tenido el señor Everleigh para aceptar la propuesta. Dudaba que llegara a saberlo jamás… o eso creía, hasta ese momento.

Así que Arabella Everleigh deseaba un marido, y no uno cualquiera. Lo deseaba a él. ¿Pero por qué?

—¿Está enamorada de mí? —preguntó, con un leve temblor en los labios.

Ella pareció retroceder.

—Por supuesto que no. Este sería un matrimonio de conveniencia. Si quiere saberlo, han surgido ciertas circunstancias desafortunadas que me han obligado a buscar esposo.

—Ya veo. Pero ¿por qué yo? —insistió.

Un rubor tenue se extendió por sus mejillas cremosas.

—No le insultaré diciéndole que por sus bigotes. Por su riqueza, naturalmente.

—Comprendo. ¿Y cuándo se hizo necesario que la señorita Everleigh contrajera matrimonio por un motivo semejante? Tenía entendido que su dote era considerable.

—La dificultad no es mía, sino de mi padre. Un embarazo reciente, por así decirlo.

Creyó entenderla, aunque no dejó de sorprenderse. No había oído nada desfavorable acerca de Edward Everleigh, ni un solo murmullo entre los sirvientes que indicara un grave revés de fortuna. Sin embargo, su hija estaba allí, hablándole de lo contrario.

—Tiene varios pretendientes dispuestos a cumplir con su deber, señorita Everleigh, y con recursos suficientes para responder a cualquier compromiso que su padre haya adquirido —replicó—. Debo preguntarle de nuevo: ¿por qué me ha elegido a mí?

Ante aquello, su actitud se tornó rígida y altiva.

—Debería haber sabido que me acosaría con preguntas poco elegantes.

—No me dejaré engañar por ese comentario —repuso él—. Exijo una respuesta clara. ¿Por qué me eligió a mí, cuando hay al menos una docena de hombres que servirían igual?

¿Era posible que estuviera enamorada de él? La mirada ardiente que ella le dirigió no respaldaba tal idea.

—Si ha de saberlo —admitió, vacilante—… yo… es decir, usted… ¿cómo explicarlo? No pertenece a la sociedad de aquí y, al casarme con usted, no tendría que revelar la verdadera naturaleza de la situación de mi padre.

—Orgullosa hasta el final.

La espalda de Arabella se tensó aún más.

—Como quiera. Necesito un marido con cierta posición. Soy orgullosa, sí, pero no tanto como para no haber acudido a usted. La decisión es suya. ¿Renovará su propuesta o no?

Él ardía de furia, aunque logró dominar su temperamento. ¿Acaso ella creía que podía darle órdenes con tanta facilidad? ¿O que era tan tentadora como para pensar que él aprovecharía sin más la ocasión de casarse con ella? Parecía necesario que aprendiera un par de lecciones, tanto sobre él como sobre los escoceses ofendidos en general.

—Podría convencerme —concedió al fin—. Sin embargo, tengo ciertas condiciones que quizá no le agraden.

Su mirada adquirió un brillo casi astuto, expresión que, de pronto, lo intrigó. Había pasado tan poco tiempo en su compañía que apenas sabía nada de ella, salvo que deseaba con intensidad tomarla entre sus brazos y besarla, algo que pensaba hacer aquel mismo día, por mucho que ella se resistiera.

—¿Como cuáles? —preguntó Arabella.

—He vivido en Sussex durante casi seis meses, señorita Everleigh. Por lo general disfruto de la vida social, pero aquí he tenido muy poca. Esperaría que se me abrieran muchas puertas si la cortejara.

Ella pareció horrorizada.

—No puede pensar…

—Oh, sí, claro que puedo —replicó—. Esperaría que usted me introdujera en la alta sociedad.

—Eso es imposible. No sabe lo que está pidiendo.

—Creo que sí lo sé.

Negó con la cabeza, con los ojos verdes desbordados de incredulidad.

—¿Introducirle en la alta sociedad? Dios mío.

—Si es lo bastante inteligente, se puede lograr.

—Supongo que podría conseguir una o dos invitaciones si se supiera que estamos comprometidos.

—No —corrigió él lentamente—. No comprometidos. Usted y yo tendremos un acuerdo que deberá mantenerse en secreto. Deberá introducirme en la alta sociedad mientras yo la cortejo durante, digamos, el próximo mes. Eso situaría la fecha, si no me equivoco, cerca del baile de la cosecha de Lady Cottingford, al que espero que asistamos juntos.

Arabella parpadeó varias veces y, durante un largo instante, él tuvo la certeza de que iba a desmayarse.

—¿El baile de la cosecha de Lady Cottingford? —murmuró—. No lo dice en serio. Ni siquiera yo he asistido jamás a una reunión tan prestigiosa. Los invitados son principalmente conocidos suyos de Londres, gente de Park Lane: Wellington, Byron y otros semejantes. Se dice que incluso el regente ha acudido.

Él se encogió de hombros.

—Entonces parece una empresa imposible. Supongo que tendré que rechazar su oferta, señorita Everleigh, porque será el baile de la cosecha… o nada.

Arabella miró fijamente al hombre que tenía delante. Seguía apoyado contra la pared, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho. A pesar de que él se hallaba ligeramente inclinado, ella tenía que alzar la vista para mirarle a la cara. Sus ojos azul claro la atravesaron, y sus pensamientos se reflejaron en cada destello decidido. Resultaba evidente que estaba disfrutando enormemente de su desconcierto.

—Creo que debe de estar loco. O eso, o no comprende bien lo que está pidiendo.

—Lo entiendo perfectamente —respondió él con frialdad—. Y no estoy loco. Si desea mi fortuna, este es mi precio: que me introduzca en su sociedad y que asista conmigo al baile de la cosecha y, por supuesto, junto a su padre.

—Solo hay un puñado de familias de Chilchester que reciben una invitación así. Los Everleigh jamás la han recibido, en todos estos años.

—Pero sé lo íntimamente relacionada que está con todas las familias de la zona. Lo comprendí desde el primer momento en que la conocí. Ahora debe decidir cuánto me desea, o más bien, cuánto desea mi fortuna. Ese, querida, es el precio.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y llegó hasta sus ojos, que se rieron alegremente a su costa. ¿Por qué no iba a hacerlo?, pensó ella con tristeza. Los acontecimientos de los últimos días la habían hundido más de lo que jamás habría imaginado. Había repasado mentalmente a todos los caballeros a los que podría haber acudido para aliviar las repentinas dificultades económicas de su padre. Dos de sus pretendientes se habrían hecho cargo del asunto sin reparos, pero ¿cómo explicar que nunca había tenido la intención de elegir esposo en el contexto de un matrimonio de conveniencia? Aquella idea siempre le había resultado repugnante.

Ahora su situación era muy distinta. Ciertamente, disponía de su dote, unas respetables ocho mil libras, pero aquello no era nada en comparación con las deudas de su padre. Si no recibían ayuda con prontitud, una suma cuatro veces superior a esa cantidad, Fairlight Manor sería subastado para saldar sus escandalosas deudas de juego, contraídas recientemente durante una escapada de quince días a Brighton.

Aún le costaba creer que fuera cierto. Los Everleigh estaban prácticamente arruinados. Todos sus sueños se habían desvanecido, desaparecidos en una tirada de dados. ¿Cómo había podido suceder algo así?

Se sacudió. Aquellas cavilaciones desesperanzadas no servían de nada. Era mejor ocuparse del asunto que tenía entre manos.

—¿Lo que me está diciendo es que debo ponerlo a la moda para que, al final, nos inviten a ambos al baile de la cosecha, junto con mi padre? ¿Lo he entendido bien?

—Exactamente. Pero no esté tan abatida, señorita Everleigh. Estoy convencido de que es usted más fuerte que eso. Con un poco de esfuerzo, podría conseguir lo que desea. Tal vez deba confiar un poco más en sus propias habilidades.

Al oírlo, apretó los dientes.

—Tengo suficiente confianza en muchas cosas, pero hay un viejo proverbio sobre la oreja de una cerda que me preocupa en este momento.

Él chasqueó la lengua.

—Querida, si desea ganarse mi corazón, o al menos mi cartera, debería abstenerse de insultarme.

—Entonces le ruego que no sea tan provocador.

Asintió.

—Muy bien. Lo intentaré por usted.

—Gracias por eso, al menos, Sir Alexander.

Sonrió, adoptando una expresión traviesa que, para su disgusto, le resultó bastante atractiva.

—Ya ve —comentó—, lo haremos de maravilla. Ya hemos tenido nuestra primera disputa y la hemos superado con notable soltura.

—Ponerlo de moda… —murmuró ella, esforzándose por no imaginar lo difícil, lo imposible, que probablemente sería aquella tarea—. Muy bien. Lo intentaré.

Se inclinó ligeramente hacia delante y habló en voz baja:

—Si lo consigue, señorita Everleigh, creo que me encontrará un marido agradable.

Algo en su expresión, en la intensidad repentina de sus ojos azules, desvió sus pensamientos por un sendero completamente distinto. Él sería su esposo y ella su esposa. Ella sería la madre de sus hijos y todo lo que aquello implicaba.

Un nuevo rubor se extendió por sus mejillas, aunque esta vez no nació tanto de la vergüenza como del estupor ante la idea de que un hombre así, profundamente bronceado tras haber residido en la India durante más de quince años, de hombros y pecho anchos y, en todos los sentidos, físicamente poderoso, obtuviera el derecho a mandar sobre ella. Abrió los labios y aspiró aire con sorpresa. ¿Cómo podría permitir algo semejante?

Levantó ambas manos, invadida por una súbita sensación de pánico.

—Olvide que he mencionado el matrimonio con usted, Sir Alexander —dijo de pronto. Se apartó bruscamente, con la intención de marcharse—. No debería haber venido. ¿En qué estaba pensando? Tiene que haber otra manera. Algo. Cualquier cosa.

No llegó lejos. Él la sujetó con firmeza del brazo al tiempo que se incorporaba.

—Señorita Everleigh, espere —ordenó con brusquedad—. Le ruego que no huya de mí. No soy un monstruo, como parece creer.

Más te valdría serlo, pensó ella, reprimiendo las palabras antes de que escaparan de sus labios.

—Dígame qué es lo que la ha alterado de repente —añadió él.

Ella se volvió hacia él.

—¿Cómo voy a casarme con usted? —exclamó—. Cuando es… es un… un escocés. Todos mis sentimientos se verán ofendidos. ¿No lo ve?

Él seguía sujetándole el brazo.

—Eso no es lo que pensaba hace un momento. Apostaría mi fortuna a que no. Dígame la verdad. ¿Por qué le ha asustado de repente, cuando antes era tan valiente como Hércules al cumplir uno de sus doce trabajos?

¿Cómo podía explicárselo?

—Yo… no había pensado… no me había dado cuenta hasta ahora de lo que significaría casarme con usted…

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

—Eso es lo que creía —murmuró—. Pero se equivoca al pensar que no le gustaría.

Antes de que pudiera reaccionar, la soltó solo para atraerla de inmediato hacia un abrazo poderoso. A Arabella le faltó el aliento. Supo lo que estaba a punto de suceder y una protesta se le escapó

de los labios, pero antes de poder articular palabra, la boca de él se posó sobre la suya.

Había imaginado que le resultaría desagradable, pues él era brusco en muchos aspectos, pero no había nada siniestro en la suavidad de aquel contacto. La sensación la detuvo.

Tal vez fue la curiosidad la que prevaleció, porque permitió que el beso continuara. ¿Podría soportar el contacto de un hombre —difícilmente podía llamarlo caballero, siendo escocés— tan claramente por debajo de su nivel?

Al principio, evaluó aquel asalto suave con fría objetividad: brazos firmes como un tornillo de banco; labios suaves, ligeramente húmedos; una búsqueda delicada sobre los suyos, como si le formulara una pregunta. ¿Cuál? ¿Podría enamorarse de un escocés? Jamás, por supuesto. Entonces, ¿por qué ya no lograba ordenar sus pensamientos con claridad? ¿Por qué empezaba a sentirse tan extrañamente desligada de sí misma?

Él la atrajo aún más hacia su cuerpo. ¿Cómo era posible? ¿Y por qué sus manos habían ido a parar a los hombros de él? ¿Y qué era aquel suspiro que pareció atravesarla como una tibia brisa estival?

Arabella nunca había sido besada en sus veintiséis años. Siempre había supuesto que adaptarse a ello requeriría tiempo y esfuerzo. Sin embargo, aquella experiencia le resultaba tan singularmente placentera que, en su mente entumecida, surgió la idea de que podría permanecer para siempre entre los brazos de Sir Alexander.

Cuando él se apartó, la nube de deseo inesperado que la había atrapado se disipó como la niebla matinal al elevarse el sol. Parpadeó y advirtió la sonrisa en sus ojos y la mueca satisfecha en sus labios.

—Es usted detestable —espetó ella, indignada.

—Como le dije antes, señorita Everleigh, se equivoca al pensar que no le gustaría ser mi esposa.

—Creo que es una bestia horrible —replicó, frunciéndole el ceño—. Y ahora debo marcharme. Tengo que informar a mi padre de que su intención es cortejarme con el entendimiento de que, si logro ponerlo de moda y conseguir invitaciones para el baile de la cosecha, estará dispuesto a casarse conmigo y a saldar la suma de sus deudas. ¿Es correcto?

—Exactamente.

—Que tenga un buen día, entonces —respondió con brusquedad.

Se dio la vuelta con determinación y comenzó a caminar a paso rápido hacia la torre más cercana, ansiosa por escapar. No podía soportar la idea de que él intentara besarla de nuevo, pues no había nada más humillante en toda su conversación con Sir Alexander que el hecho de haber disfrutado de aquel beso en contra de su voluntad. Muy humillante, sin duda.

Capítulo 2

En cuanto Arabella emprendió el camino de regreso a Fairlight Manor, a solo dos millas del castillo de Pelworthy, y se aseguró de que Sir Alexander no pudiera oírla, dejó escapar un gruñido bajo y frustrado. Poco femenino, sin duda, pero estaba convencida de que los petirrojos y herrerillos cercanos no la delatarían. No recordaba haberse sentido tan exasperada en toda su vida como en aquel momento, en el que el curso de su existencia se había visto trastocado por completo, primero por su padre y su nuevo vicio y, después, por Sir Alexander, que se negaba con obstinación a cooperar.

Estaba tan convencida de que él aceptaría de buen grado la idea de casarse con ella que jamás se le había pasado por la cabeza que pudiera no sentirse encantado con la propuesta. En cambio, se había comportado de manera detestable desde el principio hasta el

final, llegando incluso a tomarla entre sus brazos y forzarla a darle un beso profundamente inapropiado.

Sintió cómo el rubor regresaba a sus mejillas, no por el recuerdo del beso en sí, sino por lo mucho que lo había disfrutado. Se presionó el rostro con las manos y deseó que aquel calor desapareciera. En ese instante tuvo la sensación de haberse traicionado a sí misma de una forma imperdonable. Una cosa era cumplir con el deber, y otra muy distinta encontrar placer en ello, y más aún tratándose de un escocés. ¿Qué habría pensado su madre de ella, de seguir con vida?

Aceleró el paso, con los nervios crispados y la mente en tensión. Debería haberlo apartado. Debería haberle exigido que no volviera a posar sus labios sobre los suyos. Nunca debió acudir a él. Qué necedad. Qué absoluta necedad.

Y ahora, además, sus exigencias.

Tenía que existir alguna otra solución para enderezar su suerte. Una vez más consideró recurrir al señor Calvert, al capitán Wetherby o incluso al ridículo Henry Kensington, que la seguía como un perrito fiel, pues todos ellos poseían fortunas considerables. Sin embargo, en cuanto esas posibilidades cruzaron por su mente, las descartó.

Conocía a aquellos caballeros desde hacía años, y Henry había sido su compañero de juegos en la infancia. ¿Cómo podía acudir ahora a ellos para exponer las repentinas dificultades de su familia y ofrecerse a sí misma a cambio de dinero para aliviar los excesos de su padre? Solo pensarlo la ofendía en lo más profundo. No. Por el momento debía resignarse a la persecución de la inmensa fortuna de Sir Alexander.

Al alzar la vista, advirtió que ya había recorrido la primera milla del descenso hacia su hogar. Se volvió para mirar el castillo, visible ahora en su solitaria prominencia. Las murallas, irregulares y cubiertas de hiedra, conservaban un encanto anticuado, aunque una de las torres estaba casi restaurada y los vestigios de su antiguo estado ruinoso se apreciaban en la diferencia de color entre la piedra nueva y la desgastada. Un carro cargado de bloques ascendía lentamente por la colina.

Una intensa sensación de soledad se apoderó de Arabella, sorprendente si se tenía en cuenta la ira que aún ardía en su interior, y sin embargo dolorosamente familiar. Al apartar la mirada del castillo y fijarla en el cielo claro de julio, supo con absoluta certeza cuándo había comenzado a sentirse sola en el mundo: el día en que

su madre murió. Como la mayor de cuatro hijas, la responsabilidad de Fairlight Manor había recaído sobre sus hombros.

Y ella había respondido a esa carga. Siempre había conocido su deber y siempre lo había cumplido. Qué distinto habría sido todo si su madre siguiera viva. Jamás habría permitido que su padre se jugara su fortuna durante unas vacaciones en Brighton.

No obstante, no servía de nada quedarse anclada en la tristeza del pasado. Se giró y retomó la marcha hacia Fairlight y hacia el futuro, un futuro en el que debía lograr lo imposible. En menos de un mes, tenía que conseguir tres invitaciones de Lady Cottingford o su familia estaría arruinada.

Repasó mentalmente los acontecimientos, buscando un modo de llevar a cabo aquella hazaña extraordinaria. ¿A quién implicaría? ¿A quién pediría ayuda? ¿Cómo lograr ese respaldo cuando se trataba de un escocés?

Se estremeció ante la magnitud de la tarea. ¿Cuál de las grandes anfitrionas del vecindario de Chilchester estaría dispuesta a apoyarla en su empeño de obtener tres invitaciones para el baile de la cosecha?

Ninguna, fue la respuesta inmediata que acudió a su mente, pues cada una de ellas albergaba la esperanza de recibir su propia invitación ese mismo año.

A menos que —el corazón de Arabella dio un salto— no revelara que ese era su verdadero objetivo.

Echó a correr con ligereza por la última pendiente hasta el lindero de la propiedad de su padre. Había varias anfitrionas a las que podía recurrir para promover su causa, aunque tuviera que ser tan astuta como un zorro. Elizabeth Langford, por ejemplo; Lady Hambledon, sin duda; incluso su propia abuela, en caso de extrema necesidad. Probablemente también tendría que acercarse a la madre de Henry Kensington, una auténtica arpía, pero poseedora de una influencia considerable.

Sí, por fin comenzaba a vislumbrar un modo de alcanzar su objetivo mediante algunos favores cuidadosamente escogidos. Una velada aquí, un picnic allá, y la empresa podría llevarse a cabo.

Sin embargo, la dificultad más acuciante volvió a alzar la cabeza y la obligó a detenerse de nuevo en seco. Sir Alexander. Aunque actuara con extrema cautela en cada estratagema, ¿cómo

demonios iba a conseguir una invitación para el baile de la cosecha de Lady Cottingford destinada a Sir Alexander?

Apretó los ojos con fuerza.

¿Y cómo demonios había ocurrido que su sencilla vida campestre se hubiera vuelto de pronto tan endiabladamente complicada?



—Llámalo, Abernathy.

Sir Alexander chasqueó los dedos. Su fiel sabueso, Churchill, se detuvo de inmediato a su lado y se sentó sobre los cuartos traseros. Sir Alexander dejó a un lado el recibo del último cargamento de piedra y miró a lord Anthony, cuya tez pálida se había tornado de un rosado alarmante. Tenía la frente perlada de sudor.

—¿Es que nunca aprenderás? —preguntó Sir Alexander, con una sonrisa ladeada.

—Oh, maldita sea —gruñó lord Anthony—. Sabes perfectamente que tu bestia disfruta atormentándome. Y mira esto…

otro par de pantalones arruinados.

—No siento la menor compasión por ti, como bien sabes. Tienes que ser firme, autoritario. Te domina porque percibe tu debilidad.

Sir Alexander examinó los pantalones beige. La rodilla izquierda estaba bien rasgada y el tejido colgaba en un fleco decorativo sobre las botas altas y relucientes de lord Anthony.

Su amigo, al que conocía desde hacía más de una década, fulminó a Churchill con la mirada. El gesto fue recompensado con un leve mostrar de dientes y un gruñido suave.

—Ya basta —ordenó Sir Alexander.

Churchill lo miró con devoción y agitó la cola, que golpeó la alfombra.

Lord Anthony se apartó del perro y se agachó para recoger el trozo de tela.

—No —advirtió Sir Alexander, justo cuando Churchill se abalanzaba, intrigado por el nuevo objeto.

No pudo contener la risa. Su amigo era irremediablemente torpe y el blanco perfecto para una criatura tan audaz como el

sabueso, que seguía sentado obedientemente a su lado.

Finalmente llamó a su mayordomo.

—Shipley.

Minutos después, Churchill trotaba orgulloso junto a él camino de las cocinas, donde la cocinera lo mimaba sin la menor piedad.

—Ya ves —comentó Sir Alexander, con una sonrisa aún danzando en sus labios—, incluso Shipley, que es tan viejo como Pelworthy, puede controlar a Churchill.

Lord Anthony frunció el ceño con obstinación y se dejó caer en una silla junto a la enorme chimenea de piedra.

—¿Qué quería «el parangón»? —preguntó, sacando una manzana del bolsillo y empezando a masticarla—. ¿Recordarte lo gran gamberro que eres?

—Peor —replicó Sir Alexander—. Ha cambiado de opinión. Las circunstancias también. Ahora desea casarse conmigo.

Lord Anthony se atragantó con la manzana y pasó casi un minuto entero tosiendo y escupiendo.

—¡Por Dios! ¿Estás bien?

—Sí —jadeó al fin.

—¿Y qué le has dicho? ¿Pretendes atarte a la criatura más orgullosa, desagradable y mojigata de todo Sussex? Si es así, estás más loco que yo.

Sir Alexander se quedó pensativo. Tomó una silla frente a su amigo, que había vuelto a masticar su manzana, y meditó aquellas palabras. Antes la había considerado mojigata, sin duda, pero después de aquel último beso ya no estaba tan seguro. Le había sorprendido la forma escandalosa en que ella se había inclinado hacia él y se preguntaba si, al final, no sería una mujer con cierta experiencia. Sin embargo, la expresión de absoluto desconcierto en su rostro tras el beso lo había convencido de que simplemente había reaccionado a él, una idea que no le desagradaba en absoluto.

Su propia respuesta también lo había desconcertado. Siempre había disfrutado besando a las mujeres, pero al abordar a la señorita Everleigh había pretendido someterla un poco. En lugar de eso, se había visto sorprendido por la intensidad de lo que sintió al tenerla entre sus brazos, como si la tierra misma vibrara bajo las suelas de sus botas. Podría haberla besado eternamente.

Hasta que ella se apartó y lo miró como si fuera tan abominable como el mismísimo Vulcano.

Entonces sus propósitos originales se reafirmaron y toda su ira regresó. Cuánto disfrutaría humillando a la señorita Everleigh durante el mes siguiente. Al menos sería una pequeña venganza por las innumerables afrentas que su madre había sufrido a manos de aquel vecindario inglés.

—Para responder a tu pregunta —dijo, observando cómo un hilo de jugo resbalaba por la barbilla de su amigo—, aún no he tomado una decisión. Hace un mes, cuando le pedí la mano, lo habría hecho sin dudar. Pero ahora…

Se levantó, sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se lo ofreció a lord Anthony, que tenía la barbilla manchada.

—Muchas gracias —murmuró este, limpiándose.

—De nada.

Sir Alexander volvió a sentarse. Había conocido a lord Anthony, el hijo menor del conde de Selsfield, en la India. Era un completo inadaptado en una tierra abrasadora, poblada por empresarios ambiciosos y un pueblo antiguo cuyas costumbres resultaban incomprensibles para su señoría.

Sir Alexander lo había recogido de una cuneta inmunda. El pobre joven había sido engañado y despojado de sus últimos

peniques, abandonado por un grupo de cobardes caballeros ingleses que consideraron la escapada una diversión. Entre ambos se había forjado una amistad rápida y firme. Lo que a lord Anthony le faltaba en perspicacia o percepción social lo compensaba con lealtad. Sir Alexander jamás había conocido un amigo más decidido.

—Lo que no entiendo, viejo amigo —dijo lord Anthony, frunciendo el ceño—, es por qué no le dijiste que se largara y acabaras con el asunto.

Sir Alexander se recostó en la silla, invadido por una satisfacción fresca como una brisa en día caluroso.

—Porque eso no habría sido ni la mitad de divertido que verla humillarse ante todos sus conocidos.

Lord Anthony negó con la cabeza y contempló la manzana a medio comer.

—Necesito una respuesta clara, porque no le encuentro sentido a nada de esto. ¿Piensas casarte con esa mujer?

—Por Dios, no. Preferiría cortarme la nariz antes.

La comprensión iluminó al fin el lento cerebro del joven lord.

—Quieres burlarte de ella. Ya veo.

Volvió a fruncir el ceño.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sir Alexander, divertido.

—No está bien, Alexander. La señorita Everleigh es una dama.

Sir Alexander descartó aquellos escrúpulos con un gesto.

—También es la dama que me lanzó un reloj a la cabeza por atreverme a pedirle la mano.

Lord Anthony frunció el ceño una vez más.

—No debería haber hecho eso. Es totalmente inaceptable. En fin… ¿qué prepara la cocinera para cenar?



Arabella se sentó a su escritorio y volvió a reflexionar sobre lo imposible. Sabía que debía comenzar por Elizabeth Langford, quien celebraría una velada dos días después, el primero de agosto. Ella, su padre y sus hermanas ya estaban invitados y, por supuesto, pensaban asistir. Sin embargo, comprendía que, si quería tener la más mínima posibilidad de éxito con Sir Alexander, también habría

que invitarlo a él y emprender esa misma noche la ardua tarea de ponerlo a la moda. Pero ¿cómo lograrlo?

Sacó pluma y tinta y empezó a elaborar listas: quiénes asistirían con toda probabilidad, cuántos se sorprenderían por su presencia, cuántos se mostrarían indiferentes y los pocos que, quizá, le ofrecerían una bienvenida sincera. Uno de estos últimos, en abierta oposición a su esposa, era George Langford, el marido de la señora Langford. Concluyó entonces que la clave residía en el señor Langford y en la buena opinión, conocida por todos, que albergaba sobre el valor de Sir Alexander. Claro que una cosa era que un hombre alabara las virtudes de otro y otra muy distinta invitarlo a cazar en sus tierras.

De nuevo, la magnitud de la empresa amenazó con minar la escasa confianza que le quedaba. Se levantó y comenzó a pasearse por el dormitorio, de un lado a otro, una y otra vez. ¿Cómo convencer al señor Langford para que insistiera a su esposa en invitar a Sir Alexander? ¿Cómo?

Los Langford eran la familia más prominente de Chilchester y residían en las afueras de la próspera localidad. No había asunto de la antigua ciudad comercial que escapara al conocimiento o a la

influencia del señor Langford, ya fuera guiando los mercados semanales o dirigiendo los asuntos de la parroquia. Todas las mujeres con aspiraciones sociales buscaban la opinión de la señora Langford y todos los hombres sensatos exponían sus preocupaciones al señor. ¿Cómo persuadir a ambos para que incluyeran a Sir Alexander en su círculo, y además en tan solo dos días?

Finalmente, Arabella llegó a la única conclusión posible. Debía hablar con el terrateniente cuanto antes.

Después del almuerzo, condujo el carruaje de su padre durante cinco millas hasta Wistfield Hall, la antigua residencia familiar del señor Langford, y fue conducida sin demora a su estudio. Tomó asiento. Él le ofreció un jerez, que aceptó con gratitud, y trató de apaciguar los nerviosos latidos de su corazón. El jerez ayudó, aunque solo un poco.

—Los caminos parecen secos hoy —comentó él, mirando por la ventana.

El estudio daba a la carretera, lo que le proporcionaba una vista poco común del huerto, de una colina cercana y del camino principal hacia Chilchester, por el que pasaba una procesión constante de vehículos.

—Sí —respondió Arabella, sosteniendo con cuidado la copa entre sus manos enguantadas—. He conducido el carruaje de mi padre y ha sido muy agradable.

—Bien, bien —murmuró él.

Se había quedado de pie y ahora la observaba con el ceño fruncido. Era un hombre corpulento y aún conservaba la costumbre anticuada de llevar peluca empolvada.

—Sabe, señorita Everleigh, en todos estos años nunca me ha visitado de esta manera. Debo decir que estoy bastante intrigado. ¿Todo va bien en Fairlight?

—Sí —respondió ella, de tal modo que su ceño se frunció aún más.

Se apresuró a añadir:

—Sin embargo, hay un asunto que me preocupa y que… creo que debo comentarle.

—Ya veo —dijo él, sentándose tras el escritorio.

Se instauró una formalidad tácita, junto con la certeza de que todo lo que se dijera quedaría en estricta confidencia. Juntó las manos frente a sí y la miró con atención.

Arabella respiró hondo. ¿Por dónde empezar? Apartó la mirada un instante y bebió un sorbo de jerez. Notó el temblor en su mano y bajó la copa al regazo.

—Puedes contarme cualquier cosa, Arabella —dijo él en voz baja—. Debes saberlo. Te conozco desde que eras tan pequeña que cabías en mis rodillas.

Ella no pudo evitar sonreír.

—Así es. Es solo que… señor Langford, no puedo contárselo todo. Solo puedo rogarle algo que me temo no será bien recibido en esta casa.

Él rió entre dientes.

—Querida, no podrías haber despertado más mi curiosidad. Por favor, libérame de este suspense y formula tu petición. Te prometo que, salvo que me pidas que me arranque las cejas, si está en mi mano, te la concederé. Siempre has sido una de mis favoritas, aunque… bueno, eso poco importa.

—¿Aunque? —preguntó ella, sorprendida.

—¿Te importa si me desvío un momento del tema?

Ella negó con la cabeza, intrigada.

Él suspiró.

—Ya deberías haber estado en Londres, haber visto algo del mundo. Nuestro vecindario no es todo lo que debería ser.

—¿A qué se refiere?

Siempre había amado la sociedad de Chilchester, al menos hasta la inquietante aparición de Sir Alexander en el valle.

—Me temo que no tienes la menor idea de lo que quiero decir —continuó él—. En fin, supongo que no viene al caso, aunque tiendo a culpar a Edward. Me atrevo a decir que Lucretia te habría educado de otra manera, y sabes cuánto discrepo con las opiniones de tu abuela sobre casi todo.

Arabella quedó atónita ante aquellas revelaciones. Ignoraba el resentimiento del señor Langford hacia su padre y su abuela. Sin embargo, coincidía con él en algo: su madre se habría asegurado de que ya hubiera disfrutado de más de una temporada social, probablemente varias.

—En cualquier caso —prosiguió él con una sonrisa—, déjame animarte a que, si alguna vez tienes ocasión de visitar la metrópoli, lo hagas. Te sorprenderá y te encantará.

Ella comprendió que hablaba con la mejor intención, aunque, dadas las circunstancias actuales, aquel consejo le pareció casi frívolo. Él, por supuesto, nada sabía de lo ocurrido en Brighton.

Por fin, se decidió.

—Ha sido tan amable al hablarme con franqueza que le devolveré la cortesía. Tengo una petición. ¿Podría invitar a Sir Alexander Abernathy a su velada del sábado por la noche? Tengo una razón concreta, pero no puedo darle más detalles en este momento.

Sintió que sus manos volvían a temblar y apuró el jerez restante.

—¿Sir Alexander? —repitió él—. Pero tú detestas a ese hombre.

Ella tuvo la delicadeza de ruborizarse.

—Eso pertenece al pasado. No puedo decir nada más.

Él gruñó, frunció el ceño y la observó con detenimiento.

—Sir Alexander… Dios mío. Me temo que mi esposa sufriría un ataque de nervios si le hiciera tal sugerencia.

—Lo sé, por eso no hago esta petición a la ligera y por eso acudí primero a usted.

Frunció los labios, aspiró hondo y soltó el aire con un silbido. Tamborileó los dedos, cruzó y descruzó las piernas, se mesó la peluca y se rascó la barbilla, torciendo el gesto en una sucesión de muecas.

Finalmente, se levantó.

—Lo haré —anunció, golpeando el escritorio con firmeza—. Pero será mejor que te marches ahora mismo, porque pienso decírselo a la señora Langford sin demora. Y si no deseas oír cómo crujen las vigas bajo el estridente sonido de sus protestas, te conviene darte prisa.

—Gracias, señor —dijo Arabella.

Estaba tan feliz, tan inmensamente agradecida, que apenas logró evitar lanzarse a sus brazos. No podía creer que fuera cierto. Sir Alexander asistiría a la velada de los Langford.

Se marchó tal como le habían indicado y, en el momento en que giró el carruaje hacia la avenida, un gemido peculiar resonó más allá de la puerta principal. Con un pinchazo de conciencia, chasqueó las riendas sobre las ancas de su magnífico caballo, que emprendió el camino a paso ligero.

Durante la cena de aquella noche, Arabella acababa de llevarse una cucharada de sopa a los labios cuando su hermana menor, Hope, soltó sin preámbulos:

—Arabella, ¿es cierto que le rogaste al señor Langford que obligara a su esposa a invitar a Sir Alexander a su velada del sábado por la noche?

Arabella no llegó a probar la sopa. Estaba convencida de que se habría atragantado de haberlo hecho. No podía creer que apenas hubieran transcurrido tres horas desde su conversación con el terrateniente y que la noticia ya hubiese llegado a Fairlight. Miró a su padre, que frunció ligeramente el ceño y le hizo un leve gesto de asentimiento.

—Sí —respondió finalmente.

Hope, con sus dieciocho años recién cumplidos y opiniones firmes sobre casi todo, sonrió con entusiasmo.

—Me parece estupendo. Siempre he pensado que excluir a Sir Alexander era ridículo. Será agradable disfrutar de su compañía.

—Me parece espantoso —replicó Charity, mirando a Hope como si le hubieran brotado cuernos entre los rizos dorados—. Una vez que se le permita moverse libremente por la sociedad, ¿qué vendrá después? ¿La francesa que vive en una cabaña en Elsbourne?

—Es de ascendencia aristocrática —apuntó el señor Everleigh, sirviéndose una generosa ración de sopa.

—Nunca la he conocido —intervino Harriet con su voz suave—, pero Geoffrey Gilbert dice que es la criatura más amable que pueda imaginarse. Creo que sufrió una gran decepción amorosa.

—¿A quién le importa la francesa? —replicó Hope—. Dime, Arabella, ¿va a asistir Sir Alexander? Quiero decir… ¿asistirá de verdad? ¿Y por qué se lo pediste al terrateniente?

Arabella sintió un nudo en el estómago. Todo aquello era tan reciente que aún no había ordenado sus pensamientos ni decidido cómo justificar su extraordinaria conducta. Sabía, además, que las dificultades económicas de su padre debían mantenerse en secreto para sus hermanas menores, al menos por el momento. Se aclaró la garganta.

—En las últimas semanas he llegado a la conclusión de que el hombre que no escatima gastos para restaurar el castillo de

Pelworthy debería tener un lugar en nuestro vecindario —explicó—. De lo contrario, no me parece justo. Además, su madre era inglesa, y eso debe contar para algo.

Harriet negó con la cabeza, visiblemente desconcertada.

—Pero siempre has dicho que detestabas las reparaciones, que el castillo estaba perfecto tal como estaba.

Arabella reprimió un suspiro y volvió a hundir la cuchara en el plato.

—He cambiado de opinión.

Las tres hermanas la observaron en silencio durante unos instantes y luego intercambiaron miradas cómplices. Con naturalidad femenina, cada una ofreció su comentario.

—Es prerrogativa de una mujer cambiar de opinión —sentenció Charity.

—Yo me cambié de vestido tres veces antes de la cena —añadió Harriet con una risita.

—Siempre estoy cambiando de opinión sobre a cuál de mis pretendientes debo animar —concluyó Hope, mirando al vacío.

Arabella apenas podía creer lo fácil que había sido superar aquella primera prueba de las muchas que, sin duda, surgirían a raíz de su repentino cambio de actitud hacia Sir Alexander. Su padre, sentado a su lado, volvió a cruzar la mirada con ella y alzó su copa de clarete en silencioso brindis. Ella ya le había informado de su conversación con Sir Alexander, de las exigencias del caballero y del decidido apoyo del señor Langford a su petición de invitarlo a Wistfield Hall el sábado por la noche. Su padre se había mostrado encantado, como era de esperar, pues la fortuna de Sir Alexander prometía reparar la suya.



—No lo entiendo.

Arabella miró a uno de sus pretendientes más persistentes y se preguntó cómo lograr que se marchara sin ofenderlo. John Calvert era un caballero robusto, de complexión algo corpulenta y propietario de Gumbers Lodge, cerca de Balfriston. Había acudido a visitarla después de la cena para hablar de los rumores que había oído circular durante toda la tarde. Lo acompañaba su hermana.

—De hecho —añadió esta—, ni John ni yo podíamos creer que hubiera hecho algo tan insensato. Nos sentimos obligados a venir directamente, y esperamos no haberte molestado.

Pamela Calvert Spight, viuda de treinta y tres años, vivía en Gumbers Lodge con sus tres hijos. Era muy delgada y extremadamente correcta. Su marido había muerto en Waterloo, capitán de un regimiento de dragones, aunque en los últimos meses algunos caballeros anónimos habían insinuado con crueldad que no había caído en combate, sino que se había ocultado de su esposa. La señora Spight tenía lengua y mordedura de serpiente.

Arabella habría podido replicarle con mayor firmeza, pero recordó que debía mostrarse diplomática con todo el mundo durante las próximas semanas si quería conseguir invitaciones para el baile de la cosecha de Lady Cottingford. Respiró hondo y recurrió al discurso que había ensayado tras la cena.

—Comprendo perfectamente sus sentimientos —comenzó—. De hecho, ambos deben conocerme lo suficiente para saber que hasta hoy los he compartido. Sin embargo, me he enterado de que Sir Alexander no tiene intención de abandonar el valle y que, lejos de marcharse de Pelworthy, ha continuado con las reparaciones

hasta tal punto que es posible que haya completado la mayor parte de la obra para Michaelmas, momento en el que —añadió con estudiada vaguedad— tengo entendido que planea celebrar un baile de Navidad al que incluso el conde de Selsfield piensa asistir.

Sus invitados la miraron boquiabiertos.

—Creía que lord Anthony había sido rechazado por su familia —objetó el señor Calvert.

—No es así —respondió ella con serenidad, aunque en realidad no lo sabía. Aquello era otro asunto más que tendría que discutir con Sir Alexander y decidió que lo más prudente sería pedirle que la visitara al día siguiente para hablar de la compleja red que empezaba a tejer.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —preguntó la señora Spight, negando con la cabeza—. Esta misma mañana hablaba con Lady Hambledon sobre Sir Alexander y lord Anthony. Ella no mencionó nada semejante, y siempre está al corriente de los últimos rumores.

Arabella sintió que los dedos se le entrelazaban con fuerza. Pocas cosas la irritaban tanto como Pamela Spight hablando como si lo supiera todo. En su opinión, era una seta con cara de plato y más

pelo que ingenio, que fingía una intimidad inexistente con la baronesa.

A pesar de su antipatía, respondió con cortesía.

—Me encontré con Sir Alexander esta mañana durante uno de mis paseos y mantuvimos una larga conversación. Fue muy amable al darme algunas pistas sobre estos asuntos tan relevantes.

—¿Y le creyó? —preguntó el señor Calvert, incrédulo.

Arabella lo miró fijamente.

—No tenía motivos para no hacerlo. Nunca he ocultado mi aversión por su linaje, ni por su osadía al comprar Pelworthy y modernizar lo que para mí era uno de mis lugares favoritos de la infancia. Pero jamás me ha dado razones para desconfiar de sus palabras.

El señor Calvert frunció el ceño y negó despacio.

—Todo esto es muy inquietante. Ojalá me hubiera consultado, señorita Everleigh. De verdad. Estoy seguro de que habría podido frustrar cualquier esperanza suya o de lord Anthony sin ofender al conde de Selsfield.

Arabella se quedó atónita.

—Dado que no conoce a su señoría, no veo cómo.

El señor Calvert levantó una mano, nervioso.

—Al menos debería haberme dado la oportunidad de resolver este asunto antes de actuar con tanta precipitación. Pensar en Sir Alexander Abernathy en Wistfield el sábado por la noche es… insoportable.

—Es soportable —replicó Arabella con firmeza, diciéndose aquellas palabras tanto a sí misma como a sus invitados—. Y lo será. El conde de Selsfield tiene conexiones demasiado poderosas como para ofenderlo, ni siquiera de forma mínima. Estoy segura de que pueden imaginar las repercusiones si llegara a Sussex y las familias más influyentes del valle lo ignoraran por completo.

Aquello bastó para helar la sangre de sus visitantes, de modo que consideró prudente dar por terminada la conversación.

—Vamos —añadió—. Mis hermanas y mi padre estarán encantados de verlos y conocer su opinión. El cocinero ha preparado un pastel de jengibre.

Esperaba que el detalle calmara a los Calvert, pero la señora Spight negó con la cabeza.

—¿Ha olvidado, señorita Everleigh, que el jengibre siempre le provoca bilis a mi querido hermano?

Capítulo 3

-¿Está aquí la señorita Everleigh? —preguntó Sir Alexander a uno de sus lacayos.

Dejó que la pesada cabeza del mazo descendiera hasta el suelo de piedra junto a su pie. Se encontraba en el calabozo, frente a varias paredes parciales y superfluas, erigidas en algún momento del siglo XVII y que su arquitecto había considerado listas para ser desmanteladas. Solo había una forma de obtener el resultado deseado y, siempre que tenía ocasión de realizar un trabajo físico exigente, lo hacía con gusto. No era una ocupación habitual para un caballero, una circunstancia que en ese momento le arrancó una amplia sonrisa.

—Tráigame a la señorita Everleigh —ordenó.

—¿Señor? —preguntó el lacayo, con los ojos desorbitados, como los de un conejo atrapado en una trampa.

—Has oído bien. Tráela aquí. Ocúpate de ello inmediatamente.

—Sí, señor.

El sirviente se dio la vuelta y subió a toda prisa por la escalera de caracol de piedra.

Sir Alexander volvió a empuñar el mazo y reanudó su labor, descargándolo contra los restos de la pared. Se rió en voz alta, convencido de que toda su experiencia en el valle de Chilchester habría valido la pena solo por ver la expresión de la señorita Everleigh cuando llegara a las mazmorras. No podía imaginar qué pensaría cuando su criado la condujera hasta las entrañas del castillo.



Unos minutos más tarde, Arabella descendía lentamente los escalones de piedra en espiral, apoyando la mano en la fría pared para no perder el equilibrio. Se preguntaba si el lacayo había perdido el juicio al llevarla a las mazmorras, pues no lograba concebir que Sir Alexander hubiera insistido en reunirse con ella en un lugar así. Era peligroso, sucio y muy lejos de lo que había esperado.

Desde la distancia oía el sonido constante de un martillo golpeando la piedra y podía incluso saborear el polvo suspendido en el aire. Resultaba evidente que había un obrero trabajando allí, así que ¿por qué la habían conducido hasta ese lugar? Por una parte, no encontraba razón alguna para que Sir Alexander estuviera rodeado de tanta suciedad; por otra, no comprendía por qué la exponía a unas condiciones tan miserables.

Al llegar al final de la escalera, dirigió la mirada hacia el origen del ruido y distinguió a un único trabajador que blandía un enorme martillo contra un cúmulo de escombros que antaño debió de ser una pared. Llevaba un pañuelo blanco cubriéndole la nariz y la boca, y el polvo giraba a su alrededor, iluminado por la luz de dos linternas colgadas en la pared tras él.

Tal como había supuesto. Un imbécil la había llevado allí.

Puso los ojos en blanco, convencida de que Sir Alexander había contratado a un sirviente completamente inepto. Entonces, poco a poco, sus ojos se adaptaron a la penumbra polvorienta y comprendió, de pronto, que aquel alto obrero no era otro que el propio Sir Alexander.

Parpadeó varias veces, incapaz de creer lo que veía. Decir que estaba sorprendida no bastaba para describir lo que sentía. Sir Alexander Abernathy alzaba el mazo por encima de su cabeza y lo descargaba una y otra vez contra la piedra de una pared medio derruida. ¿Por qué? No lograba entender qué pretendía con un trabajo tan rudo ni, mucho menos, por qué la había hecho venir para presenciarlo.

De algún modo, aquella escena encajaba demasiado bien con la imagen que tenía de él y el disgusto terminó imponiéndose a su desconcierto. Estuvo a punto de darse la vuelta y marcharse en ese mismo instante, olvidando la invitación que había conseguido el día anterior en su nombre y renunciando a cualquier idea de casarse con él. Se habría ido sin dudarlo si él no la hubiera visto entonces y no la hubiera llamado.

—Acérquese, señorita Everleigh —dijo, bajándose el pañuelo hasta dejarlo bajo la barbilla—. Aunque por su expresión desdeñosa veo que la he ofendido, le aseguro que lo que estoy haciendo no es más que un trabajo honrado, difícilmente un delito.

Ella percibió en sus ojos el desprecio que ya impregnaba el tono sarcástico de su voz y sintió, como siempre en su presencia,

que la ira le erizaba hasta la raíz del cabello. En aquel momento, detestaba profundamente a Sir Alexander Abernathy. Despreciaba todo lo que tenía que ver con él y deseaba, sin ambages, que se fuera al infierno.

—No tengo intención de hablar con usted en este entorno —replicó—. ¿No tiene ningún sentido de la decencia? Ni siquiera va vestido de manera apropiada.

—Llevo camisa y pantalones. Y si usted estuviera levantando este mazo una y otra vez, créame, se quedaría en camisón en un santiamén.

Ella contuvo el aliento. Su ira alcanzó nuevas cotas.

—¿Cómo se atreve? —exclamó—. De todos los hombres viles y miserables de la tierra, sin el menor atisbo de sensibilidad o comprensión, usted es el peor.

Por un instante deseó ser un hombre para retarlo a una pelea a puñetazos y, al ver cómo se ensanchaban sus fosas nasales, sospechó que él albergaba una idea similar. De pronto, arrojó el pesado martillo a un lado como si fuera un simple palo, se quitó el pañuelo del cuello y comenzó a avanzar hacia ella.

Arabella retrocedió, inquieta, mientras el pánico se apoderaba de su pecho. Al mismo tiempo, su mirada se detuvo en la camisa de lino fino de él, empapada de sudor y abierta hasta la mitad del pecho. Distinguió una mata de vello oscuro sobre su piel bronceada por el sol.

De repente, se sintió mareada y le faltó el aire. Incluso en aquel estado de descuido, era extraordinariamente apuesto. Su rostro, aunque cubierto en parte por polvo de piedra, parecía esculpido, con líneas firmes en mejillas y mandíbula. Sus ojos azules ardían con una intensidad feroz y ella tuvo la extraña sensación de estar contemplando a un guerrero de otro tiempo, un miembro salvaje de un clan que descendía sobre ella envuelto en furia celta. Comprendió entonces por qué el emperador Adriano había mandado levantar un muro al norte de Inglaterra para frenar a los pictos escoceses que devastaban ciudades, pueblos y granjas.

Alzó las manos para protegerse, para detenerlo, pero él siguió avanzando sin vacilar. Su instinto le gritaba que se diera la vuelta y huyera, pero sus pies parecían anclados al suelo.

—¿De qué tienes tanto miedo? —bramó él, con una expresión en la que se mezclaban la risa y la ira—. La mayoría de los hombres

visten así para trabajar y se sienten orgullosos de ello. Si vas a ser mi esposa, dentro de unas semanas me verás con menos que esto, ¿o no? ¿O has venido a decirme que tu misión es inútil y que Arabella Everleigh, de Fairlight Manor, en la snob y diminuta parroquia de Chilchester, ha abandonado incluso antes de empezar?

No supo qué parte de sus palabras la había herido más: la alusión a un mundo que le resultaba ajeno o la claridad con la que dejaba ver la pobre opinión que tenía de ella, de sus capacidades y de su constancia. Se dio cuenta de que había quedado boquiabierta, incapaz de cerrar la boca, como el viejo puente levadizo de Pelworthy, oxidado y condenado a permanecer siempre abierto.

—Tal como pensaba —sentenció él con desdén, dándole la espalda y despidiéndola con un gesto—. Regrese a su florida alcoba, escriba cartas pulcras a sus tías y primas, practique con el pianoforte, pinte con acuarelas y haga lo que sea que haga con su tiempo. Yo tengo trabajo que hacer aquí.

Arabella se sacudió, descartando por completo la idea de marcharse. ¿Creía que se libraría de ella con tanta facilidad? Entonces la conocía muy poco. Puede que él fuera brutal, pero ella sabía lo que valía, aunque él no lo viera. Lo observó en silencio

mientras regresaba a su puesto y retomaba el mazo, golpeando la piedra con furia, con el pañuelo abandonado en el suelo. Pensara lo que pensara de ella, había algo que compartían: ambos se habían dado la espalda con la misma rapidez.

Aquella constatación la serenó y ordenó sus pensamientos. Comenzó a avanzar hacia él, observando cómo el polvo se elevaba y danzaba ante la luz de las linternas. Sacó su propio pañuelo del bolso y se lo llevó a la boca. Al llegar a su lado, cuando él, dignándose por fin a notar su presencia, bajó el mazo, habló:

—Espero que podamos dejar a un lado nuestras diferencias, que no son pocas, para tratar un asunto de negocios. ¿Podría concederme unos minutos?

Él se detuvo un largo instante antes de asentir, con gesto severo.

—He venido a informarle de que he conseguido una invitación para usted y para lord Anthony a la velada de la señora Langford, mañana por la noche.

Al oírlo, frunció el ceño.

—¿Qué has hecho?

Arabella respiró hondo.

—Ayer reflexioné sobre sus exigencias y consideré que lo más sensato era solicitar primero la ayuda del señor Langford, dada su influencia en Chilchester. Naturalmente, no le di detalles y, como caballero, no insistió. Comentó que nuestro vecindario dejaba mucho que desear y, finalmente, pese a la firme oposición de su esposa a su presencia en su casa, accedió.

No pudo evitar sonreír ligeramente. Había derrotado a su primer dragón, la señora Langford, y, al ver la expresión atónita de Sir Alexander, experimentó una gratificante sensación de victoria.

—¿No va a decir nada?

—¿Nosotros… lord Anthony y yo… asistiremos a Wistfield mañana por la noche? ¿Es eso lo que dices?

—Sí. Estoy segura de que en breve recibirá una invitación por escrito. La señora Langford, pese a sus reservas, no se permitirá quedar en evidencia en una ocasión así.

Él resopló con desdén.

Arabella enderezó los hombros mientras el polvo se asentaba lentamente.

—Puede que no apruebe lo acordado por su marido, pero hará lo que corresponde, puesto que él ha dado su consentimiento.

—Supongo que tendré que confiar en usted en esto.

Sir Alexander ladeó la cabeza y se apoyó en el mazo.

—Si me hubiera mostrado tanta cortesía en otro momento, señorita Everleigh, le juro que me habría enamorado de usted con violencia. No fingiré que no me sorprende lo que ya ha conseguido.

—¿Pensaba que carecía de recursos? —preguntó ella, captando la hondura de su mala opinión.

—Sí, lo pensaba. Si eso es todo, volveré a mis piedras.

Levantó de nuevo el mazo, pero ella le sujetó el brazo.

—No he terminado. Hay más.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—Me temo que he dicho ciertas cosas para justificar mi repentino cambio de actitud hacia usted y me preguntaba si, una vez casados, sería posible dar un baile en Pelworthy durante la festividad de San Miguel, al que invitaríamos al conde de Selsfield. Por ahora, usted sería el anfitrión, ya que nuestro compromiso debe mantenerse en secreto, pero sería muy conveniente que dejara caer alguna insinuación mañana por la noche.

Las palabras, pronunciadas con una seguridad que a ella misma la asombró, casi la hicieron desfallecer. Daban por sentado su matrimonio y la aceptación de él a una petición audaz. Esperó que se riera de lo absurdo de la idea.

—Dios mío —murmuró él, soltando el mazo. El mango cayó con estrépito sobre la piedra—. ¿Un baile en Michaelmas al que se invite al padre de lord Anthony?

—Y a su esposa, a sus hermanos, a quien usted desee. ¿O acaso pensaba que, una vez casados, no ofreceríamos entretenimientos adecuados a amigos y familiares? Seré la señora del castillo de Pelworthy, lady Abernathy. Se esperará mucho de nosotros.

Por primera vez desde que lo conocía, parecía auténticamente desconcertado.

—No lo había considerado —admitió—, pero supongo que un baile de Navidad sería aceptable. En cuanto a lord Selsfield, probablemente estaría dispuesto a asistir. Eso puede decidirse más adelante.

—¿Y lord Anthony? ¿Aceptará acompañarlo mañana por la noche?

—Por supuesto, salvo que tenga algún compromiso previo. Le agrada la sociedad tanto como a mí.

—Confío en ello, porque mañana habrá más de una dama deseosa de conocerlo. Siempre ha despertado gran curiosidad. ¿Hará esto por mí, entonces? Sé que es una petición atrevida, pero si se supiera que habrá un baile, resultaría muy útil para suavizar la sensibilidad herida de la señora Langford.

—Me temo que me importa un comino la sensibilidad de la señora Langford.

—Pero usted querría que su esposa se sintiera cómoda, ¿no es así, Sir Alexander?

Ante eso, él volvió a quedarse atónito y respondió únicamente con un leve movimiento de cabeza.

—¿Entonces puedo dar el asunto por zanjado?

—Sí —respondió, aunque parecía como si se hubiera golpeado con su propio mazo.

Por fin, ella sonrió.

—Entonces le doy las gracias, Sir Alexander.

Se preguntó si había algo más que debiera tratar con él, pero no se le ocurrió nada. Alzó ligeramente el mentón.

—Sé que hemos tenido nuestras dificultades, pero espero que las cosas mejoren.

—Yo también —respondió él en voz baja.

Arabella tenía intención de despedirse, pero quedó atrapada por su mirada pensativa, apenas perpleja. Tras un instante —no habría sabido decir cuánto tiempo había pasado—, una lenta sonrisa se adueñó de los rasgos de Sir Alexander. Un leve mareo le invadió los sentidos, sin que lograra identificar su origen. Entonces comprendió que había experimentado esa misma sensación cuando él la besó en lo alto de la muralla.

Sus ojos descendieron de nuevo hasta su pecho bronceado por el sol, hasta los poderosos músculos que se adivinaban bajo la camisa y que le permitían manejar aquel enorme martillo como si no pesara nada. Sintió un extraño impulso de permanecer allí para siempre, o al menos unos minutos más, con la esperanza de verlo alzar el mazo una vez más y hacerlo caer contra la piedra.

—¿Hay algo más? —preguntó él en voz baja, dando un pequeño paso hacia ella. Su sonrisa se ensanchó.

Arabella negó con la cabeza.

—No —murmuró con voz ronca—. Supongo que debería dejarlo trabajar.

Él sonrió, le dirigió una mirada cómplice que le encendió las mejillas y se volvió para recoger el martillo.

Ella volvió a llevarse el pañuelo a la boca y empezó a retroceder despacio. Observó cómo el martillo subía y bajaba, con un sonido casi ensordecedor en la cámara subterránea. ¿Cuánta fuerza debía de tener un hombre para manejar una herramienta así?, pensó. Mucha, sin duda.

Al final, se sacudió y dio media vuelta. Quizá había algo admirable en la destreza física de un caballero. Sin embargo, nunca debería haber ordenado a un sirviente que la condujera a las mazmorras. Aquello había sido una grosería imperdonable.

Enderezó los hombros, satisfecha con su conclusión. Aun así, no pudo evitar echar una última mirada a Sir Alexander antes de iniciar el ascenso, lo que le provocó un nuevo y desconcertante mareo.

El sábado por la mañana, Arabella llevaba más de una hora recogiendo frambuesas de una enredadera silvestre especialmente frondosa al sur de Fairlight cuando uno de los sirvientes fue a buscarla, con el rostro enrojecido y sin aliento.

—¿Qué ocurre, Henry? —preguntó ella, alarmada—. ¿Está bien el señor Everleigh? ¿Y la abuela? ¿Mis hermanas?

El hombre jadeó un instante antes de responder.

—Lo siento, señorita. Todos están bien.

Tomó aire de nuevo y añadió, titubeante:

—Me temo que la casa está invadida.

—¿Ratones? —preguntó ella, sobresaltándose otra vez.

—No, señorita. Nobles.

Arabella lo miró fijamente y comprendió de inmediato.

—Peor aún, ya veo.

El sirviente, un hombre de unos treinta años y bastante despierto, dejó escapar una carcajada antes de recomponerse y murmurar una disculpa.

Arabella emprendió el camino de regreso a la casa, ordenando sus pensamientos y repasando mentalmente los discursos que había ensayado. Al entrar en el salón, no le sorprendió encontrar allí a no menos de diez personas de cierta influencia, si no de alto rango, observándola con manifiesta desaprobación.

Su padre ocupaba el sillón más cercano a una jarra de jerez y, aunque aún no eran las once, bebía con evidente alegría, y una amplia sonrisa en los labios. Parecía disfrutar de todo aquel disparate, lo que despertó en ella una vaga sospecha que no supo concretar.

Sus hermanas mostraban expresiones muy distintas. Charity parecía esculpida en piedra, Harriet la miraba con compasión y los ojos de Hope brillaban con una mezcla de expectación y entusiasmo.

La delegación de la aristocracia local estaba encabezada por Albinia Kensington, acompañada de su hija Julia y de su hijo Henry, uno de los pretendientes más obstinados de Arabella. En ese momento, Henry permanecía junto a su padre, con el ceño tormentoso de costumbre. De todos los jóvenes caballeros del valle, ninguno se oponía con tanta vehemencia a la presencia de Sir Alexander como él.

Flanqueando a la señora Kensington se encontraban los habituales: la anfitriona de la velada de esa noche, la señora Langford; su anodino hijo Henry; y sus hijas Rose y Sophia. Faltaba Charles, como era de esperar, dado su carácter rebelde y su declarado desprecio por la mayor parte de la sociedad de Chilchester.

Además de los Langford, habían acudido el capitán George Wetherby, Pamela Spight y John Calvert, todos dispuestos a sumar sus voces al coro de desaprobación. Sin embargo, la persona cuya presencia realmente inquietó a Arabella fue la última en llamar su atención.

Sylvester Gilbert se encontraba allí. Como heredero del vizconde Lord Cottingford, cualquier palabra que se pronunciara aquella mañana llegaría inevitablemente a oídos de Lady Cottingford, y su prestigioso baile de la cosecha era la razón última de todo aquel revuelo.

—Buenos días —saludó Arabella con fingida alegría al entrar en el salón, reforzando sus nervios al apartar la mirada del señor Gilbert —. Lamento haberlos hecho esperar, estaba recogiendo frambuesas

en los pastos del sur. ¿A qué debo el honor de una visita tan inesperada, aunque, por supuesto, bienvenida?

Sonrió con esperanza, pero el silencio que se apoderó de la estancia fue tan denso que sintió cómo el corazón le golpeaba el pecho. Aquello no auguraba nada bueno.

Tomó asiento frente a la señora Kensington, que hinchaba su imponente pecho de manera ominosa y la observaba con una severidad implacable.

—Creo que sabe perfectamente por qué hemos venido mi familia y yo —comenzó esta—. Nos has dado una sorpresa, querida. Una sorpresa terrible. Me asombra verte ahí sentada con tanta calma, como si nada hubiera ocurrido, cuando sabes muy bien que tú, y solo tú, has sido la causa de esa contaminación del norte que ahora amenaza con extenderse por todo el valle.

Inspiró profundamente.

—He venido para ponerle fin de inmediato.

Arabella maldijo una vez más a Sir Alexander. ¿Cómo se atrevía a colocarla en una situación tan humillante? Por el bien de su familia, había estado dispuesta a renunciar para siempre a su vida social con tal de enderezar su fortuna, si eso era lo que exigía

suplicar a Sir Alexander que se casara con ella. Ahora, sin embargo, sus exigencias de inclusión social la obligaban a soportar un tormento constante. Él era el causante de todo aquello, no ella, y aun así debía seguir adelante.

Miró a su padre, que la animó con un leve asentimiento.

Se enfrentó de nuevo a la mirada severa de la señora Kensington, consciente de que aquella era la segunda dama a la que había pensado recurrir para introducir a Sir Alexander en la sociedad. No había esperado enfrentarse tan pronto a su segundo dragón, y menos aún con el primero —la señora Langford— todavía en plena forma y firmemente a su lado.

Ordenó sus pensamientos, recordó el discurso ensayado y comenzó:

—Aunque Sir Alexander sea de ascendencia desafortunada, su madre era inglesa y, solo por ese hecho, tiene derecho a ciertos privilegios entre nosotros. He tenido ocasión de observar las reformas que se están llevando a cabo en Pelworthy y debo informarles de que sus trabajos más recientes incluyen la transformación de las mazmorras en una amplia bodega.

Se detuvo un instante, pues la conciencia volvió a atormentarla. ¿Cuándo, se preguntó, terminarían aquellas evasivas?

—Tengo entendido que ya ha encargado cientos de botellas de vino francés para su próximo baile de Navidad, al que, según he sabido, tiene intención de asistir la familia de lord Anthony y su célebre y bien relacionado padre. Consideré que cualquier desaire podría interpretarse como una ofensa grave. Tal vez debería haberle consultado antes, señora Kensington, y ahora comprendo que ha sido un error. No obstante, parece que el señor Langford y su esposa han tenido la amabilidad de abrir su hogar a nuestro nuevo vecino.

Aquellas declaraciones, plagadas de falsedades, fueron recibidas con exclamaciones ahogadas y pequeños gritos de asombro. Arabella supo entonces que había logrado su primer objetivo: conmocionar a su audiencia.

Tras un silencio sepulcral, la señora Kensington habló por fin:

—Me importa un comino cuáles sean sus supuestas conexiones. Sé que ese hombre es un maleducado y un auténtico bruto. La última vez que lo vi en la calle principal de Chilchester tuvo la desfachatez de preguntarme si me molestaría que acudiera con su kilt a las próximas reuniones.

Por alguna razón, aquello estuvo a punto de hacer sonreír a Arabella, pues no se le ocurría nada que pudiera enfurecer más a aquella mujer que lo que, con toda probabilidad, había sido un comentario deliberadamente provocador. Se mordió el labio para contener la diversión y se preguntó, no sin inquietud, si él tendría intención de llevar el kilt esa noche. Tal vez sería prudente escribirle una nota disuadiéndolo.

—¿Así que todo esto le parece divertido? —espetó la señora Kensington, poniéndose en pie.

—No, señora, en absoluto —respondió Arabella de inmediato, levantándose también—. Le ruego que no se marche sin tomar una taza de té.

La concurrida sala empezó a agitarse, dando muestras de despedida, pero, para sorpresa de todos, la señora Kensington volvió a sentarse.

—Un poco de té me vendrá muy bien. No he desayunado y la noticia de la señora Langford me ha dejado completamente desconcertada.

Arabella sonrió.

—Cook ha preparado uno de sus famosos pasteles de limón, que sé que le gustan. ¿Le apetece?

—Sí, gracias.

Arabella miró a Charity y le hizo un leve gesto. Por mucho que su hermana desaprobara su trato con Sir Alexander, era impecable en cuestiones domésticas y abandonó la sala para ocuparse personalmente del té y el pastel.

Con tantos visitantes inesperados y el consiguiente despliegue de tazas y bandejas, no fue extraño que en pocos minutos apareciera un desfile de sirvientes de Fairlight. Aquel interludio permitió a Arabella recomponerse y ordenar de nuevo sus pensamientos.

Cuando la señora Kensington hubo terminado la mitad de su pastel y comenzó a sorber una segunda taza de té, Arabella sintió que había llegado el momento de retomar el asunto.

—Le agradezco mucho su preocupación. De verdad. Hasta hace muy poco, hasta que supe que el padre de lord Anthony vendría al castillo de Pelworthy en Navidad —sí, es cierto—, pensaba que jamás me llamarían siquiera para hablar con Sir Alexander, y mucho menos para solicitar invitaciones en su nombre. Como su vecina más

cercana, y con el pleno apoyo de mi padre —dejó que estas últimas palabras recayeran con peso sobre los hombros del señor Everleigh mientras todos los presentes se volvían hacia él con visible irritación —, me sentí obligada a iniciar el proceso. ¿Estaba realmente equivocada al hacerlo, señora?

La señora Kensington pasó la mirada del señor Everleigh a Arabella y volvió a manifestar su descontento con varios resoplidos consecutivos. Cada uno de ellos fue acompañado por un nuevo bocado de pastel de limón, lo que contribuyó a suavizar poco a poco su expresión.

—Empiezo a comprender su extraordinaria conducta, señorita Everleigh, pero erró al iniciar este asunto sin discutirlo antes con personas de mayor influencia y experiencia. En cuanto a la supuesta aparición inminente de lord Selsfield en Pelworthy, eso aún está por ver. Por el momento, y en aras de la corrección, la invitación del señor Langford no puede ser rescindida. No obstante, le ruego que no vuelva a tratar un tema tan delicado con ninguno de los caballeros. Ellos no poseen la misma comprensión de estos asuntos que nosotras.

Al decir esto, dirigió una mirada significativa a la señora Langford, que asintió con fervor.

—En cuanto a Sir Alexander, si esta noche se muestra complaciente y obsequioso, podremos decidir a qué eventos menores podría ser invitado. Si no es así, le aseguro que mis puertas permanecerán cerradas para él de forma permanente, sea o no el conde de Selsfield su padrino.

Tras esa declaración, dejó la taza sobre el platillo con un golpe seco, apoyó ambos con firmeza sobre la mesa contigua, se limpió los labios con la servilleta de lino y se puso en pie. Los invitados que aún bebían té se apresuraron a terminarlo. La corte improvisada había llegado a su fin de manera abrupta, y no cabía duda de que la señora Kensington consideraba imprescindible la retirada inmediata del grupo.

Arabella soltó un profundo suspiro al ponerse en pie también. No recordaba haberse alegrado tanto por la marcha de unos invitados desde, quizá, aquel día, un mes atrás, en que Sir Alexander le pidió matrimonio por primera vez y ella, furiosa, le arrojó un reloj a la cabeza.

Cuando los visitantes comenzaron a abandonar la casa, Henry Kensington y el capitán Wetherby la apartaron discretamente.

—Mi madre estaba fuera de sí, señorita Everleigh —dijo Henry —. No puedes imaginarlo. Pensé que sufriría un ataque de histeria, pero lo único que repetía era: «¿Y esperas casarte con esta chica ridícula?». Le dije que no eras una chica, sino una mujer. Aun así, no dejó de despotricar sobre tu miserable carácter.

—Fuiste muy amable al defenderme ante su desaprobación —replicó Arabella con ironía.

Él no percibió el matiz burlón. Sus ojos marrones se abrieron de par en par y se pasó un dedo por el pañuelo del cuello, como si la tela comenzara a asfixiarlo.

—Eso creí —respondió—. Te quiero, señorita Everleigh, como bien sabes, y recorrería el mundo entero por ti. Pero no deberías haber enfadado tanto a mamá.

—Y tampoco querrás enfadarla aún más haciéndola esperar.

Le tendió la mano. Henry la tomó y, como un cachorro obediente, llevó sus dedos a los labios, besándolos mientras el capitán Wetherby observaba la escena. Cuando Henry abrió la boca para iniciar un nuevo discurso, Arabella retiró la mano con decisión.

—Buenos días, Henry.

—Sí, sí, debo marcharme, pero te veré esta noche.

Ella sonrió de forma superficial y observó con alivio cómo él hacía una reverencia exagerada antes de abandonar la sala.

Entonces se volvió hacia el tercero de sus pretendientes más constantes.

—Espero que no se haya escandalizado tanto como los demás.

El capitán Wetherby entrecerró los ojos, como si analizara cada matiz de sus palabras. Era un hombre calculador, rasgo que siempre la había inquietado, aunque en todos los demás aspectos era su favorito. Le había pedido la mano en dos ocasiones y había intervenido con tacto cada vez que el entusiasmo de Henry Kensington se volvía excesivo. La diferencia de edad entre ambos —él contaba treinta y dos años y Henry apenas veintidós— explicaba, en parte, esa autoridad discreta.

—El cambio en su actitud ha sido tan repentino y tan completo —respondió en voz baja— que, naturalmente, me ha preocupado. Debo confesar que también me ha sorprendido. No se había contenido en su anterior desaprobación de la compra de Pelworthy por parte de Sir Alexander.

Arabella suspiró. Aquella desaprobación pertenecía ya a un pasado que se desmoronaba con rapidez.

—Supongo que no lo hice.

Él rió suavemente.

—Solía decir que preferiría morir antes que permitir la entrada de Sir Alexander en la sociedad de Chilchester.

Sintió que el rubor le ascendía a las mejillas. Había sido dura, sin duda, pero entonces se sentía segura de la posición y la fortuna de su familia. Todo aquello había desaparecido, y ahora debía desdecirse con la mayor elegancia posible.

—No serviría fingir con usted —murmuró—. Las circunstancias, sobre las que no tengo control alguno, han cambiado. Aunque no puedo dar detalles, se ha vuelto imprescindible para la felicidad de mi familia que Sir Alexander sea aceptado en el círculo social. Confío en que pueda apoyarme en esto.

Él parecía verdaderamente desconcertado.

—¿Qué ha ocurrido? Me deja en una incertidumbre terrible.

—No puedo decir nada por ahora. Quizá con el tiempo.

—Sir Alexander le ha hecho daño de algún modo.

—No, no, no —se apresuró a negar—. No es eso, se lo prometo. Dios mío… No debería haber hablado.

—En algún momento habría descubierto la verdad. ¿Por qué me mantiene en vilo? ¿Qué ha sucedido para que se vea obligada a reconocer a Sir Alexander cuando antes habría preferido arrancarse los ojos?

Arabella no pudo evitar reír.

—Por favor, no me presione. No es nada que otras mujeres antes que yo no hayan tenido que soportar, y le prometo que la culpa no es suya. Pero sobre este asunto no diré nada más. ¿Puedo confiar en que guardará esta conversación en secreto?

—Por supuesto.

Seguía mirándola con el ceño fruncido.

—Si no sonríe ahora mismo, le pellizcaré sin misericordia.

—Muy bien —cedió—. Veo que debo conformarme con eso.

—Venga, le acompañaré hasta su caballo.

Tras despedir a los últimos invitados, Arabella se dirigió directamente a su escritorio y comenzó a redactar una extensa explicación de lo ocurrido en el salón. Informó a Sir Alexander de

que debía comunicar a los invitados su intención de convertir las mazmorras en una bodega, hacer los preparativos necesarios para adquirir una gran cantidad de vino francés y, sobre todo, asegurarse de no vestir la falda escocesa aquella noche.



—¿Otra misiva de la señorita Everleigh? —preguntó lord Anthony al entrar desde los establos, con la fusta en la mano.

—Así es —respondió Sir Alexander.

No había pensado en llevar el kilt, pero ahora que ella lo mencionaba, decidió que no habría inconveniente alguno en hacerlo. No tenía la menor intención de facilitarle la velada. Además, empezaba a disfrutar sinceramente de lo mucho que la irreprochable señorita Everleigh estaba comprometiéndose al revelar tantos secretos.

—¿Por qué sonríes? Pareces un simplón. Oh, no, no, no…

Dio media vuelta y salió corriendo. Desde el otro extremo del salón, Churchill había avistado a su presa y se lanzó tras ella con

entusiasmo.

Sir Alexander fue deliberadamente lento en llamar al perro, hasta que oyó, desde los pasillos, la súplica amortiguada:

—Abernathy, llama a tu perro.

—Churchill, ven.

Un instante después, el animal entró trotando orgulloso, con la fusta de lord Anthony entre los dientes. Las maldiciones que siguieron, cada vez más lejanas, indicaron que su amigo se retiraba a sus aposentos.

Con la sala en silencio, Sir Alexander se sentó a su escritorio y escribió una respuesta breve.

Querida señorita Everleigh:

Excelente idea. Será una bodega, y considere las botellas encargadas. Suponiendo que la sociedad de Chilchester resulte tan dolorosamente sedienta como cualquier otra en Michaelmas, ¿serán suficientes quinientas?

Atentamente,

R. M.

Después llamó a su ayuda de cámara y le ordenó que planchara su kilt. Los regimientos de las Highlands que habían servido en las guerras napoleónicas habían puesto de moda el tartán en ciertos círculos, aunque, al parecer, no en Sussex.

Sonrió para sí.

La expresión de consternación, vergüenza y, sin duda, enfado en el rostro de Arabella Everleigh compensaría sobradamente todos los desaires sufridos durante los últimos seis meses, y también el reloj que ella le había lanzado a la cabeza.

Capítulo 4

Con el sol de verano aún bastante alto en el horizonte, Arabella cruzó las puertas de Wistfield aquella tarde en un estado que jamás había experimentado. Sufría un ataque de nervios profundo, algo completamente opuesto a su habitual serenidad. ¿Qué había hecho?, se preguntó, no por primera vez desde que se había vestido para la velada de la señora Langford. ¿Cómo había llegado a aceptar poner de moda a Sir Alexander?

Se había arreglado con sencillez, fiel a su estilo: un vestido de muselina blanca con discretas pedrerías y los rizos dorados recogidos en una trenza apretada sobre la coronilla. Al menos en lo referente a su aspecto, estaba razonablemente segura de no ofender a ninguno de los puristas, lo que habría podido tranquilizarla, de no ser porque una de sus hermanas había desaprobado abiertamente su elección.

Hope la había interceptado en lo alto de la escalera, la había observado de arriba abajo y había fruncido la nariz.

—¿Siempre tienes que vestirte como si fueras a ser sacrificada a los dioses en lugar de asistir a una noche de diversión?

La crítica, tan directa, la había dejado sin palabras. Ni siquiera su padre había salido en su defensa, pues había asentido con la cabeza antes de que ella se colocara la capa de seda sobre los hombros y subiera al carruaje familiar. El trayecto de cinco millas hasta la casa del señor Langford transcurrió en silencio, y la charla animada de sus hermanas menores fue lo único que logró mitigar su turbación.

Ahora, mientras saludaba a su anfitriona —de semblante impasible y aún dolida por lo que sin duda consideraba una traición social—, avanzó hacia el salón preguntándose si Sir Alexander habría llegado ya. Una rápida ojeada a los numerosos rostros conocidos le indicó que no, y, sin pensarlo, soltó un suspiro de alivio. Solo entonces comprendió que había estado deseando que no apareciera, que todo hubiera sido una provocación más por su parte y que, tal vez, desde el principio, él supiera que su aceptación en la sociedad de Chilchester era tan absurda como imposible.

Sophia Langford acudió a su encuentro de inmediato.

—¿Es cierto? ¿De verdad es cierto? —preguntó, apartándose de su grupo para tomar a Arabella del brazo y arrastrarla al interior de la sala—. ¿Sir Alexander Abernathy y lord Anthony piensan venir esta noche?

—Eso creo —respondió ella, deseando con toda su alma que no fuera así.

—Estoy asombrada y debo confesar que muy emocionada. Solo he visto a Sir Alexander de lejos, cuando hace compras en Chilchester, aunque a menudo lo he visto pasar en su carruaje. En cuanto a lord Anthony… ¿te ha contado Hope que el domingo pasado me senté muy cerca de él en misa? Es muy guapo.

—Sí, creo que lo es —respondió Arabella con cortesía.

Se acercaron a las ventanas que daban al camino de entrada. Sophia, de cabello castaño claro y grandes ojos marrones, irradiaba expectación.

Ella se inclinó hacia Arabella y susurró:

—Deberías haber visto a mamá antes de que llegaran los primeros invitados. Daba vueltas en círculos, agitaba los brazos y lanzaba todo tipo de reproches a papá por haberte permitido engañarlo para enviar la invitación. Papá se rió de ella, lo que solo

empeoró su histeria. Tú siempre has sido una de sus favoritas. ¿No lo sabías? Por tu cara veo que te sorprendo, pero si quieres saberlo, siempre te elogia y hasta le dijo a mamá que, si tú aprobabas a Sir Alexander, él también lo haría.

—¿De verdad dijo eso? —preguntó Arabella, atónita.

—Sí. Y hay más. La señora Kensington envió una nota diciendo que llegaría muy tarde y que solo permanecería un cuarto de hora. Afirmaba que asistía por amistad, pero que, pese a las promesas de un baile en Michaelmas, no pensaba reconocer a Sir Alexander ni a su ilustre invitado.

El corazón de Arabella se encogió.

—No son buenas noticias.

—No, desde luego —respondió Sophia, mirando por encima del hombro de Arabella hacia el camino—. Oh, Dios mío… y veo que lo peor está por llegar. Mire, señorita Everleigh.

Arabella se volvió y soltó un pequeño grito de sorpresa. Allí, descendiendo de un elegante carruaje, estaba Sir Alexander, ataviado con una falda escocesa.

—Oh, Dios mío —murmuró Sophia, con un tono difícil de interpretar.

Arabella lo contempló en silencio, incapaz de reaccionar. Reparó en los zapatos de cuero, las medias gruesas hasta la rodilla, el kilt a cuadros, el extraño cinturón —un sporran, si no se equivocaba—, el abrigo azul oscuro sin faldones, la banda a juego, la camisa y el pañuelo blancos, y la pequeña gorra azul de la que pendían cintas por la parte posterior.

Sir Alexander no se dirigió de inmediato a la casa, sino que se volvió hacia los caballos y habló un buen rato con su cochero. Detrás de él, lord Anthony descendió por fin del carruaje, impecable con su frac negro, los pantalones ceñidos y el pañuelo anudado con esmero al cuello.

A su lado, Sophia suspiró.

—Es aún más guapo que en la iglesia y, Arabella, debo decir que Sir Alexander está magnífico. Visité Escocia una vez. Es un país precioso, aunque abrupto. ¿No te parece que parece recién salido de las brumas de las Highlands?

Arabella fijó la mirada en Sir Alexander y, por un instante inexplicable, creyó oír el lejano sonido de unas gaitas. Aunque la falda escocesa era lo más alejado posible de unos pantalones, había algo feroz, casi guerrero, en aquel caballero que residía en

Pelworthy. No había en él nada delicado ni vacilante. Caminaba erguido, orgulloso, mientras el carruaje se alejaba hacia los establos y él avanzaba hacia la puerta principal, la primera de las fortalezas sociales de Chilchester que parecía decidido a conquistar.

El mareo volvió a asaltarla, igual que en las mazmorras, como si su sola presencia ejerciera un hechizo incomprensible. Pensó en lo que su padre había comentado aquella misma tarde: que en 1745 los ingleses habían prohibido el uso del kilt para sofocar el espíritu escocés, una ley derogada tiempo después. Ese espíritu, pensó mientras Sir Alexander desaparecía bajo el pórtico, jamás podría ser reprimido.

Un instante más tarde, un grito agudo resonó en el vestíbulo.

—Parecía mamá —dijo Sophia.

Rose Langford irrumpió en el salón.

—Sir Alexander lleva una falda escocesa y mamá se ha desmayado.

La expresión de emoción en su rostro dejaba claro que la salud de su madre no la preocupaba en absoluto. La sala estalló en un murmullo caótico cuando algunos invitados se precipitaron hacia el vestíbulo, mientras otros comentaban con asombro tanto el desmayo

de la señora Langford como la audaz provocación de Sir Alexander al presentarse en kilt.

Solo unos pocos intentaron abrirse paso hacia la entrada. El resto permaneció en el salón, aguardando noticias. Durante esos minutos, la imagen marcial de Sir Alexander se desdibujó en la mente de Arabella y fue sustituida por la visión del frágil cuerpo de la señora Langford tendido sobre el suelo de madera.

Toda su ira anterior resurgió con violencia. Le había pedido expresamente que no se presentara con la falda escocesa. Él era demasiado inteligente como para haber olvidado aquella petición. Solo cabía una interpretación: lo había hecho adrede, para mortificarla, por puro placer.

Se apartó de la ventana y se refugió en uno de los rincones menos visibles del salón, donde esperaba pasar desapercibida cuando él entrara. Henry Kensington se acercó justo en ese momento, mientras Sir Alexander y lord Anthony cruzaban el umbral.

—Imperdonable —murmuró Henry.

Ella lo miró. Su expresión, cargada de furia, estaba clavada en Sir Alexander.

—No podría estar más de acuerdo —respondió.

—Mi madre entrará en declive con solo verlo —añadió él—. Ojalá me hubieras dejado guiarte. ¿Ahora ves lo equivocada que estabas al invitarlo?

Arabella se contuvo. El comentario mordaz que le acudía a los labios habría sido letal. Henry, cuatro años menor que ella, solía resultar ridículo en casi cualquier circunstancia, sobre todo cuando adoptaba ese aire de pretendiente ofendido. Aun así, en ese instante, estuvo a punto de perder la paciencia.

Volvió la vista hacia Sir Alexander y observó cómo el señor Langford, digno bajo su peluca empolvada, lo presentaba junto a lord Anthony a los asistentes. Sir Alexander se inclinaba, sonreía y se mostraba exquisitamente cortés. Qué hipócrita, pensó, comportarse así después de haber arruinado la velada con su indumentaria.

Notó que estaba apretando los dientes y se obligó a serenarse. No le convenía mostrar su furia; él la percibiría y se aprovecharía de ello. Cuando por fin llegaron hasta ella, logró ofrecer una sonrisa comedida.

—¿Cómo están, lord Anthony, Sir Alexander? Una velada agradable, ¿no les parece?

—Desde luego —respondió lord Anthony con una amplia sonrisa—. Solo espero que la señora Langford se recupere pronto. El vestíbulo estaba bastante caluroso. Aquí se está mucho mejor.

Ella asintió, pero alzó una ceja en dirección a Sir Alexander.

El terrateniente se apresuró a intervenir.

—Mi esposa suele desmayarse cuando pasa calor, pero ahora está con su doncella y no dudo de que volverá en breve.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Arabella, con fingida inocencia.

El señor Langford sonrió.

—Creo que ya ha hecho bastante —murmuró—, pero no me quejo. Hacía años que no me divertía tanto.

Sir Alexander fingió no comprender el comentario, lo que le valió a Arabella un mínimo reconocimiento. Al menos, en eso, se comportaba como debía.

A continuación, presentó a su hija menor. Sophia, rebosante de juventud e inocencia, se dirigió a lord Anthony.

—Le vi en la iglesia el domingo pasado. Llevaba un abrigo marrón.

Él se volvió hacia ella y asintió.

—¿De verdad? No lo recuerdo con exactitud.

—Sí, lo llevaba. Lo recuerdo porque tenía unas muescas profundas en las solapas.

—Ah, sí —respondió él con alegría—. Ahora lo recuerdo perfectamente. Abernathy me llamó dandi por eso.

—Oh, no, dandi no —replicó Sophia con adorable franqueza—. En absoluto, porque usted no llevaba relojes en los calcetines ni lucía una docena de leontinas. Papá dice que así es como se reconoce a un auténtico *Pink of the Ton*.

Lord Anthony, sin dejar de atender a Sophia, comenzó a hablarle del Hombre Verde y de cómo aquel caballero había adoptado el color verde en todos los aspectos de su vestimenta. La conversación permitió al señor Langford inclinarse con cortesía ante el grupo y alejarse para atender a otros invitados. Unos minutos después, cuando Sophia se ofreció a mostrar a lord Anthony el pianoforte Broadwood que su madre había adquirido recientemente, Arabella se encontró sola con Sir Alexander.

Agradeció la oportunidad, pues había dos o tres cosas que deseaba decirle, algunas insinuaciones —solo una o dos— sobre el

decoro y el honor.

—En el futuro —susurró con firmeza—, esperaré que me avise si tiene intención de llevar su kilt o cualquier otra prenda de estilo escocés.

Él pareció meditarlo.

—Qué extraño. No se me ocurre nada más… ¿o tenía algo concreto en mente? ¿Las gaitas y mi camisón de lana, quizá?

Arabella alzó la barbilla.

—Supongo que no debería haber esperado un mínimo de corrección ni siquiera consideración por su parte.

—¿Porque soy escocés? —sugirió él con amabilidad provocadora.

—No. Porque es usted el caballero más odioso y provocador que he conocido jamás.

—Vaya, esto es un avance —repuso él con alegría—. ¿De verdad acaba de llamarme caballero? Por alguna razón, tenía la impresión de que «escocés» y «caballero» eran conceptos incompatibles en su pensamiento.

—Tal vez no lo creía antes de conocerlo, pero ahora estoy plenamente convencida.

Se llevó una mano al corazón.

—Me hiere, señorita Everleigh. De veras, no imagina cuánto.

—Oh, déjelo ya. Aquí está una de mis hermanas, que cree que ya es hora de que usted forme parte de nuestra sociedad. Harriet, ¿conoces a Sir Alexander?

—No, pero me alegra hacerlo ahora.

Las presentaciones se realizaron de manera más formal y, a continuación, Arabella se alejó en busca de la gran ponchera, donde una criada de la señora Langford le sirvió una taza.

Bebió un sorbo de la mezcla de té y limón y se preguntó si el señor Langford habría añadido ron, pues no tenía nada de inocente. Estaba, sin embargo, bastante bueno, y permaneció cerca de la ponchera durante un rato, hasta que advirtió que la criada suspiraba una y otra vez. Al mirarla, comprobó que observaba fijamente a Sir Alexander.

—¿Es usted de ascendencia escocesa? —preguntó Arabella en voz baja, casi sin pensarlo.

—No, señorita —respondió la criada—. Pero me encantan los hombres con falda escocesa. No sé qué tienen, pero Sir Alexander es muy apuesto y debo decir… oh, no debería.

Arabella se giró ligeramente para que nadie más pudiera oírlas.

—Continúa. Tengo mucha curiosidad.

La criada dudó apenas un instante.

—Tiene unas piernas muy bonitas, como solía decir mi abuela.

Arabella se atragantó con el ponche y se apartó. Qué extraño resultaba pensar que un hombre soltero pudiera provocar reacciones tan diversas. Al volver a mirar a Sir Alexander, en particular al dobladillo de su kilt, tuvo que concederle la razón a la criada. Sin duda, tenía unas piernas bien formadas.

La señora Langford regresó finalmente a la velada, aunque no tan firme como de costumbre. Arabella advirtió que su aparición era poco oportuna, pues Sir Alexander estaba rodeado de varios caballeros contando una anécdota que arrancó una breve carcajada. A la anfitriona no le habría agradado saber que su invitado más detestado estaba siendo bien recibido.

Arabella, por su parte, se sintió aliviada. No conocía bien los modales de Sir Alexander, pero parecía que, al margen de sus

defectos de nacimiento y de educación, sabía desenvolverse y entretener a los hombres.

Más tarde, después de pedirle a Henry Kensington que, por favor, se abstuviera de volver a declararle su amor en público, se sorprendió al ver a Sir Alexander rodeado ahora de varias damas. Hablaba en voz baja, sonreía de vez en cuando y respondía con soltura a cualquier tema, provocando una cascada de preguntas por parte de su encantada audiencia. Al pasar junto a ellos, oyó a Rose Langford preguntar:

—¿Y de verdad capturó usted al tigre?

—Sí, aunque no sin la ayuda de un centenar de sirvientes, dos noches sin dormir y varias trampas exóticas.

Las damas suspiraron al unísono. Arabella siguió caminando, sintiéndose extraña cada vez que descubría una nueva faceta del carácter o las habilidades de Sir Alexander. No podía creer que todo aquello fuera consecuencia de su intervención, que él se estuviera aventurando por primera vez en los márgenes de la alta sociedad de Chilchester únicamente porque ella necesitaba su fortuna.

Más tarde, mientras comentaba con Rose Langford el avance del parto de Harriet Wisborough, un silencio repentino se apoderó

de la sala. Ambas se volvieron hacia la chimenea, donde Sir Alexander acababa de saludar a la señora Langford, quien comenzó a abanicarse con rapidez. Sus mejillas mostraban dos manchas rojas intensas y sus ojos destilaban una hostilidad oscura.

—Madame —comenzó él con cortesía—, sé que han circulado rumores acerca de un baile en Navidad en Pelworthy, y deseo anunciar ahora que dichos rumores son ciertos. Sin una señora establecida aún en mi casa y, en particular, ante la inminente llegada de lord Selsfield, esperaba poder contar con su sabiduría y orientación para la organización general del evento. ¿Me haría el honor de prestarme su ayuda?

En ese instante, podría haberse oído caer una pluma sobre el suelo de madera de Wistfield Hall. Todas las miradas se dirigieron a la señora Langford, que había palidecido y había dejado de abanicarse.

—¿Usted… usted busca mi consejo? —preguntó, visiblemente sorprendida.

—Desde luego, a menos que le resulte incómodo. Las salas principales estarán terminadas y amuebladas para entonces, pero un baile requiere mucho más que un par de sofás adecuados.

—Desde luego que sí —respondió ella, con tono de experta.

Arabella observó la batalla librarse en el rostro y en el cuerpo de su anfitriona. La señora Langford se removía, cambiaba de postura, suspiraba, alzaba las cejas y murmuraba una y otra vez:

—Oh, queridas…

Arabella comprendía perfectamente sus pensamientos. Aquel honor conllevaba una distinción considerable, aunque también suponía ofender a los puristas del valle. Sin embargo, ¿qué dama podría resistirse a la tentación de intervenir tan abiertamente en los asuntos de otra casa, y más aún en un castillo recién renovado?

El pecho de la señora Langford se hinchó al tomar una decisión. Señaló con el abanico la silla más cercana.

—Levántese, señora Spight, y deje que Sir Alexander se siente. Tenemos mucho que discutir.

La obsequiosa viuda se apresuró a obedecer. La señora Langford continuó:

—¿Es cierto, entonces, que el conde de Selsfield, tan aficionado a cenar en el Pavilion cuando está en Brighton y en Carlton House cuando se encuentra en Londres, va a honrar nuestro valle y su castillo? Es verdaderamente extraordinario…

Un murmullo general ahogó el resto de sus palabras, pero Arabella no apartó la vista. Estaba completamente atónita ante el gesto magnánimo de Sir Alexander, que no solo había restaurado la paz en Wistfield, sino que además había consolidado su posición futura, quizá de forma definitiva. ¿Qué anfitriona no desearía ser la artífice de un baile en honor a un par del reino?

Una sonrisa se dibujó en su rostro y parte de su inquietud se disipó. Sus hombros se relajaron y, por primera vez desde que su padre le había dicho que tendría que casarse con un hombre rico para salvar a la familia Everleigh del desastre financiero y social, se sintió verdaderamente esperanzada. Tal vez Sir Alexander no fuera tan detestable como había creído.

Eso sí, la señora Langford probablemente no respiraría con normalidad durante la próxima media hora. Un castigo más que justo para Sir Alexander y su imprudente falda escocesa.



Mientras la señora Langford continuaba agrediendo los oídos de Sir Alexander con docenas de sugerencias para un baile apropiado, él

miró por casualidad a Arabella y recibió de ella un leve gesto de aprobación. En ese instante, su oído se embotó y su visión se centró por completo en la joven recatada que le sonreía desde el otro lado de la sala. Sintió que el corazón se le encogía, casi con dolor. Nunca estaba tan hermosa como cuando sonreía, y aquello no era algo habitual en ella. Decidió que, antes de que acabara la noche, le preguntaría por qué no sonreía más a menudo.

Pasó casi una hora antes de que se presentara la ocasión. Había estado observando un juego de especulación en el que ella participaba. Su rostro se había ido sonrojando poco a poco en el caluroso salón y, cuando la partida llegó a su fin, se abanicaba con energía.

—Necesito aire —anunció, poniéndose en pie.

Evan Hambledon ocupó su lugar de inmediato, sentándose junto a Sophia Langford.

Sir Alexander se acercó a Arabella y le ofreció el brazo.

—Será un placer acompañarla a la terraza. Creo que ahora mismo sopla una brisa refrescante del sur.

—Gracias —murmuró ella con educación, tomando su brazo.

A él le pareció percibir cierto rubor en sus mejillas.

Una vez fuera, la condujo despacio a lo largo del muro de ladrillo rojo, sin decir palabra. Era tarde, el sol acababa de ponerse y un hermoso resplandor rojizo teñía el horizonte occidental.

—Me pregunto adónde conduce ese sendero —comentó ella.

—Más allá de la puerta hay un jardín de hierbas. Las cocinas no están lejos.

—Lléveme allí —ordenó en voz baja.

Ella se detuvo en seco.

—No —afirmó con sencillez.

Él sintió cómo intentaba retirar el brazo.

—Pero estamos comprometidos —murmuró junto a su mejilla, negándose a soltarla.

—Nadie lo sabe salvo tú, yo y mi padre, y aun así solo de forma condicional.

—Entonces, si nos descubren, permitiré que se haga un anuncio para que tu reputación no se vea mancillada. Por ahora, no veo nada impropio en dar un paseo por el jardín de hierbas de la señora Langford.

Al oírlo, una sonrisa asomó a los labios de ella.

—Ven —dijo él, seguro por su expresión de que ya había ganado—. Te prometo que me comportaré correctamente y que tú podrás identificar cada planta. Soy lamentablemente ignorante en lo que respecta a las hierbas.

Ella rió entre dientes y, cuando él tiró suavemente de su brazo, no se resistió. Le permitió guiarla por los escalones poco profundos, a lo largo del sendero y más allá de la puerta chirriante.

—Huele a cielo —murmuró él.

—Sí. El trabajo de todo un verano, creo.

—¿Qué planta es esa? —preguntó, señalando cerca de sus faldas.

—Mejorana dulce. La de más allá es tomillo. Esa de aspecto más tosco es perejil, pero la fragancia melosa que impregna todo el lugar procede de la aspérula.

No le dio tiempo a añadir nada más. Él la tomó entre sus brazos y la besó con firmeza en la boca.

Ella se resistió y se apartó, apoyando las manos con decisión en su pecho.

—Sir Alexander —susurró—. Usted… dijo que se comportaría correctamente.

—¿Acaso no es correcto besar a tu prometida?

Ella aspiró con fuerza.

—s un hombre incorregible —dijo, aunque no se zafó de sus brazos como él había esperado.

—Me sonreíste esta noche —dijo él, sujetándola con firmeza, pero respetando su distancia—. Me sonreíste y entonces recordé por qué te pedí la mano hace un mes.

Ella frunció ligeramente el ceño.

—¿No fue solo porque deseaba entrar en nuestra sociedad?

—Jamás pediría la mano de una dama por ese motivo. ¿Tan necio me cree?

—No lo entiendo. No puede haberme pedido la mano por mis sonrisas.

—No se me ocurre un motivo mejor.

—¿Y el carácter, el sentido común, la fortuna? —sugirió ella, mirándolo como si se hubiera vuelto loco.

Él la atrajo un poco más hacia sí.

—Prefiero mi razón, sobre todo porque sus sonrisas son encantadoras.

—Eso no es razón suficiente para pedir la mano de nadie —lo reprendió, aunque su voz se había suavizado.

—¿Me permitirás otro beso, Arabella?

—Supongo que es mi deber —susurró ella, pasando por alto que se había tomado la libertad de llamarla por su nombre.

Él sonrió.

—Sí, sin duda es tu deber. —Prosiguió con el tuteo, encantado del cambio.

No volvió a preguntar. La besó con suavidad durante largo rato, hasta que sintió cómo sus brazos se relajaban y dejaban de apoyarse en su pecho. Por un instante, olvidó todas las palabras desagradables que ella le había dedicado y se abandonó a la maravillosa sensación de besarla. En su abrazo había una promesa de dulzura que supo, con certeza, que querría saborear siempre.

Arabella se descubrió inclinándose de manera escandalosa hacia Sir Alexander. Esta vez, su brazo se deslizó alrededor de su cuello y el beso, antes tierno, se transformó en algo distinto, atrevido y exigente. No comprendía qué estaba ocurriendo, pero un instante después sus rodillas flaquearon. De no haber sido por el firme abrazo de él, habría caído al suelo.

—Oh, lo siento. No sé qué me ha pasado.

Él reía.

—Podría aventurar una hipótesis.

—Deberíamos volver a la velada.

—No. No deberíamos volver nunca. Mi casa está a solo unas millas de aquí, cuatro, creo. Podría llevarte en brazos y retenerte para siempre en una de las torres.

Ella no sabía qué pensar de él ni por qué aquellas palabras tan absurdas le provocaban una sensación deliciosa en el estómago, una especie de mareo placentero. Más sorprendente aún era el impulso repentino de decir que sí, que iría con él. Aquello resultaba, sencillamente, extraordinario.

—No podrías llevarme cuatro millas —replicó, empujándolo con suavidad hasta obligarlo a soltarla.

Él se lo permitió, pero permaneció muy cerca y le susurró al oído:

—Podría hacerlo, y lo haría, si tú me lo pidieras.

Un escalofrío le recorrió el cuello y el brazo con la rapidez de un relámpago. Contuvo el aliento. ¿Cómo era posible que, aun sin tocarla, siguiera sintiéndose tan cautivada?

—Estás diciendo tonterías —susurró ella, deseando de pronto poder quedarse en el jardín de hierbas otros cinco minutos… o cinco días.

Él le besó la mejilla.

—Estoy siendo perfectamente racional.

Ella se rió. Nunca se reía. Se sentía joven, más joven de lo que se había sentido en muchos, muchísimos años, once, para ser exactos. Acudieron a su mente recuerdos de una época más inocente, cuando parecía que sus pies tuvieran alas, cuando caminar era casi volar. Eso había sido antes, cuando su madre aún vivía y ella, como la mayor, había sido la primera en adentrarse en su mundo. Qué aventura tan maravillosa, aunque breve.

Una tristeza profunda comenzó a invadirla. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Qué sucede? ¿Cómo te he ofendido, querida? No lo habría hecho por nada del mundo. Dime qué ocurre.

Ella lo miró como si contemplara a un espectro, no al hombre con el que estaba comprometida, aunque fuera en secreto. Su mirada descendió hasta la falda escocesa y dio un paso atrás. ¿Qué solía decir su madre? «La vestimenta adecuada refleja el carácter, el gusto y la educación». ¿Qué decía el kilt de Sir Alexander?

—Deberíamos volver dentro —murmuró, alejándose.

Él la sujetó del brazo, impidiéndoselo.

—No hasta que me digas qué te pasa.

—Estaba pensando en mi madre —dijo ella, alzando la barbilla —. Murió hace mucho tiempo, pero hay momentos en los que regresa a mí como si hubiera sido ayer. ¿Lo entiendes?

Él asintió lentamente.

—Sí, creo que sí.

—¿Puedo volver ahora?

—Por supuesto.

El breve trayecto hasta la terraza y el salón transcurrió en silencio. Arabella compuso una sonrisa forzada y, en cuanto pudo, se

separó de Sir Alexander. No comprendía cómo besarlo la había conducido a un dolor tan vivo por la pérdida de su madre, pero así había sido. Aquellos sentimientos no tenían cabida en una velada, de modo que se obligó a enterrarlos.

Condujo a Sir Alexander hasta el señor Langford y, en pocos minutos, el escocés explicaba a su anfitrión la naturaleza de las mejoras realizadas en Pelworthy.

—Actualmente estamos reconstruyendo la muralla sur con piedra de Sussex para que coincida con la original. Mi arquitecto cree que la piedra data del siglo XI. La barbacana se encuentra en excelentes condiciones…

Se apartó y se acercó a un grupo cercano, preguntando si alguien deseaba acompañarla en una partida de whist. En pocos minutos, con Evan Hambledon como compañero, se encontró entretenida ordenando sus trece cartas.

Pasó una hora ganando y perdiendo bazas y, al final, ella y su compañero reunieron las suficientes como para dejarle un leve brillo de triunfo. Después se levantó, con la intención de servirse otra copa de ponche, cuando Henry Kensington se le acercó.

—Lo desafiaré, si quieres —le dijo en voz baja y con urgencia, apartándola ligeramente.

Arabella sintió cómo el rubor le subía de inmediato a las mejillas. ¿Habría visto Henry cómo Sir Alexander la besaba en el jardín de hierbas?

—¿Por qué… por qué querrías hacer eso? —balbuceó.

Henry puso los ojos en blanco.

—Por llevar una falda escocesa, por supuesto. Nunca me había sorprendido tanto el descaro de ese hombre como esta noche. Se me salían los ojos de las órbitas. ¿Cómo ha podido insultar a nuestra sociedad de esa manera? Es insoportable, y le retaré a duelo por ti, si ese es tu deseo.

Había algo tan infantil en su vehemencia —en la mano apoyada en la empuñadura de una espada imaginaria, en el brillo oscuro de sus ojos marrones— que Arabella estuvo a punto de perder la compostura.

—Te ruego que no lo hagas —respondió en voz baja, pero con firmeza—. No debería haberlo hecho, pero, aparte de provocar el desmayo de su anfitriona, me parece que ha sido bien recibido.

—¿Eso es lo que piensas? Me temo que te equivocas. Hay varios de nosotros dispuestos a acabar con él.

Ella se sobresaltó.

—¿Qué? ¿Deseas matarlo para que no pueda moverse libremente por la sociedad de Chilchester?

—Por Dios, no. Solo acabar con sus modales descarados —replicó, haciendo luego un gesto a John Calvert y al capitán Wetherby, que se unieron a ellos—. Le estaba diciendo a Arabella que no todos los presentes están encantados con Sir Alexander y que varios de nosotros estamos dispuestos a frustrar sus intentos de imponerse entre nosotros.

—¿Olvidas que fui yo quien se aseguró de que lo invitaran esta noche? —preguntó ella.

John Calvert, con gesto severo, intervino:

—Ojalá pudiera olvidarlo. Nosotros… simplemente no entendemos qué la llevó a invitarlo.

Arabella se sintió invadida por un malestar repentino. Apenas podía decirles la verdad y, sin embargo, la tentación era grande, porque veía que aquellos tres caballeros estaban dispuestos, si fuera necesario, a devolverla a su antigua existencia, más decorosa y

segura. Pero ¿sería alguno capaz de rescatar a los Everleigh de su actual desgracia?

Se decía que el capitán Wetherby había heredado una suma considerable de un tío, invertida en fondos, de modo que quizá tuviera los medios para ayudarla, aunque ella ignoraba el alcance real de su fortuna. John Calvert vestía siempre con elegancia, pero conocía bien su carácter parsimonioso y no podía imaginar que su amor declarado superara el apego a su cartera. En cuanto a Henry, disfrutaría de unos ingresos muy respetables cuando heredara Dallings Hall, pero su padre, un caballero robusto de cincuenta años cuyo propio progenitor había alcanzado los ochenta y cinco, parecía poco dispuesto a ceder su lugar a la naturaleza a corto plazo.

Por mucho que la tentara unirse a sus protestas y preservar la sociedad de Chilchester tan aislada como siempre, seguía convencida de que lo más sensato era continuar con su compromiso secreto con Sir Alexander. Al fin y al cabo, se estaba comportando de forma admirable esa noche, salvo, quizá, por haberle robado un beso. Pero ni siquiera por eso podía culparlo del todo, pues estaban comprometidos… o casi.

—No sé muy bien cómo responderle, señor Calvert —dijo al fin —, salvo reiterando mis razones del jueves por la noche. Sir Alexander está reformando el castillo de Pelworthy y ya ha organizado un baile de Navidad al que ha invitado a uno de los personajes más augustos de Inglaterra. No veo cómo podemos seguir ignorando lo que parece ser su presencia permanente en nuestro valle. Además, tengo entendido que posee excelentes contactos en Londres.

Otra mentira. Dios santo. Parecía haber desarrollado una alarmante facilidad para la falsedad desde que había aceptado las condiciones de Sir Alexander.

—¿Qué contactos? —preguntó el capitán Wetherby, frunciendo el ceño.

—No lo sé —respondió ella—. Es algo que oí comentar a lord Anthony, creo.

—¿Ese simplón? —soltó Henry.

Arabella se mordió el labio. Pensó que era como si el cazo llamara negra a la sartén.

—Sí, Henry, pero recuerda que, aunque no sea muy perspicaz, conoce a Sir Alexander desde hace muchos años y, por esa larga

relación, debe de estar familiarizado con muchas facetas de su vida. Hasta que se demuestre lo contrario, solo puedo creer lo que me han dicho. No hay razón para que lord Anthony mienta.

Hizo una pausa, sobresaltada de nuevo al advertir con qué facilidad estaba revelando secretos.

—Como veis, me siento obligada, como hija mayor de mi padre y vecina más cercana de Sir Alexander, a darle la bienvenida a nuestra sociedad, o al menos a intentarlo. ¿De verdad alguno de ustedes me pediría que actuara de otra manera en estas circunstancias?

Los tres caballeros fruncieron el ceño, murmuraron sus quejas y, al unísono, lanzaron miradas hostiles hacia Sir Alexander. Arabella cruzó los ojos con él en más de una ocasión y percibió, para su disgusto, que parecía divertirse enormemente. Ya conocía demasiado bien a su corte más leal.

—Me da igual cuánto dinero haya invertido en el castillo —bufó Henry—. Tiene un aspecto ridículo con esa falda escocesa.

—Sí, sí —corearon los demás.

Arabella suspiró profundamente y deseó con intensidad que la velada llegara a su fin para poder regresar a Fairlight y refugiarse en

la calma de su dormitorio. Volvió a mirar a Sir Alexander, recorriendo con la vista su abrigo, la banda, la falda escocesa y las medias. Las palabras de su madre regresaron, insistentes: «La vestimenta adecuada refleja el carácter, el gusto y la educación». ¿Por qué no había atendido a su ruego de prescindir del kilt?

Cuando Rose Langford se acercó para rogar a los caballeros que jugaran al comercio con ella y con su madre, Arabella se dirigió hacia Sophia Langford, que conversaba animadamente con lord Anthony. Llegó justo a tiempo de oír a Sophia jadear suavemente.

—Mi señor —murmuró—, ¿sabía que tiene un desgarro en el bolsillo?

—¿Qué demonios…? —exclamó él, girándose y examinando el pequeño roto—. Churchill otra vez.

—¿Churchill? ¿Uno de la familia del duque de Marlborough?

—El horrible perro de Sir Alexander. La peor bestia que ha existido jamás. No puede verme sin atacar mi ropa. Ayer me arrancó la fusta de la mano. La encontré mordida en la escalera de la torre este.

Sophia palideció, abrió desmesuradamente los ojos marrones y dejó escapar un pequeño grito tras la mano que cubría su boca.

—Ya está, ya está —se apresuró a decir él—. No quería asustarla. Es un buen perro, solo le gusta jugar… y destrozar mis abrigos y pantalones cada vez que me ve.

Sophia negó con la cabeza y bajó la mano.

—Debo confesar, lord Anthony, que no me gustan los perros. Sé que suena terrible decirlo, pero me dan miedo. Muchísimo.

—Oh, pero creo que lo comprendo —respondió él—. Puede que Churchill no tenga intención de destrozarme, pero cuando me persigue por los pasillos…

No terminó la frase, pero el estremecimiento que lo recorrió fue elocuente.

—Lo entiendo de verdad —dijo ella con sinceridad.

Arabella, que no habría interrumpido aquella conversación por nada del mundo, observó con fascinación cómo la expresión de lord Anthony se suavizaba.

—Parece que tenemos mucho en común, señorita Sophia. Lo noté desde el principio.

Ella se sonrojó.

—Empiezo a pensar que sí.

Arabella se alejó, convencida de que pocas veces había presenciado un comienzo tan prometedor para un romance. Sin embargo, no pudo evitar preguntarse cuál sería su desenlace. Sabía que lord Anthony era tan pobre como una rata de iglesia y que la dote de Sophia, considerable —doce mil libras—, había alimentado en el corazón de su madre la esperanza de un matrimonio excelente. Lord Anthony podía tener contactos, pero no tenía un penique.

De pronto, todo le pareció excesivamente complicado. Cómo anhelaba los días tranquilos de su inocencia y seguridad, cuando sus mayores preocupaciones eran qué sonata practicar al pianoforte o si el sombrero visto en Chilchester el día anterior le sentaría bien. Cuánto echaba de menos aquella vida, cuando su madre aún vivía y antes de que su padre perdiera la fortuna en Brighton.

Capítulo 5

Sir Alexander permanecía de pie entre un grupo de caballeros mientras escuchaba a Charles Langford relatar su reciente viaje a París. Dejaba vagar la mirada por los invitados. Algunos parecían haberle tomado simpatía, aunque no se le escapaba que muchos compartían un temperamento marcadamente rebelde, como el propio Charles. Otros, en cambio, lo observaban con abierta hostilidad cada vez que sus miradas se cruzaban, como el trío apostado junto a la ventana.

Henry Kensington era el más expresivo de todos. No perdía ocasión de lanzarle una mirada cargada de desprecio. Sin embargo, Sir Alexander no era tan ingenuo como para conceder importancia a las ridículas provocaciones de un muchacho al que consideraba poco más que un duende iracundo y, hasta el momento, había mantenido una expresión impasible. Junto a Kensington se encontraban otros dos caballeros a quienes le habían presentado aquella noche: el

señor Calvert, propietario de Gumbers Lodge, y un capitán Wetherby, que le había causado una impresión inquietante. Había algo en él que le inspiraba desconfianza instintiva. No se le escapaba que aquellos hombres constituían el núcleo más firme de la corte de Arabella. Si su cortejo había de llegar a buen puerto, no le quedaba más remedio que tomarlos como lo que eran: rivales ya descartados.

Ese pensamiento lo llevó de forma natural a preguntarse dónde estaría Arabella. La encontró no muy lejos, alejándose de lord Anthony y de una de las señoritas Langford para situarse cerca de su padre. Dio un sorbo a su copa de champán helado y la observó por encima del borde. Le pareció triste, casi desesperada. ¿Por qué? ¿Lo detestaba tanto que la idea de acabar ligada a él la sumía en semejante abatimiento?

De pronto advirtió algo que lo inquietó más. Desde su llegada al valle de Chilchester, ella no parecía verdaderamente feliz. Siempre se mostraba amable, siempre sonreía con corrección, como se esperaba de ella, pero las sonrisas genuinas, las que nacen de la alegría o del disfrute, rara vez iluminaban su rostro.

Se sintió intrigado. ¿Qué pesaba tanto sobre su ánimo y qué podía hacer él para aliviarlo?

El grupo que lo rodeaba estalló en carcajadas cuando Charles alcanzó el clímax de su anécdota. Sir Alexander sonrió también, aunque no habría sabido decir de qué se reían. Estaba a punto de excusarse para acercarse a Arabella cuando un murmullo inquieto surgió desde la entrada del salón y atrajo todas las miradas.

Se volvió y vio el rostro imperioso de la señora Kensington ocupando el umbral. Tuvo la impresión de que, si abría la boca, surgirían llamas de ella y humo de sus fosas nasales. El silencio se abatió sobre la sala con docilidad casi reverencial. Algunas de las damas más jóvenes hicieron incluso pequeñas reverencias a distancia.

Sir Alexander se puso en guardia cuando la dura mirada de la dama recorrió a los presentes y se detuvo en él. Sus ojos marrones se entrecerraron y los labios se le tensaron al reparar en su falda escocesa.

La señora Langford se apresuró a acercarse, dispuesta a interponerse, pero la señora Kensington la detuvo con un gesto autoritario. A continuación avanzó hacia Sir Alexander, seguida por Henry, su marido y su hija Julia, todos obedientes como un cortejo disciplinado.

Sir Alexander se inclinó cortésmente cuando se detuvieron ante él.

Ella lo miró con abierta hostilidad, sin ofrecer saludo alguno. Él, por puro respeto a sí mismo, guardó silencio.

—¿Así es como paga usted a la señora Langford, burlándose de ella en su propia casa? —estalló al fin—. ¿Así le enseñaron a comportarse como a un caballero?

—Me desmayé al verlo —añadió la señora Langford, acercándose con visible nerviosismo.

La señora Kensington alzó la mano y su amiga se disculpó de inmediato por haber intervenido.

—Le tenía en mayor estima, Sir Alexander —continuó—. Pensé que tendría la prudencia suficiente para rechazar esta invitación. Habría sido preferible a obligarme a expresar, y además en público, mi opinión sobre el asunto. Esta noche ha sobrepasado todos los límites de la decencia al contaminar los salones de Wistfield con su presencia.

—¿Todos los límites? —preguntó él con fingida inocencia.

—No se atreva a desafiarme. Puede que haya logrado persuadir a la señorita Everleigh, cuya naturaleza compasiva la hace

vulnerable a errores de juicio, pero ella no tiene poder alguno para garantizarle permanencia en nuestra sociedad.

—¿Y usted sí? —replicó con suavidad.

—Por supuesto. Sin mi beneplácito no llegará lejos. Estaba dispuesta a permitirle acceso a ciertos círculos menores. El granjero Jhonns, por ejemplo, organiza reuniones a las que podría asistir sin ofender a nadie. Incluso habría estado dispuesta a orientarlo. Pero bastó ver ese atuendo para saber que jamás le concedería ni una fracción de mi influencia. Esta noche ha demostrado que no es digno de ella. Haré cuanto esté en mi mano para que no vuelva a ser recibido. ¿Tiene algo que decir?

Sir Alexander bebió otro sorbo de champán, como si meditara la cuestión.

—Me temo que no demasiado.

El pecho de la señora Kensington se hinchó de indignación. Él observó de reojo cómo la señora Langford palidecía y tragaba saliva con evidente aprensión. Resultaba evidente que conocía bien ese despliegue de autoridad.

—¿Me habla usted así? —exclamó la dama.

—Solo deseo dejar claro que me ofenden sus insultos —respondió con corrección—, y que considero de una grosería extrema haber hecho esperar a su anfitriona durante horas, sabiendo cuán delicada sería la situación para ella.

—No intente desviarme. Es usted quien muestra desprecio, apareciendo con una falda escocesa, sin duda para provocarnos.

Una sonrisa breve curvó sus labios.

—Solo a una persona —murmuró.

—No sé a qué se refiere, pero si alude a mí, se equivoca de objetivo.

—No me refería a usted —dijo con calma—. Ni tampoco a usted, señora —añadió, dirigiéndose a la señora Langford—. Le pido disculpas si la he ofendido. Me siento orgulloso de mis raíces escocesas, algo que mi madre siempre me inculcó. Espero que el evidente desagrado de la señora Kensington no afecte a su disposición a ayudarme con el baile de Navidad.

—¿Qué? —rugió la señora Kensington, volviéndose hacia su amiga—. ¿Es cierto que ha aceptado ayudar a este hombre?

Sir Alexander vio cómo la señora Langford palidecía aún más y decidió intervenir.

—Ha tenido piedad de mí, señora. Le ruego que ahora tenga piedad de todos los presentes y deje el asunto por el momento. Hay muchos invitados deseosos de saludarla.

Hizo una reverencia y se dispuso a retirarse, pero ella lo detuvo.

—Aún no he terminado con usted.

—Pero yo sí —replicó, inclinándose de nuevo—. Creo que lo más prudente es dejar el tema aquí. Si lo desea, estaré encantado de visitarla en otro momento para tratar cualquier asunto que le alivie.

—Jamás cruzará las puertas de Dallings. Siempre supe que era usted un elemento indeseable, pero no imaginé hasta qué punto. Nunca debió comprar Pelworthy. Pensar en esa casa histórica en sus manos me resulta ofensivo.

La ira le cosquilleó bajo el cráneo.

—Ha dicho más que suficiente —respondió con frialdad.

—No tan deprisa. ¿Carece usted de todo sentido del deber? ¿No le enseñó su madre lo esencial sobre la decencia? ¿No se avergonzaría de su conducta? Aunque, claro, siendo esposa de un escocés…

Sir Alexander se volvió rígidamente.

—Puede insultarme cuanto quiera, señora. Comprendo su estrechez de miras. Pero si vuelve a mencionar a mi madre, aunque sea una sola vez, habrá cruzado un límite que no toleraré. Buenas noches.

Se inclinó ante la señora Langford.

—Le estoy sinceramente agradecido por su amabilidad.

Miró a Arabella y, al ver la expresión pétrea de su rostro, le dedicó una reverencia cargada de ironía. En ese instante pensó que se parecía inquietantemente a la señora Kensington.

Hizo una seña a lord Anthony, que se despidió apresuradamente.

Arabella lo vio marcharse, con la mente aturdida, consciente de que había dejado de respirar. La sala entera parecía suspendida en un silencio expectante.

—Creo que voy a desmayarme —anunció de pronto la señora Kensington.

La conversación estalló de inmediato. La señora Langford la condujo a una silla y la abanicó mientras le ofrecía ponche.

Entonces comenzaron las risas. Primero tímidas, luego más abiertas.

—Que se lo meta en el corsé —resopló Charles Langford desde algún lugar—. Ojalá se me hubiera ocurrido decirle eso a la vieja bruja la última vez que me reprendió en público.

Arabella sintió que la mortificación la inundaba. Ella había invitado a Sir Alexander y sería ella quien pagara las consecuencias.

—¿No ves nada malo en semejante grosería? —le susurró su padre.

—¿Nada malo? —replicó ella—. Nunca me había sorprendido tanto.

—No hablaba de él —respondió—. Nunca toleraría semejante humillación pública, ni siquiera de la reina. ¿Es eso lo que admiras de nuestra sociedad, Arabella?

Ella quiso contestar, pero él se apartó.

Observó a la señora Kensington, llorosa y atendida por varias damas. La señora Langford, en cambio, se había retirado con su marido, que le hablaba en voz baja. Nunca había visto una expresión tan reveladora en el rostro de su anfitriona.

Un pánico inexplicable se apoderó de Arabella. Todo estaba cambiando. Lo sentía. Las lágrimas le ardían en los ojos.

Ojalá Sir Alexander hubiera conservado la calma hasta el final. Al principio la había impresionado su compostura, incluso su indiferencia. Le había parecido admirable. Ojalá no hubiera permitido que su temperamento se desbordara. Un verdadero caballero habría resistido, incluso ante un insulto tan cruel.

Confundida y agotada, buscó a su padre y le tiró suavemente de la manga.

—¿Podemos irnos a casa, papá? —murmuró—. Ha sido un día muy largo.

—Por supuesto —respondió él, con frialdad.

Mientras abandonaban Wistfield, Arabella no pudo evitar pensar en su madre, que se habría horrorizado ante todo aquello.

Charity se acercó a ella.

—Sigo muy sorprendida, Arabella. ¿Qué crees que habría dicho mamá?

—Mucho —susurró—. Mucho.

Al pasar junto a Henry Kensington, el capitán Wetherby y John Calvert, los vio conversando animadamente. El corazón se le encogió aún más. Sabía que compartían la opinión de la señora Kensington.

Cuando ya se disponían a partir, el señor Langford la tomó del codo.

—No permitas que esto te desvíe, Arabella. Estás haciendo algo muy bueno.

Se quedó atónita.

—Pero su descortesía…

—Fue menor que la de ella. Perdónalo. Vale cien veces más.

Arabella no supo qué responder. Se sentía como una barca zarandeada por corrientes opuestas.

—Buenas noches, señor Langford.

—Y sonríe más, querida. Cuando lo haces, estás preciosa.



Más tarde, mientras el carruaje avanzaba por la carretera en dirección a Fairlight Manor, Arabella deseó con todas sus fuerzas que sus hermanas dejaran de hablar. Que callaran sobre la velada, sobre el kilt de Sir Alexander, sobre el repentino cambio de opinión de la señora Langford respecto a ayudarle con el baile de Navidad, sobre la mezquindad de la señora Kensington y, sobre todo, sobre la espantosa respuesta de Sir Alexander.

—Todavía no puedo creer que le dijera algo así a la señora Kensington —exclamó Charity, horrorizada—. «Que se lo meta en el corsé». Fue de una grosería intolerable.

Hope, en cambio, rompió a reír sin contención.

—Nunca había oído nada tan horrible y, al mismo tiempo, tan divertido en toda mi vida. Espero que esto no signifique el final de su vida social, porque jamás me había entretenido tanto.

—Hope, por favor —intervino Harriet con suavidad—. Te olvidas de ti misma y, sin duda, de lo que debe de estar sufriendo Arabella, puesto que fue ella quien se ocupó de su invitación.

Ante eso, Hope moderó su risa y se disculpó.

—Lo siento, Arabella, si te he molestado.

Frunció los labios, apartó la mirada, contorsionó el rostro… y volvió a reírse a carcajadas.

Arabella suspiró hondo. Quizá, si todo aquello le hubiera ocurrido a otra persona —a Pamela Spight, por ejemplo—, habría sido capaz de compartir parte de la diversión de Hope. Sin embargo, en ese momento solo veía el desastre que se cernía sobre ella. Ya no lograría convencer a ninguna anfitriona para que invitara a Sir Alexander a un evento, y mucho menos a la señora Kensington o a Lady Cottingford. Su campaña, pensó con amargura, había sido tan breve como catastrófica.

Miró a su padre y se encogió de hombros con resignación. Él la sorprendió con una sonrisa.

—No todo está perdido —le aseguró—. Confía en mí. La señora Langford no renunciará con facilidad a la oportunidad de ser anfitriona de un baile al que asistirá lord Selsfield. Y yo, por mi parte, haré cuanto esté en mi mano para que Sir Alexander siga recibiendo un número razonable de invitaciones, aunque me temo que no podré convencer al granjero Jhonns para que lo reciba.

Arabella frunció los labios. Recordar el discurso de la señora Kensington, y lo claramente que había dejado expuesto ante todos

cuán poco valor tenía Sir Alexander a sus ojos, la llevó a comprender lo absurda que había resultado aquella referencia al granjero Jhonns. Era un hombre excelente, sin duda, pero jamás invitaba a la alta sociedad y, desde luego, nunca se habría atrevido a imponer la presencia de un caballero. La señora Kensington había parecido casi confusa al mencionar semejante posibilidad.

—A pesar de tu falta de influencia con el señor Jhonns —replicó Arabella—, no comparto tu optimismo.

—Nunca lo has hecho —respondió él con calma.

Arabella se volvió hacia él, sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Tiendes a ver todo con pesimismo, querida, y me gustaría que no fuera así. Amé mucho a tu madre, pero compartía ese rasgo, y no era precisamente una virtud feliz. Sir Alexander se equivocó, no hay duda, pero si crees que la mitad de los presentes no deseaba decirle algo parecido a la señora Kensington, entonces no conoces bien a esa gente.

—Pero la cuestión principal, papá, es que lo dijo. Y al hacerlo demostró una falta de educación evidente.

—¿Falta de educación? —exclamó él con tal vehemencia que las cuatro hermanas se estremecieron—. Ese hombre estaba profundamente enfadado. La verdad es que debería haber intervenido yo para detenerla. Si tienes que culpar a alguien, cúlpame a mí por no haber tenido el valor de mandarla al diablo en cuanto comenzó su absurdo discurso.

Las hermanas Everleigh se quedaron sin aliento al unísono.

—Papá… —murmuró Charity, escandalizada.

Harriet negó con la cabeza.

—Ojalá la señora Kensington no hubiera hablado de forma tan desagradable.

Hope, sentada junto a su padre, le rodeó el brazo con el suyo y sonrió.

—Charles la llamó vieja bruja.

Arabella se mordió el labio mientras su padre estallaba en carcajadas.

Lo observó durante un largo momento. Para ser un hombre que había perdido su fortuna tan recientemente, parecía más relajado y alegre que en muchos años. Se dio cuenta de que, en

realidad, sabía muy poco sobre él y que le resultaba imposible comprender por qué no se mostraba más angustiado por su situación, especialmente cuando los acontecimientos de la noche, independientemente de la interpretación que se les diera, habían reducido de forma drástica las posibilidades de recuperar su posición. No lo entendía en absoluto.

Apartó la mirada hacia la ventana y contempló cómo los setos se iluminaban fugazmente antes de desaparecer, a medida que avanzaban las luces del carruaje. No lograba imaginar qué podría hacerse ahora para ganarse el favor de la señora Kensington, cuando Sir Alexander había arruinado por completo cualquier posibilidad de reconciliación.



Sir Alexander miró a su amigo con evidente irritación.

—Por favor, deja de reírte.

Lord Anthony se sujetaba los costados, sacudido por una risa casi histérica.

—No tienes ni idea. Parecía como si le hubieras clavado una espada entre las costillas. De verdad creí que moriría. «Métetelo en el corsé». Oh, Dios mío…

Volvió a reír con tal fuerza que las lágrimas le corrían por las mejillas.

Sir Alexander dejó escapar una risa breve, incapaz de evitarlo. Había perdido los estribos, había quedado en ridículo y, además, había ofendido a buena parte de las damas presentes y, con toda probabilidad, había dado a la mitad de los caballeros razones suficientes para retarlo a duelo. De no ser por eso, habría considerado la velada un éxito, pues había alcanzado su primer objetivo —robarle un beso a Arabella— y había disfrutado del placer añadido de incomodarla. La expresión fría y desaprobadora que ella había mostrado tras su enfrentamiento con la señora Kensington debería haberle servido de consuelo. Sin embargo, no podía saborearlo. La había herido profundamente. Pero ¿acaso no lo merecía? ¿No lo había insultado ella, directa o indirectamente, tanto como el resto de la sociedad de Chilchester?

Aun así, no hallaba descanso en aquella supuesta victoria.

Cuando la risa de lord Anthony se redujo a alguna que otra carcajada ocasional y el carruaje comenzó su lento ascenso hacia Pelworthy, sus pensamientos se desviaron hacia el pasado.

Recordó un viaje en carruaje con su madre, hacía casi veintitrés años. Iban a visitar a una tía que vivía en un pueblo situado a unas diez millas. La conversación había sido tensa y, como tantas veces, el tema había sido la postura inflexible que la familia había adoptado contra su marido, el mayor Angus Abernathy. Por muchas victorias que este hubiera cosechado en los primeros años de la guerra contra Bonaparte, nada bastaba para compensar, a ojos de los Romney del norte de Sussex, el hecho de que Louisa Romney se hubiera casado con un escocés.

Aquel día, su madre había salido de la casa de su tía conteniendo las lágrimas. Durante el trayecto se mostró serena, pero él la conocía bien y supo que había albergado una última esperanza de reconciliación con la sociedad en la que se había criado. Una esperanza que se había desvanecido por completo.

—Por el niño —había suplicado ella.

La tía Phillips se había mantenido implacable. Ninguno de los dos volvió a ver jamás a los Romney. Su madre había muerto unos

siete años antes.

El sentimiento que nació entonces había permanecido en él hasta ese día: una necesidad casi feroz de vengar el daño que aquel prejuicio había causado a su madre, allí donde lo encontrara, incluso en la mujer a la que había deseado convertir en su esposa.

Cuando el carruaje se detuvo ante la puerta principal, lord Anthony se quitó el abrigo con rapidez.

Sir Alexander lo miró con extrañeza.

—¿Por qué haces eso?

Lord Anthony se encogió de hombros mientras el lacayo abría la portezuela.

—No estoy de humor para que tu perro me persiga. Se lo daré y asunto concluido.

Sir Alexander saltó a los adoquines y pasó un brazo por el cuello de su amigo.

—Esta noche iré delante de ti y detendré a Churchill antes de que empiece siquiera. Te lo debo.

—¿Por qué? —preguntó lord Anthony, alzando la vista.

Sir Alexander lo soltó.

—Por haber perdido los estribos y exponerte a todas las burlas que este valle descargará sobre mí… y, por extensión, sobre ti, sin que tengas culpa alguna.

—Me da igual —respondió—. Eres mi amigo. Ella fue terriblemente insultante. Hasta yo lo comprendí.

—Quizá no opines lo mismo, Tony, si las puertas de Wistfield se te cierran para siempre.

—¿Qué dices? —preguntó, alarmado.

—Lo que oyes. Estás bastante enamorado de ella, ¿no es así?

El rostro de lord Anthony se suavizó por completo.

—Es una chica guapa. Odia a los perros.

En ese momento, se oyó el gruñido de Churchill al abrirse la puerta principal.

Sir Alexander le dio un codazo.

—Yo no diría nada ofensivo sobre la especie canina ahora mismo —susurró—. Si Churchill se siente aludido, ni siquiera yo podré ayudarte.

Lord Anthony abrió mucho los ojos y, pese a las promesas de Sir Alexander, extendió el abrigo hacia el fiel animal.

Sir Alexander tomó la prenda, llamó a Churchill y no se oyó ningún otro gruñido.

—Parecía un pez —comentó lord Anthony mientras subían hacia sus aposentos—. No Churchill, sino la señora Kensington cuando llegó. Un cangrejo. Jamás había visto unos ojos tan saltones. Pensé que se le saldrían de las órbitas.

Sir Alexander rompió a reír.

—Tú, amigo mío, siempre sabes exactamente qué decirme.

—Sí, así es —respondió lord Anthony.

Sir Alexander le lanzó una mirada rápida. A menudo se preguntaba si en su amigo se ocultaba un destello de agudeza que rara vez salía a la superficie. En ese instante, comenzó a sospechar que había en él mucho más de lo que había creído hasta entonces.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Arabella despertó lentamente, con la mente suspendida entre el sueño y la vigilia. En ese estado impreciso, aún veía al dragón al que Sir Alexander había atacado armado solo con espada y escudo, montado en un magnífico caballo negro. Parte de su rostro estaba teñido de azul y su cabello oscuro, largo y suelto, caía como la crin del animal. Vestía únicamente su kilt y una camisa holgada de muselina; iba incluso descalzo. Combatía a la gran bestia profiriendo desafíos incomprensibles, el rostro iluminado por una furia que, según había oído, era propia de los escoceses. El dragón, rojo y dorado, escupía fuego y rugía como un vendaval. A ella le sorprendió que él no mostrara el menor temor, pues su actitud rozaba lo burlón.

Con un último y audaz tajo, el dragón cayó pesadamente al suelo. Las llamas se extinguieron y de sus fosas nasales brotó un humo tranquilo. Sir Alexander no presentaba herida alguna.

Asombrada, lo vio espolear el caballo hacia ella. Un instante después estaba en sus brazos, besándola con vehemencia. El beso terminó de forma abrupta y, al momento siguiente, él reía desde la montura, alejándose al galope hacia las nubes.

Solo entonces Arabella abrió los ojos. Solo entonces comprendió que había estado soñando.

Todo había sido inquietantemente real: los colores, los sonidos de la bestia, la sensación de los labios de Sir Alexander sobre los suyos. Se incorporó y se tocó la boca, pensativa. Era la misma sensación que había experimentado la noche anterior, cuando comprendió que todo estaba cambiando sin la menor consideración por sus deseos.

Inspiró hondo y, con lentitud, intentó serenarse. Había estado alterada desde los desagradables acontecimientos de la velada, especialmente por las palabras de su padre durante el trayecto de regreso a Fairlight. Se había dormido preocupada, convencida de que él la veía como una mujer sombría, dura, tal como ella interpretó su comentario sobre su manera "oscura" de ver las cosas. ¿Era posible que él supiera hasta qué punto la afectaban esas observaciones?

Cruzó las manos sobre el regazo y contempló sus dedos. Tenía veintiséis años y no estaba casada, lo que, según la mayoría de los criterios, la convertía en una solterona. Era la señora de Fairlight Manor; los sirvientes obedecían sus órdenes y, a menudo, solicitaban su opinión incluso antes que la de su padre. Cuando su madre murió de manera inesperada, víctima de una putrefacción en la garganta, Arabella había ocupado su lugar, haciéndose cargo de la casa y de sus tres hermanas menores. Se había convertido en una mujer sobria, poco dada a pensamientos o distracciones frívolas, aunque esperaba no ser tan severa como para no disfrutar de ciertas cosas.

Además, ¿cómo podía su padre reprocharle que viera el mundo con pesimismo cuando había sido él, con sus desastrosas apuestas en Brighton, quien había sumido a la familia en una situación desesperada? Le parecía profundamente injusto.

Aun así, pese a esas reflexiones que deberían haberla tranquilizado, no lograba encontrar sosiego. Sir Alexander le había preguntado por qué no sonreía más. Incluso el escudero Langford había insinuado algo parecido.

Decidió que aquellas cavilaciones no la llevarían a nada y resolvió levantarse y comenzar su rutina diaria. Llamó a su doncella

y, mientras esta acudía, volvió a acomodarse en la cama, desenredando con paciencia sus largos mechones rubios. De pronto, sus pensamientos regresaron a Sir Alexander: a su figura en el sueño, a la forma en que había combatido al dragón y a lo que ella había sentido al contemplarlo. Admiración… y algo más, algo que no sabía nombrar.

De inmediato, un miedo inexplicable la invadió, como una ola helada rompiendo contra el pecho. El corazón le latía con violencia y le costaba respirar. La imagen de Sir Alexander —con el kilt, la espada en la mano y una expresión triunfante— se imponía en su mente. Luchó por recuperar el aliento. ¿Qué significaba aquel sueño? ¿Por qué ese temor repentino?

Un leve rasguño en la puerta la hizo sobresaltarse. Se llevó una mano al pecho al comprender que era su doncella. Al menos su presencia la distraería de los pensamientos que le martilleaban la cabeza. Mientras la joven comenzaba a peinarla, formando el habitual moño de trenzas en la coronilla y dejando algunos rizos sueltos enmarcando el rostro, Arabella frunció el ceño. Recordó las palabras de Hope la noche anterior: «¿Por qué tienes que vestirte como si fueras a ser sacrificada a los dioses?».

No era tan adusta ni tan agria como todos parecían insinuar. En cualquier caso, una vez arreglada, pensaba hablar con su padre. Podía sentirse confundida por muchas cosas tras la debacle de la noche anterior, pero de algo estaba absolutamente segura: no podía casarse con Sir Alexander, por grande que fuera su fortuna. Convertirlo en un caballero aceptable para la sociedad era una empresa imposible; ni siquiera Lady Cottingford habría logrado semejante proeza.

Una hora después encontró a su padre jugando al billar. Él le sonrió con amplitud, los ojos verdes brillantes como siempre.

—Veo tu expresión —comentó—. Has perdido la paciencia conmigo y vienes a sermonearme.

—Qué tontería —respondió ella, esbozando una sonrisa forzada —. Necesitaba hablar contigo de un asunto importante, pero no para regañarte, te lo prometo.

Él dejó caer el taco y las bolas chocaron contra las bandas.

—Me tranquilizas. ¿Cómo estás? ¿Has dormido bien? Mis sueños me persiguieron desde medianoche hasta el amanecer y desperté como si hubiera luchado con un oso.

Arabella pensó en Sir Alexander y el dragón, pero decidió callar.

—He dormido bastante bien. Me siento descansada.

Notó que le temblaban las rodillas y decidió ir directa al asunto.

—Sin embargo, me preguntaba si podríamos hablar de nuestras… dificultades. Después de anoche he llegado a la conclusión de que, independientemente de la fortuna de Sir Alexander, no podría casarme con él. Su disputa con la señora Kensington lo hace imposible.

El señor Everleigh se enderezó.

—¿Vas a rendirte antes de empezar? Sí, sé que sus condiciones eran duras, pero nada que tú no puedas manejar. Por Dios, Arabella, con dieciséis años tomaste las riendas de Fairlight y nos sacaste a flote. Si fuiste capaz de eso, también podrías poner de moda a un caballero apuesto, aunque algo hosco.

—Pero incluso tú debes admitir que arruinó cualquier posibilidad de ser invitado a ningún sitio al enfrentarse a la señora Kensington.

—No digo que tu tarea no se haya vuelto más complicada, pero sigo creyendo que fue provocado sin motivo.

Arabella no quiso entrar en una nueva discusión.

—He pensado en solicitar los servicios del capitán Wetherby. Si los rumores son ciertos, ha heredado una fortuna considerable. Se dice incluso que planea comprar Maresfield House.

Su padre alineó de nuevo el taco y golpeó otra bola.

—Estoy convencido de que se exagera la magnitud de su fortuna.

—Se calcula que posee más de cien mil libras en fondos.

—Es un hombre de gustos caros, Arabella. ¿No has visto la calidad de sus abrigos? Y no conozco a nadie con más tabaqueras que él. No creo que estuviera dispuesto a renunciar a su dinero, ni siquiera por ti.

A Arabella le dolió la crudeza de aquellas palabras.

—Al menos me gustaría intentarlo. Con mi dote, solo nos faltarían unas treinta mil libras.

El corazón se le encogió al pronunciar esa cifra despiadada.

—No te permitiré abandonar tu campaña con Sir Alexander, al menos no todavía.

—Estoy convencida de que no puedo amarlo —replicó con firmeza.

—Vamos, gatita, no me mires así. Además, sé que mientes. Estás enamorada desde el instante en que llegó a Chilchester.

Arabella se sonrojó violentamente.

—No es cierto, papá. ¿Cómo puedes pensar algo tan vil?

—¿Vil? —respondió él—. Yo acogería con gusto a un yerno así cualquier día. Y si llegara a sentir afecto por ti, te felicitarías cada dos días por tu suerte. No es un hombre que se conforme con ninguna de las gatitas débiles que abundan en Chilchester. Nunca entenderé por qué se ha encaprichado contigo. No es que de niña no tuvieras carácter, pero ahora…

—Papá.

Sus palabras la habían herido profundamente.

Él arrojó el taco sobre el paño verde y rodeó la mesa con rapidez.

—Tranquila, no pretendía hacerte daño.

La abrazó con fuerza y ella apoyó la mejilla en su hombro.

—Pero creías cada palabra —murmuró—. ¿Así es como me ves? ¿Como una gatita débil?

Se apartó y lo miró a los ojos. Vio la respuesta y sintió vergüenza.

—¿Cómo puedes decirme eso después de todo lo que he soportado durante tantos años? ¿Crees que fue fácil ver desaparecer mi infancia de un día para otro? ¿Crees que disfrutaba ocupándome de menús con la cocinera o de la ropa de cama con la señora Linch durante una década? ¿Crees que me gustaba hablar con mis hermanas cada noche, como hacía mamá, cuando lo único que deseaba era tenerla conmigo? No permitiré que me llames así. Y si hablamos de debilidad, ¿qué hay de tus paseos por las mejores casas de Brighton, donde lo perdiste todo?

Lejos de ofenderse, una sonrisa torcida apareció en los labios de su padre.

—Reconozco mi error en lo esencial.

—Entonces iré a ver al capitán Wetherby de inmediato.

—No puedes —replicó él cuando ella se dirigió a la puerta.

Arabella alzó la barbilla.

—¿Y por qué no?

Él vaciló.

—Porque… te mentí sobre la cantidad que perdí. Es bastante más cercana… al doble de lo que te dije.

Arabella se quedó sin habla. Una oleada de pánico la invadió.

—¿El doble?

Él asintió, con la mirada baja.

—Me temo que sí.

—¿Apostaste más de lo que vale nuestra propiedad?

Volvió a asentir.

—Oh, Dios mío…

No pudo seguir escuchándolo. Salió de la estancia, conmocionada, horrorizada y furiosa. Él la había empujado a la situación en la que se encontraba con Sir Alexander.

Mientras avanzaba por el pasillo, consideró seriamente regresar y anunciar que se convertiría en institutriz de inmediato, dejando que él cargara solo con la deshonra. Sin embargo, al pasar junto al salón, vio a sus hermanas inclinadas sobre sus labores: Charity cosiendo, Harriet transponiendo una balada y Hope prensando hojas recogidas el día anterior. Comprendió de nuevo cuál era su deber.

—Saldremos para el oficio religioso dentro de una hora —anunció con serenidad.

—Sí, Arabella —respondieron las tres al unísono.

Continuó su camino, despacio, con el ánimo cada vez más sombrío. No se lamentaría más. No era la primera joven que se enfrentaba a semejante dificultad ni sería la última. Si tenía que ser Sir Alexander, que así fuera. Solo podía preguntarse qué habría pensado su madre al ver a una de sus hijas reducida a tales estratagemas y silencios.



Al mediodía, Sir Alexander se detuvo en el último escalón de las mazmorras, con el abrigo colgado del hombro. Había acudido con la firme intención de descargar su irritación levantando el mazo doscientas o trescientas veces, pero al asomarse a la oscura cámara no vio muros medio derruidos ni polvo en suspensión, sino filas y filas de botellas de vino. Cientos de ellas. Las mismas que Arabella Everleigh le había instado a encargar sin demora a Francia.

No pudo evitar sonreír.

Había que reconocerle aquello a la señorita Everleigh: había logrado abrirle al menos una puerta, aunque fuera a base de bigotes y evasivas. Claro que él se había encargado la noche anterior de cerrarla con la misma rapidez, de modo que quizá no fuera necesario pedir el vino después de todo.

Al comprobar que no estaba de humor para derribar otro muro, se dio la vuelta y comenzó a subir los escalones de piedra.

Lamentaba profundamente sus palabras dirigidas a la señora Kensington, aunque ella se hubiera ganado cada una de ellas. Había ido demasiado lejos y, lo que era peor, había puesto a Arabella en una posición intolerable. Por mucho que hubiera intentado acallar su conciencia respecto a ella, no lo había conseguido.

Quizá una parte de sí deseaba que Arabella sintiera el mismo peso del rechazo social que él había soportado durante meses. Aun así, no lograba sentirse satisfecho. Algo —tal vez un afecto incipiente — lo empujaba a reparar el daño. La cuestión era cómo.

Decidido, descendió la colina desde la torre y tomó el camino que conducía a Fairlight Manor.

Al llegar al puente que cruzaba el río Fairlight, el límite meridional entre Pelworthy y las tierras del señor Everleigh,

distinguió a una joven que acababa de salir de un sendero flanqueado por un viejo olmo. Sonrió de inmediato. Era Arabella, con un sombrero rosa y un vestido blanco de verano.

¿Le había leído el pensamiento? ¿Sabía que él necesitaba disculparse?

Ella no lo vio hasta que alzó la vista del camino de tierra. Se detuvo, sorprendida, y luego, con los hombros erguidos, avanzó hacia él. Sir Alexander frunció el ceño. Nunca acababa de comprenderla. En ese momento estaba tan seria como un vicario en domingo. ¿Venía a reprenderlo?

—Buenos días —saludó él cuando estuvo a su altura.

—Sir Alexander —respondió ella, con sequedad.

—¿Ha venido a darme la reprimenda que tanto merezco?

Ella lo miró fijamente, desconcertada.

—¿Cree que he venido para eso?

—Tendría todo el derecho.

Arabella se encogió de hombros y se dio la vuelta. Caminó despacio hasta el centro del puente y contempló el arroyo.

—Hay truchas —comentó—. Por si le apetece pescar.

Él la siguió, atento a cada gesto.

—No ha respondido a mi pregunta. Así que le haré otra: ¿por qué está tan triste?

Otro leve encogimiento de hombros.

—Me he peleado con mi padre. Quería poner fin a nuestro acuerdo y hablar con el capitán Wetherby, pero parece que mi padre no fue tan sincero con sus deudas como debería, y el capitán Wetherby no posee su fortuna.

—Ya veo. Así que no pudo librarse de mí.

Ella dejó escapar un gemido apagado.

—Qué asunto tan miserable.

Sir Alexander se colocó a su lado y dejó vagar la mirada por el arroyo. Algunas rocas rompían la superficie del agua, creando suaves remolinos. Como ella guardaba silencio, habló con voz grave:

—Iba de camino a Fairlight para ofrecerle mis disculpas por lo ocurrido anoche. Soy especialmente sensible cuando se insulta la memoria de mi madre. Aun así, la expuse a una situación intolerable. Eso, Arabella, lo lamento profundamente. ¿Me perdona?

Ella lo miró con inquietud.

—Supongo que debo hacerlo.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Ah, sí. En su búsqueda de mi fortuna, imagino que se siente obligada.

Por fin, una leve sonrisa asomó en el rostro de ella.

—No. Porque está arrepentido y porque…

Calló. Sir Alexander la observó con atención. Sus labios se crisparon.

—Ahora debe decirme lo que piensa. Parece algo bastante perverso.

—Debe prometerme que no dirá nada.

—Por mi honor.

Sus ojos brillaron con malicia, y aquel destello le robó el aliento.

—Nunca había visto a la señora Kensington tan sorprendida. Hay una parte muy poco caritativa en mí que no puede lamentar sus palabras. Se las ha ganado.

Él sonrió.

—Entonces no me arrepiento de haber hablado.

La luz moteada de los olmos jugaba sobre su rostro mientras la brisa agitaba las hojas.

—¿Así que me perdona?

—Por supuesto —respondió ella, avanzando hacia el otro extremo del puente—. Solo me pregunto qué debe pensar de mí. Nunca creí que me vería envuelta en una relación así y no sé cómo continuar.

Sir Alexander se detuvo.

—Esperaba amor.

—Por supuesto.

—Yo también.

Ella se volvió hacia él con dureza.

—Entonces, ¿por qué aceptó mis condiciones? No es tan mayor como para no poder esperar. Podría enamorarse con paciencia, quizá en Londres o en lugares como Brighton o Bath.

—Las damas de Londres no me gustaban.

—Eso sí que me sorprende.

Él cruzó los brazos.

—Londres es un mercado matrimonial, y no deseaba hacer negocios.

—Sin embargo, me pidió matrimonio.

—Eso es distinto. Me gustaba su sonrisa… cuando se dignaba a ofrecérmela.

Arabella suspiró, frustrada.

—Me describe como una mujer siempre malhumorada, y no es así.

Al llegar al final del puente, tomó el sendero que bordeaba el arroyo. Él la siguió.

—No está triste —dijo—. Es solo muy seria.

—Porque me convertí en señora de Fairlight demasiado pronto.

Hablaron largo rato. Ella le confió la muerte de su madre y la carga de responsabilidades que había asumido. Él compartió, con cautela, recuerdos de la India. Vio cómo su expresión se animaba, cómo sus preguntas se volvían vivas e inteligentes.

Cuando el arroyo se ensanchó y los olmos quedaron atrás, ella propuso regresar. Al girarse, Sir Alexander distinguió a lo lejos la

figura inmóvil de un jinete en la colina. No dijo nada.

De vuelta, Arabella pidió:

—Háblеme de su madre.

—¿De verdad le interesa?

—Sí.

—Era valiente. Se casó por amor y nunca se arrepintió, aunque sacrificó toda su vida social por un horrible escocés.

Ella enrojeció.

—¿Debo proteger sus sentimientos?

—Le ruego que no. Quiero siempre la verdad.

—Veo que su valentía pasó a usted.

Ella rió suavemente.

—Pensé que era un escocés horrible, sobre todo cuando llevó el kilt anoche.

—Lo llevé porque me lo pidió.

—Lo comprendí al instante. No volveré a cometer ese error.

—Me ha descubierto.

—No es tan grosero como pensaba, aunque podría serlo. Así que prometo no ofenderme si finge ser un grosero mil veces más.

—Es usted un encanto, señorita Everleigh.

—¿Pretende cortejarme?

Él sonrió.

—Si recitara poesía, me arrancaría la nariz. Solo espero que algún día nos acostumbremos el uno al otro.

Ella lo miró.

—¿Y sigue empeñado en el baile de Lady Cottingford?

—Por supuesto. Mis hijos, nuestros hijos, pertenecerán a la sociedad de Chilchester.

—¿Por eso me pidió matrimonio?

Él asintió.

—Así es.

Ella volvió a adoptar su expresión reservada.

—Muy bien. Pero antes, el picnic de la señora Kensington. ¿Cómo voy a lograrlo?

Impulsivamente, él tomó su mano y besó sus dedos.

—Estoy seguro de que lo hará a la perfección.

Capítulo 7

Durante dos días, Arabella se preocupó por la forma de lograr su objetivo más urgente: obtener una invitación para Sir Alexander y Lord Anthony al picnic de la señora Kensington. Dio vueltas al asunto cientos de veces, ya fuera mientras se cepillaba los largos rizos por la noche, leía a distintas horas del día, revisaba su correspondencia o caminaba hacia Chilchester con sus hermanas.

El martes por la tarde se cruzó por casualidad con la señora Kensington en la sombrerería, pero esta la miró con tal frialdad que comprendió al instante que era del todo imposible intentar siquiera suavizar su ánimo. Con un comienzo así, estaba convencida de que la anciana no le dirigiría una sola palabra hasta pasada la Navidad, dentro de unos cinco meses.

Eso no podía ser. Sin embargo, no se le ocurría cómo conseguir la invitación que tanto necesitaba.

El miércoles por la mañana se sentía desesperada. Dependía tanto de su éxito en aquel asunto que los nervios se le habían ido tensando hasta el extremo. Incluso llegó a considerar la posibilidad de pedir ayuda a su abuela. La señora Everleigh tenía una influencia enorme en el valle, aunque no frecuentaba demasiado la vida social. Aun así, una sola palabra de Eleanor Everleigh bastaría para arreglarlo todo, incluso con una recalcitrante Albinia Kensington.

No obstante, conociendo los firmes prejuicios de su abuela contra todos los extranjeros —y para ella un escocés lo era—, tenía pocas esperanzas de que una petición así sirviera de algo.

Más tarde aquella misma tarde, mientras revisaba con la señora Linch el estado de la ropa de cama, recibió la noticia de que Henry Kensington había ido a visitarla. Una ráfaga de esperanza la invadió y estuvo a punto de echar a correr hacia el salón.

Henry. Por supuesto.

Atrapada en las garras de su amor juvenil, estaba convencida de que él estaría dispuesto a ayudarla, pese a haber expresado con anterioridad su severa desaprobación por la presencia de Sir Alexander en Chilchester. Justo antes de entrar en el salón, se

detuvo, respiró hondo y esbozó una sonrisa forzada. Luego, con paso firme, cruzó el umbral.

—Buenas tardes, Henry. Qué agradable sorpresa. No pensaba verte en toda la semana, con el picnic de tu madre tan próximo.

—Me he escapado —confesó él, acercándose con premura para saludarla—. Qué guapa estás esta mañana, mi querida Arabella.

Al oírlo, Arabella se llevó las manos a la espalda. Estaba segura de que, si le daba la menor oportunidad, él se las tomaría entre las suyas para cubrirle los dedos de besos húmedos, algo que no podía permitir.

—Siéntate y dime qué te ha traído hasta aquí.

—Tú, por supuesto —respondió con fervor.

Hizo ademán de sentarse en el sofá, pero cambió de idea en el último instante. Henry, al advertir su primera intención, se interpuso torpemente en su camino y la empujó sin querer cuando ella intentó moverse hacia otro lado. Arabella sintió su pie engancharse en el dobladillo del vestido y oyó el desgarro antes de recuperar el equilibrio.

—Le pido perdón —exclamó él—. Qué torpe soy. ¿Le he estropeado la falda?

—No tiene importancia, y ha sido culpa mía. En el último momento recordé que me dolía la espalda y que el sofá no me resulta nada cómodo.

Se acomodó en un sillón orejero y le indicó que se sentara frente a ella. Henry obedeció sin dudar, aunque se ruborizó al recordar que había roto su vestido.

—No puedo entender cómo he podido ser tan estúpido —murmuró—. ¿Me perdonas, Arabella? Quizá pueda compensarte. ¿Quieres que mande traer un rollo de tela desde Chilchester… o desde Londres? Sí, debería ir a Londres y buscar algo adecuado en New Bond Street.

Ella se rió.

—No es necesario. Le daré el vestido a Charity, que, como sabes, es famosa por su habilidad con la aguja. Te ruego que no le des más vueltas. Además, hay un favor que quiero pedirte, uno muy importante.

—Lo que sea —aseguró él.

Arabella volvió a respirar hondo.

—Quiero que invites a Sir Alexander y a Lord Anthony al picnic de tu madre.

Tantas expresiones se sucedieron en el rostro del joven caballero que Arabella tuvo la sensación de estar viendo pasar un vendaval por las ramas de un árbol. Sorpresa, disgusto, ira y frustración se reflejaron en sus rasgos uno tras otro. Finalmente, se levantó de un salto.

—Eso es imposible —dijo—. No se puede permitir que ese hombre, ese cretino, cruce las sagradas puertas de Dallings Hall. Sería una blasfemia.

—¿Una blasfemia? —preguntó ella con aparente inocencia, aunque los labios le temblaban.

—¿Temes la ira de tu madre? —añadió ella con suavidad.

—¿La ira de mi madre? No… sí… no. Es decir, no has tenido en cuenta ninguna de mis advertencias contra ese tipo. —Se plantó ante ella, con el rostro encendido—. No es un caballero, y alguien debería darle una lección a ese maldito sinvergüenza.

Arabella se mordió la lengua. Pensó en advertirle que no expresara esa opinión en presencia de Sir Alexander, pero se contuvo. No serviría de nada discutir.

En lugar de eso, pidió que trajeran té.

Henry aceptó, todavía irritado, y volvió a sentarse. Arabella tocó la campana y habló de asuntos triviales hasta que apareció una criada. Tras dar las instrucciones, retomó la conversación con tono inofensivo.

—¿Es nuevo ese abrigo?

Él miró el terciopelo burdeos y sonrió con orgullo.

—Weston. El corte es perfecto. Quería añadir buckram en los hombros, pero le dije que no. Nadie como Weston.

—Eso he oído.

Siguieron conversando así hasta que la tensión desapareció de la frente de Henry. Solo después de dos tazas de té, Arabella abordó el asunto desde otro ángulo.

—¿Por qué crees que tu madre siente tanto rechazo por los escoceses?

Él se encogió de hombros.

—Una vez estuvo enamorada de uno —dijo—. Eso me contó mi tía. Por supuesto, su buen sentido común prevaleció. No podía amar de verdad a aquel hombre. Fue como un caballo aturdido por unas espuelas nuevas.

Arabella comprendió de inmediato que Henry no tenía la menor idea de lo que acababa de revelar. De haberlo oído su madre, habría caído en una profunda conmoción. Ella, sin embargo, mantuvo una expresión neutra.

—¿Teme entonces que Julia pueda sucumbir si un escocés se instala en el vecindario?

—Exactamente. Mi hermana es algo ingenua.

—Entonces comprendo el rechazo de tu madre hacia Sir Alexander.

Henry frunció el ceño.

—Deberían expulsarlo y obligarlo a vender Pelworthy.

Arabella suspiró. Comprendió que, pese a sus promesas, jamás cedería en lo referente al picnic.

—Y te advierto —añadió él— que no vuelvas a dejarte ver con Sir Alexander, como ocurrió el domingo.

—¿Que nos vean juntos?

—En Halland Creek. Paseabas con él sin chaperona.

—Tengo veintiséis años, Henry. Sé comportarme.

—Eres una dama. No sabes el peligro que corres.

—Sir Alexander me está cortejando —dijo ella sin rodeos.

La reacción fue inmediata. Henry dejó la taza, se puso de pie y comenzó a declamar contra todos los escoceses, contra los hombres que usurpaban suelo inglés, restauraban castillos y se paseaban con faldas a cuadros mostrando las rodillas, hasta quedarse sin aliento.

—¿Has terminado? —preguntó ella en voz baja.

—Supongo que sí.

Arabella se levantó y se sacudió la falda.

—Entonces debo despedirme. He retrasado demasiado mi conversación con la cocinera y no puedo hacerla esperar. Si se enfada, el pavo de mi padre quedará poco hecho, y eso es imperdonable.

Henry, desconcertado, no protestó. Arabella lo despidió sin dificultad y, una vez sola, se apoyó en la puerta principal.

La revelación sobre el pasado de la señora Kensington era intrigante, sin duda. Sin embargo, la descartó enseguida. Eran asuntos privados que Henry debería haber sabido guardar.

En cualquier caso, había quedado claro que no le sería de la menor utilidad. Y seguía sin ver cómo podría conseguir una

invitación para el picnic en Dallings Hall.

Sin embargo, mientras se dirigía a las cocinas, llegó a una conclusión sencilla. Aunque no tenía ningún deseo de abordar el delicado asunto de la susceptibilidad herida de la señora Kensington con su abuela, la desesperación empezaba a apoderarse de ella. Si de algún modo lograba persuadir a la señora Everleigh para que la ayudara, las dificultades actuales se resolverían en un abrir y cerrar de ojos.

A la mañana siguiente, Arabella se vistió con especial esmero. Su abuela era extremadamente exigente, y cada cabello debía estar perfectamente colocado para evitar la censura que, sin duda, seguiría a cualquier descuido. Cuando informó a su padre de que tenía intención de visitar a su abuela, una expresión extrañamente preocupada cruzó su rostro, aunque desapareció con rapidez.

—Sí, por supuesto, querida —respondió—. Le encantará que la visites.

Arabella se marchó preguntándose por qué había parecido tan inquieto. Mientras recorría los ochocientos metros que la separaban de la casa de campo en la que residía la señora Everleigh, se obligó

a organizar con precisión la forma en que plantearía su petición de ayuda a la anciana.

La «casa de campo» en la que la señora Everleigh vivía desde la muerte de su marido, hacía unos veinte años, era una residencia encantadora de unas doce habitaciones, en muchos aspectos más imponente que la propia Fairlight. Aquella vivienda había acogido a generaciones de viudas Everleigh durante casi cuatro siglos y se alzaba sobre los cimientos de un antiguo salón normando. La señora Everleigh recibía invitados en contadas ocasiones, ya que una dolencia reumática limitaba tanto su movilidad como su disfrute de la compañía. Arabella, no obstante, la visitaba una vez por semana, más por obligación y cortesía que por verdadero afecto, convencida de que aquellas visitas reconfortaban a su abuela y la mantenían informada.

Ese día, sin embargo, Arabella no se sentía tan tranquila como de costumbre. Había escuchado a menudo las opiniones de su abuela sobre los dictados sociales y no lograba imaginar cómo podría convencerla de ayudar a un escocés a abrirse camino en la sociedad.

Entró en el salón con un nudo en el estómago y se acercó a la mujer arrugada de setenta y un años. La señora Everleigh estaba cómodamente sentada en su silla de ruedas y le sonrió. Arabella se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Su piel estaba fría y un suave aroma a lavanda le llenó los sentidos.

—Buenos días, abuela. ¿Te encuentras bien hoy?

—Qué buena chica eres, Arabella, por venir a visitarme —respondió ella, acariciándole la mano—. Siempre lo has sido, incluso de niña, aunque entonces quizá eras un poco demasiado vivaracha. Los años te han templado, y no podría estar más orgullosa de una nieta como tú.

—Gracias —balbuceó Arabella, sorprendida por tantos elogios inesperados.

—En cuanto a mí —continuó la señora Everleigh—, estoy tan bien como puede esperarse, teniendo en cuenta el crujir general de mis huesos. Pide un poco de té, ¿quieres, querida?

Arabella cruzó la estancia para tirar de la campana y luego se sentó en su lugar habitual, junto a su abuela.

—Qué bonita cofia —comentó la anciana—. Y tus rizos están perfectos. Estas modas sin el menor atisbo de orden son un

completo absurdo. ¿Te he contado que vi a Henry Kensington hace una semana en Chilchester? Pensé que era un gitano, con el pelo tan revuelto. Albinia debería ser más estricta con ese muchacho.

Arabella se abstuvo de señalar que Henry tenía veintidós años y pleno derecho a peinarse como le viniera en gana. En lugar de ello, cruzó las manos sobre el regazo y aguardó el momento oportuno para formular su petición. La señora Everleigh inició un discurso extenso y unilateral, y Arabella se concentró en escucharla, asintiendo con cortesía, respaldando de vez en cuando sus opiniones y esforzándose por no dejar que su mente se desviara del objetivo.

Cuando llegó el té, Arabella preparó primero la taza de su abuela y luego la suya. Tras dar un sorbo, decidió que había llegado el momento de abordar el espinoso asunto.

—Me preguntaba, abuela, si podrías ayudarme con un problema muy difícil.

Expuso con la mayor brevedad posible sus razones para creer que Sir Alexander y Lord Anthony debían ser introducidos en la sociedad de Chilchester. Habló de la supuesta asistencia de Lord Selsfield al baile de Navidad, ya programado, y añadió que incluso la

señora Langford había accedido a ayudar en la organización de la fiesta. Finalmente, concluyó:

—Lo que me gustaría saber es si deseas que transmita un mensaje a la señora Kensington en tu nombre o si prefieres escribirle una nota invitándola a venir a visitarte.

Al terminar, Arabella temblaba. La expresión de total estupefacción en el rostro de su abuela le encogió el corazón.

El ambiente del salón se tensó de inmediato. Arabella comprendió que aquella mujer no iba a mostrar compasión ni curiosidad, ni siquiera interés. Se recostó en el asiento, bebió otro sorbo de té y esperó la tormenta.

La furia de la señora Everleigh fue larga y minuciosa. Mencionó la batalla de Culloden de 1746 como uno de los grandes momentos de Inglaterra y calificó la derogación de la Ley de 1746 en 1782 como una época verdaderamente oscura. Afirmó que todos los tartanes deberían haberse quemado de una vez por todas, especialmente después de que aquel hombre hubiera insultado a la sociedad de Chilchester llevando su kilt en la velada de la señora Langford.

Arabella no recordaba haber escuchado tanta malicia en mucho tiempo, ni haber comprendido tan claramente la profundidad de los prejuicios de su abuela. Los escoceses no eran el único objeto de su hostilidad; los franceses tampoco gozaban de su estima.

Mientras preparaba una tercera taza de té y la diatriba llegaba a su fin, Arabella ordenaba mentalmente una disculpa adecuada por haber planteado una petición tan ofensiva, cuando de pronto su padre apareció en el umbral.

Estuvo a punto de sonreírle, pensando que jamás había visto una imagen tan bienvenida, pero la expresión helada de su rostro congeló cualquier gesto. Estaba furioso, aunque no con ella. Su mirada se clavaba, implacable, en su madre.

Arrojó el sombrero sobre una silla cercana y avanzó hasta situarse frente a la anciana.

—Estrecha y amargada hasta el final —dijo.

La señora Everleigh nunca le había parecido tan pequeña ni tan asustada. Durante años había gobernado con mano férrea, y ahora parecía recoger lo que había sembrado.

—Edward, ¿has perdido completamente el juicio? —preguntó—. ¿Qué te pasa para irrumpir aquí de esta manera? ¿No has aprendido

nada de mí?

—Aprendí mucho, madre —respondió él—, pero nada tan horrible como tus prejuicios.

Arabella dejó la taza sobre el platillo, incapaz de apartar la vista de su padre, que por primera vez parecía dispuesto a enfrentarse abiertamente a su madre. Lo vio erguirse y hablar con voz solemne, enumerando agravios que abarcaban desde la actitud autoritaria de ella en la sociedad hasta sus constantes críticas y, sobre todo, sus maquinaciones en su vida. Arabella se sintió desconcertada. ¿Por qué expresaba ahora sentimientos tan largamente reprimidos? ¿Y por qué había acudido a la casa de campo como si supiera exactamente lo que iba a ocurrir?

Una sospecha vaga empezó a tomar forma. Recordó su comportamiento desde que le confesó las pérdidas en Brighton y la presión constante para que aceptara el compromiso con Sir Alexander. Algo, sin duda, no encajaba.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando su padre se volvió hacia ella.

—Vamos, Arabella. Hemos terminado aquí.

La tomó del brazo y la condujo fuera con paso firme. De regreso a Fairlight, Arabella intentó hablar de lo sucedido, pero él se negó.

—Estoy demasiado feliz en este momento como para explicarlo. Baste decir que la forma de pensar de mi madre está desfasada desde casi el momento en que nací. Ya era hora de decirle la verdad.

Arabella guardó silencio mientras él silbaba alegremente, incluso riendo en más de una ocasión. Al llegar a Fairlight, se detuvo, miró alrededor y añadió:

—Esta noche no estaré en casa para cenar.

Dicho esto, se dirigió hacia los establos.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella.

—No es asunto tuyo, muchacha. Ni tuyo ni de nadie.

A la mañana siguiente, Arabella se sentó ante su tocador, consciente de dos cosas: en primer lugar, que su padre seguía silbando, pues

podía oírlo en el pasillo más allá de su dormitorio; y, en segundo, que el viernes había llegado sin ofrecerle la menor pista sobre cómo lograr lo imposible. ¿Cómo demonios iba a convencer a la señora Kensington para que invitara a Sir Alexander y a Lord Anthony?

Su mente saltaba de un asunto a otro: la sorprendente reprimenda de su padre a la abuela Everleigh, su conducta inexplicable del día anterior —cuando desapareció de Fairlight hasta bien entrada la madrugada— y, por último, el notable paseo del domingo con Sir Alexander por Halland Creek. Fuera cual fuese el origen de su compromiso secreto con él, los acontecimientos que habían seguido resultaban, cuanto menos, extraordinarios.

Sin embargo, cuando pensaba en Halland Creek, su mente parecía aquietarse. Había reflexionado muchas veces sobre aquella conversación, preguntándose por el grado de compenetración que había existido entre ambos durante aquella hora tranquila. Tras tantas discusiones previas, aún le costaba creer que hubieran conversado con calma, y que aquella charla, en muchos sentidos, le hubiera resultado tan grata. Había disfrutado escuchando sus relatos sobre la India, aunque estaba convencida de que había omitido buena parte de sus anécdotas. Sonrió al recordar las pausas incómodas en las que él se aclaraba la garganta y cambiaba

bruscamente de tema. Había sido un rato sorprendentemente agradable.

Luego él le había tomado la mano y besado los dedos con deliberada lentitud. Arabella se llevó la mano a la boca. Por alguna razón inexplicable, había pensado muchas veces en ese gesto, en la tibieza de sus labios contra la piel. Esos recuerdos siempre la conducían al beso robado en el jardín de hierbas de la señora Langford. Era un hombre corpulento y, sin embargo, capaz de una delicadeza desconcertante. Un caballero profundamente contradictorio.

Ojalá no hubiera insistido en el baile de la cosecha de Lady Cottingford como condición para su mano. Estaba convencida de que, con tiempo suficiente, podría ponerlo de moda y abrirle muchas puertas. Sin embargo, a solo dos semanas del baile, sabía que sin la bendición de la señora Kensington aquello era imposible. Y sin el prestigio de esa dama, tampoco habría esperanza alguna de conseguir una invitación para la velada de Lady Hambledon la semana siguiente. Lo que significaba, inevitablemente, que si no asistía al picnic al que siempre acudía Lady Cottingford, Arabella no tendría la menor oportunidad de hablar con la vizcondesa.

No, era el picnic de la señora Kensington… o nada.

Se obligó a pensar con mayor intensidad. Tenía que existir un modo. No permitiría que su familia se hundiera en el escándalo y el olvido, no con tres hermanas menores que necesitaban buenos matrimonios. Debía lograr que Sir Alexander asistiera al picnic. Pero ¿cómo?

Entonces recordó las palabras de Henry, aquella revelación involuntaria sobre el pasado de su madre y un escocés. Se quedó sin aliento. En ese instante, un plan audaz —y terrible— tomó forma en su mente. ¿Podía hacer algo así solo por una invitación?

¿Tenía otra opción?

No. Lo haría. Y lo haría de inmediato.

Llamó a su doncella y, menos de una hora después, viajaba en el carruaje de su padre, recorriendo a toda velocidad las dos millas que la separaban de Dallings Hall.

La extensa mansión Tudor, de piedra antigua, no contribuía a mejorar su ánimo. Tenía un aspecto sombrío y opresivo que, desde niña, siempre la había inquietado. Dada su misión, se dio cuenta de que nunca había estado tan asustada. En el fondo, sabía que sus temores eran exagerados. ¿Qué podía hacerle realmente la señora

Kensington una vez expuesta su petición? No la pondría en la picota ni la castigaría públicamente. Sin embargo, el daño que aquella mujer podía infligir a los Everleigh si decidía declararles la guerra bastaba para hacerle palpitar los oídos de aprensión.

Una vez dentro, la señora Kensington la recibió con aire imperioso y una satisfacción apenas disimulada.

Espera una disculpa, pensó Arabella.

Aquello la irritó y, curiosamente, disipó parte de su miedo.

Intercambiaron las cortesías habituales: preguntas sobre la salud, comentarios sobre el tiempo. Se bebió una taza de té. Cuando se sirvió una segunda, al gusto exacto de la anfitriona, esta preguntó:

—¿A qué debo, señorita Everleigh, esta visita inesperada, o es que hoy ha decidido mostrarse tímida conmigo?

—¿Tímida, señora? No, no lo creo.

Hizo una breve pausa y decidió que solo la franqueza sería aceptable.

—Permítame ser muy clara, pues vengo a formular una petición. ¿Sería tan amable de enviar dos invitaciones para su picnic

de mañana, una para Sir Alexander Abernathy y otra para Lord Anthony?

Los ojos marrones de la señora Kensington se abrieron de par en par, de forma poco favorecedora. Durante varios segundos permaneció muda, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua.

—¿Cómo se atreve a mencionar el nombre de ese hombre en mi casa?

Arabella había esperado una explosión de ira, así que continuó sin rodeos.

—Porque no es el primer escocés que ha ofendido a este valle, ¿verdad, señora?

Dejó que la frase calara.

La señora Kensington aspiró con dificultad y, al recuperar el aliento, guardó silencio. Había comprendido perfectamente la insinuación.

—Espero que mande a buscar sus materiales de escritura y redacte las invitaciones de inmediato.

—Tú… tú… en qué chica tan cobarde te has convertido.

—Como usted prefiera. Pero sigo necesitando las invitaciones. Le prometo que Sir Alexander llevará pantalones adecuados mañana, si eso alivia su angustia. ¿Llamo a su doncella?

Durante largos minutos, la señora Kensington permaneció sumida en sus pensamientos. Al alzar por fin la mirada, su expresión era la de sueños abandonados hacía décadas.

—Supongo que estás enamorada de él.

Arabella negó con la cabeza.

—No. Pero espero casarme con él.

—¿Por qué, si no lo amas? ¿Por qué arriesgar tanto?

Por razones que no supo explicar, decidió confiar en ella.

—No puedo entrar en todos los detalles. Basta con decir que, aunque jamás imaginé un matrimonio de conveniencia, ahora se ha vuelto necesario.

La señora Kensington palideció.

—¿Estás diciendo que tu padre atraviesa dificultades?

Arabella asintió.

—Dios mío… No tenía noticia alguna. ¿El territorio Dun?

Ella volvió a asentir, conteniendo un suspiro.

—Pero ¿qué hay del capitán Wetherby o de John Calvert? Cualquiera se casaría contigo de inmediato.

—Como he dicho, nuestras circunstancias han cambiado.

—¿Tan graves son?

—Peor.

La señora Kensington guardó silencio.

—Dime solo una cosa. ¿Cómo te enteraste de mi… escocés? No, no es necesario que reveles la fuente. Ya lo sé. Mi hijo es un idiota.

Arabella sintió, contra todo pronóstico, un atisbo de compasión.

—Muy bien. Llama a Graff.

Cuando las invitaciones estuvieron escritas, lijadas y selladas, Arabella se despidió. Si dejaba atrás a una dragona sobria y silenciosa, tanto mejor.

No regresó directamente a Fairlight. Ordenó al cochero detenerse en Pelworthy y pidió que la esperara. Un sirviente le informó de que Sir Alexander se encontraba en la parte occidental

del castillo, cerca de la torre del homenaje. Se ofreció a ir a buscarlo, pero Arabella negó con la cabeza.

—Gracias, pero prefiero darle una sorpresa.

Se dirigió hacia la torre, situada sobre una colina cubierta de hierba y rodeada de arbustos. Siempre había sido uno de sus lugares predilectos, pues desde allí se dominaba gran parte del valle de Chilchester.

Mientras ascendía, recordó cómo, de niña, se dejaba caer colina abajo con los brazos pegados al cuerpo. Sonrió. ¿Cuántas veces había huido de Fairlight para perderse entre las ruinas, entregada a juegos de fantasía? Incontables.

Al comenzar a subir la escalera de caracol, evocó una escena precisa: ella, con apenas diez u once años, fingiendo disparar flechas desde una tronera, y su madre apareciendo de improviso, severa y airada.

«Eres casi una mujer», le había dicho. «Estas escapadas son impropias. Estás mancillando el nombre de nuestra familia. Los Everleigh jamás serán invitados al baile de la cosecha de Lady Cottingford si continúas así».

Ahora, de pie en lo alto de la torre, la brisa del oeste refrescaba su piel acalorada. No había obedecido del todo a su madre y había vuelto siempre que había podido. Y ahora, con su mundo patas arriba por las deudas de su padre, ya no sentía remordimiento alguno.

Alzó un arco imaginario, tensó la cuerda, apuntó hacia los olmos junto al arroyo Halland y disparó. El enemigo cayó. La tropa se retiró derrotada.

Se apoyó en la fría piedra. Algo estaba cambiando en su interior, algo maravilloso, aunque aún no lograba definirlo. Era como si una puerta largamente cerrada comenzara, por fin, a abrirse.

Una sensación muy parecida a la esperanza brotó en su pecho. Sonrió, profundamente satisfecha, mientras las nubes avanzaban en pequeñas bocanadas por el cielo. El azul era intenso, el viento delicioso, y su risa se elevó, libre, sobre el valle.

Se dio cuenta de que era feliz.

Y quizá lo era por primera vez en mucho tiempo.

Sir Alexander oyó la risa de una mujer y miró a su alrededor con sorpresa. Las suaves ondulaciones del sonido parecían casi fantasmales, rebotando desde la muralla hasta la puerta de entrada y la torre del homenaje, a la que se acercaba desde el noroeste. Un grupo de arbustos y árboles, frondosos y bien crecidos en la base de la torre, le impedía ver al autor de aquella melodiosa diversión. Durante un instante, la idea de que el castillo estuviera embrujado cruzó su mente, y no era la primera vez que lo hacía.

Sin embargo, al bordear la espesura, alzó la vista hacia la torre y distinguió la parte superior de un sombrero. Retrocedió unos pasos para alejarse del muro y entonces lo comprendió. No era ningún fantasma. Era Arabella.

No pudo contener la sonrisa. Así que había ido a Pelworthy, había decidido subir primero a lo alto de la torre y ahora se encontraba allí, contemplando el valle sin importarle quién pudiera verla u oírla.

Aquello era muy prometedor, pensó. Arabella estaba quebrantando las reglas del decoro… y riéndose de ellas. Muy prometedor, sin duda.

Rodeó la base de la torre para observarla mejor. Cuando alcanzó el extremo oriental, pudo ver claramente su perfil. Sonreía como jamás la había visto sonreír, con pensamientos secretos reflejados en la expresión de su rostro exquisito. La contempló con atención y advirtió que irradiaba triunfo, una euforia apenas contenida.

Se llevó una mano al pecho. Aquella era la parte de su ser que ella mantenía oculta incluso a sus amigos, quizá incluso a sí misma. Eso era lo que él había percibido meses atrás, lo que sospechaba que habitaba en su alma y que ella mantenía cuidadosamente encerrado. Ojalá pudiera sacar a la luz esa faceta y sustituir por completo su recato por aquel fuego y determinación. Una mujer así dominaría Londres entero, si así lo deseara.

Subió la colina cubierta de hierba y entró en la torre, ascendiendo los escalones de dos en dos. Al llegar a la cima, lo recibieron unos ojos verdes encendidos y una sonrisa que parecía venir de otro tiempo. En un instante, lo comprendió todo.

—Recibiste la invitación.

—Sí —respondió ella, con evidente orgullo.

La miró durante un largo momento, incapaz de dejar de sonreír. Al final, se atrevió a preguntar, sin ocultar su admiración:

—¿Cómo diablos lograste algo tan imposible?

Su sonrisa se amplió aún más. En ese instante parecía diez años más joven, y él no pudo evitar acercarse con rapidez y tomarla del codo. Se lo apretó con entusiasmo.

—¿También haces milagros? —dijo—. Aunque, a juzgar por esto, ya has obrado uno. Dime, señorita Everleigh, ¿cómo lo hiciste?

Ella reflexionó con seriedad antes de responder.

—No estoy segura de si debería decírtelo. En este momento pareces aprobarme, y temo arruinar tu entusiasmo si conoces la verdad.

Él rió entre dientes.

—No puedo imaginar nada que digas ahora que me haga pensar menos de ti.

—¿Ni siquiera chantaje? —preguntó ella, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Chantaje? —replicó él—. Dios santo. ¿Qué clase de chantaje? ¿Qué sabías de la señora Kensington o de su familia para

emplear un arma tan temible?

Ante eso, ella adoptó una expresión más seria.

—No creo que deba decírtelo —respondió—. Quizá cuando nos casemos. Por ahora, prefiero guardar silencio.

—Hmm —murmuró él, entrecerrando ligeramente los ojos—. Chantaje y discreción. Una combinación fascinante. Muy bien, no insistiré.

—Gracias —dijo ella con brevedad.

A continuación, sacó del bolsillo de su vestido la invitación con el sello de los Kensington y se la entregó.

Él la tomó, negando despacio con la cabeza.

—Dios mío —murmuró.

Ella miró a su alrededor.

—Debe disculpar a la señora Kensington, Sir Alexander.

—¿Y por qué?

—Su familia fue propietaria de gran parte de estas tierras, incluido el castillo, un obsequio de Enrique VIII a uno de sus antepasados. Décadas después, un Kensington particularmente imprudente se opuso al regreso de Carlos II al trono.

Sir Alexander dejó que su mirada recorriera el valle.

—Entonces comprendo perfectamente su animadversión hacia mí.

—Así es. Y si pretende cumplir su palabra con la señora Langford y permitirle organizar el baile de Navidad, quizá debería concederle a la señora Kensington el honor correspondiente. De lo contrario, le resultará difícil justificar su presencia en Dallings.

Él volvió a sonreír.

—Querida, estás desperdiciando tu talento en este lugar apartado. Tus habilidades te llevarían a Mayfair, a las cortes de Europa… tal vez incluso a la diplomacia. Pareces hecha para manejar sociedades conflictivas.

Ella suspiró.

—Solo prométeme que te comportarás correctamente mañana y me daré por satisfecha.

—Lo haré con mucho gusto, salvo que vuelvan a producirse insultos desafortunados contra mis padres o mi linaje.

—Entonces confiaré en que, una vez que se vea que estás bajo el amparo social de la señora Kensington, nadie se atreverá.

Capítulo 8

Al día siguiente, Arabella se situó en la terraza de piedra de la casa de la señora Kensington y apoyó las yemas de los dedos enguantados sobre la balaustrada. La tarde era deliciosamente cálida, perfecta para los numerosos entretenimientos distribuidos por los dos acres de césped, árboles y arbustos. De este a oeste, su mirada recorría una amplia variedad de juegos y diversiones. Fuera lo que fuese Albinia Kensington, se entregaba por completo a los niños del vecindario y conseguía que todas las reuniones en su casa resultaran agradables para grandes y pequeños.

Sus picnics de verano no eran menos cuidados ni menos atractivos. Se habían instalado carpas que imitaban las atracciones de las ferias, como el lanzamiento de aros o el tiro con arco. Una pequeña compañía teatral representaba un espectáculo de marionetas ante un grupo de niños fascinados. En la parte posterior

de la propiedad se alzaba un enorme roble del que colgaban varios columpios, de modo que los gritos de alegría de los invitados flotaban en el aire sobre el césped. En el centro del jardín, un pequeño lago, lo bastante profundo y ancho como para permitir el uso de dos o tres embarcaciones ligeras, ofrecía paseos vigilados por varios sirvientes apostados en la orilla para evitar accidentes. Por último, en el extremo derecho, el intrincado laberinto de la señora Kensington bullía de gente empeñada en desentrañar los giros de su antiguo trazado, todos con la esperanza de alcanzar el centro, donde se alzaba una torre en ruinas de origen romano.

Su padre y sus hermanas ya se mezclaban entre los invitados. Charity estaba sentada bajo una carpa con un grupo de damas, Harriet ayudaba a los niños a subir y bajar de las barcas, y Hope practicaba su puntería con el arco, uno de sus pasatiempos favoritos. Su padre sostenía una jarra de cerveza y conversaba animadamente con el señor Langford.

Arabella, por su parte, habría dado cualquier cosa por bajar los escalones con ligereza y unirse a alguna de las actividades, pero no podía permitírselo. Sabía perfectamente que los placeres del día iban a verse eclipsados por la ardua tarea de encontrar el momento oportuno para presentar a Sir Alexander a Lady Hambledon.

Más allá de ese objetivo inmediato, no podía permitirse la menor distracción. Si no lograba ganarse de algún modo la aprobación de la dama y una invitación para Sir Alexander a su fiesta del sábado siguiente, sabía que las posibilidades de obtener la crucial invitación al baile de la cosecha de Lady Cottingford serían mínimas. Suspiraó suavemente al darse cuenta de lo frágil que era la cadena de acontecimientos de la que dependía la salvación de su familia. Aun así, no había alternativa. Sir Alexander le había exigido lo imposible, y ella debía lograrlo. Tenía que hacer cuanto estuviera en su mano para que causara una buena impresión en Lady Hambledon.

Mientras observaba el jardín, se preguntó si él ya habría llegado, pues aún no lo veía.

Como si sus pensamientos lo hubieran invocado, Sir Alexander apareció entonces junto a lord Anthony, varios sirvientes y un animado grupo de escolares, saliendo de detrás del laberinto en lo que resultó ser una ruidosa carrera de carretillas. Los niños avanzaban apoyados sobre las manos, conducidos por los tobillos, con la meta a unos diez metros. Tras ellos corría un grupo de damas —entre ellas Sophia y Rose Langford, así como la joven Arabella Spight, de apenas trece años— que los animaban entre risas.

Arabella no pudo evitar sonreír. ¿A quién no le agradaba un picnic? Y resultaba especialmente amable por parte de Sir Alexander participar en aquel juego. Consciente de lo mucho que a los niños les gustaba la atención de los adultos, pensó que el gesto decía mucho de él, quizá más de lo que imaginaba. Se sorprendió imaginándolo con sus propios hijos, tratándolos con la misma paciencia y cercanía, y una tibia sensación de admiración y aprecio se instaló en su pecho.

Volvió la mirada hacia la derecha, donde la mayoría de los caballeros degustaban la excelente cerveza del señor Kensington, y advirtió que Henry, John Calvert y el capitán Wetherby estaban juntos, burlándose abiertamente de Sir Alexander. Sintió una punzada de ansiedad. Por supuesto que lo desaprobaban, pero tal vez aquel desdén era una advertencia que no debía ignorar. Quizá Sir Alexander habría hecho mejor en mantenerse al margen de las festividades generales.

Una dama se acercó entonces a ella.

—Me parece maravilloso —comentó.

Arabella se volvió y reconoció a Louisa Wetherby a su lado. Era la esposa de Sir James Wetherby, de Somerset, y una de sus

mejores amigas. El capitán Wetherby era su cuñado.

—Louisa —dijo—. No sabía que estarías aquí hoy. ¿Cómo ha sido posible?

Louisa, madre de tres hijos pequeños e hija de lord y lady Hambledon, la besó en la mejilla.

—Cuánto te he echado de menos —dijo—. Somerset no está tan lejos en el mapa, pero lo suficiente como para que me resulte imposible visitar a todos mis amigos como quisiera. Me alegré muchísimo de saber que estarías aquí. Cuéntame cómo te va.

Habían sido grandes amigas durante años, pero el matrimonio de Louisa, cinco años atrás, había privado a Arabella de su compañía diaria. Suspiró con suavidad.

—Por tu expresión, diría que ya estás al corriente de los acontecimientos más interesantes de los últimos días.

La sonrisa divertida de Louisa confirmó su sospecha incluso antes de que hablara.

—¿Cómo es posible, querida ingenua, que hayas causado tanto revuelo?

—¿Desapruebas mi decisión de intentar integrar a Sir Alexander en nuestra sociedad?

Louisa respiró hondo, mirando hacia la carrera de carretillas, donde Charles Langford se había unido al juego y varias jóvenes aplaudían con entusiasmo.

—No sabría decirte. Todo esto resulta muy extraño. ¿Por qué crees que vino a Chilchester en primer lugar? Con la fortuna que se dice que posee, podría haber comprado un castillo en ruinas en Escocia. Estoy segura de que allí abundan tanto como aquí.

—Su madre era inglesa —respondió Arabella con un leve encogimiento de hombros—. Tengo la impresión de que es tan leal a su sangre materna como a la paterna.

—Es un hombre muy atractivo —admitió Louisa—. Acababa de salir del salón cuando él y lord Anthony llegaron, y casi se me cae el jarrón de rosas que la señora Kensington me había pedido llevar fuera. Me dejó sin aliento, aunque espero que no se lo digas a mi marido.

Arabella miró a Sir James, que conversaba con su padre y el señor Langford.

—Tampoco es indiferente a su aspecto —concedió.

—Soy muy afortunada —dijo Louisa, y la dulzura de su expresión hizo pensar a Arabella que su matrimonio seguía estando lleno de afecto sincero. La envidia la atravesó sin disimulo.

Arabella se inclinó hacia ella.

—Me preguntaste por qué decidí intentar introducir a Sir Alexander en la sociedad de Chilchester. Te lo diré, si prometes absoluta discreción.

—Por supuesto —respondió Louisa con seriedad.

Arabella le relató entonces las deudas de juego de su padre, la propuesta de matrimonio de Sir Alexander cinco semanas atrás y su actual empeño en obtener su mano. Louisa frunció el ceño.

—¿Todo por las pérdidas en Brighton?

Arabella asintió.

—Esta mañana John Calvert me dijo que tu padre estaba comprando una de sus yeguas de cría por una suma considerable.

Arabella se quedó atónita.

—Eso no tiene sentido… a menos que esté confiando en que me case con Sir Alexander.

—Quizá exageró sus pérdidas —sugirió Louisa—. Tal vez no eran tan graves.

—Es imposible. Le propuse al capitán Wetherby como alternativa, pero insistió en que su fortuna no bastaba.

Louisa la observó con atención.

—¿Te das cuenta de cuántas veces mencionaste a Sir Alexander en tus cartas desde que llegó al valle?

—Eso no puede ser —murmuró Arabella—. Apenas lo veía.

—Todo esto es muy extraño —dijo Louisa—. Nunca entendí por qué no lo invitaron desde el principio, cuando en Londres se le tiene en tan alta estima.

—¿Cómo dices?

—Harriet escribió desde Londres que era invitado a todas partes, muy solicitado por las madres casamenteras.

—Por su fortuna.

—Y por sus modales —añadió Louisa—. Al menos eso parecía insinuar.

Arabella recordó el paseo por Halland Creek y la conversación tranquila que habían compartido.

—Llevó su kilt a la velada de la señora Langford. ¿Hizo algo así en Londres?

—Que yo sepa, no —rió Louisa—. Tiene cierto gusto por la provocación.

—Como muchas de nuestras anfitrionas.

—Sea como sea, me cae bien —concluyó Louisa—. Habló conmigo con cortesía y verdadero interés. Creo que es un auténtico caballero.

Arabella sintió que su inquietud se apaciguaba ligeramente.

—Tienes muy buen aspecto hoy —añadió su amiga—. Me gustan tus rizos así.

—Gracias.

—Oh, mira. Sir Alexander te está mirando.

Arabella se volvió. Él, en efecto, la observaba. Sonrió despacio, hizo una leve reverencia y volvió a atender a un niño ansioso por comenzar otra carrera.

—Parece que lo tienes cautivado —susurró Louisa—. Si me mirara así, me creería un objeto de devoción.

—Te equivocas —respondió Arabella—. Simplemente está sorprendido por mi cabello. Nunca me ha visto sin trenzas.



Sir Alexander pasó el brazo por el cuello del niño y le dio un ligero empujón para colocarlo en posición. Los demás equipos ya se habían alineado y tocaba iniciar otra carrera hacia la línea de meta. Un grupo considerable se había congregado en torno a aquel juego disparatado, algo que le resultaba profundamente satisfactorio. Llegó a la conclusión de que no toda la sociedad de Chilchester estaba formada por viejos aburridos y prosaicos. Incluso Arabella se había soltado las trenzas, lo que para él representaba un giro muy prometedor de los acontecimientos.

Cuando la vio junto a Lady Wetherby, al principio no reconoció a la joven cuyo cabello rubio se recogía ahora en una maraña de delicados rizos sobre la cabeza, rizos que danzaban con la brisa suave de la tarde. Durante un instante se preguntó quién podía ser, hasta que ella sonrió. Entonces lo comprendió. Aquella era Arabella Everleigh, Arabella de las trenzas, su prometida secreta.

Se quedó inmóvil, con una poderosa sensación oprimiéndole el pecho. Qué distinta parecía, más suave, más atractiva. La carrera dio comienzo y sujetó con firmeza los tobillos del niño —el joven Arthur Spight—, animándolo con palabras constantes. Al principio avanzó con torpeza, pero pronto recuperó el equilibrio, tomó conciencia de su fuerza y se lanzó hacia delante con sorprendente velocidad. Sir Alexander mantuvo el ritmo y, en pocos segundos, cruzaron la línea de meta en primer lugar. El niño se incorporó de un salto, girando sobre sí mismo y gritando su victoria.

—¡Bien hecho, maestro Spight! —exclamó Sir Alexander.

—Gracias, señor —respondió el muchacho, antes de dar varios saltos más de alegría.

Sir Alexander alzó la vista hacia la terraza, pero las damas ya no estaban allí.

—¡Un perro! —gritó de pronto lord Anthony.

Sir Alexander se volvió y vio a su amigo, pálido como la cera, mirando fijamente hacia las carpas. En el regazo de la señora Kensington reposaba su mascota favorita, una pequeña perrita llamada Peaches, de pelaje largo y con un lazo rosa sujetándole el moño. Apenas pudo contener la sonrisa, aunque observó con interés

cómo Sophia Langford se acercaba a lord Anthony y le tomaba del brazo.

—Tranquilo, tranquilo —murmuró la joven con dulzura—. Es solo Peaches, y le aseguro que es completamente inofensiva.

Sir Alexander vio cómo lord Anthony exhalaba un profundo suspiro.

—No voy a tener ni un instante de paz esta tarde.

Más tarde, cuando los niños se dispersaron hacia otras diversiones, Sir Alexander aprovechó la ocasión para acercarse a su anfitriona. La señora Kensington estaba sentada en un trono espléndido bajo una carpa con dosel. A su alrededor se agrupaban sus damas de compañía —la señora Spight, la señora Langford y las gemelas Lamby, solteronas residentes en el cercano pueblo de Romsbury—, todas degustando ratafía. Peaches dormía plácidamente en su regazo.

—Quería agradecerle su amable invitación —dijo Sir Alexander, inclinándose ante ella—. Le estaré eternamente agradecido.

La señora Kensington esbozó una sonrisa helada.

—Puede mostrarse todo lo cortés que desee, Sir Alexander, pero necesitará mucho más para ganarse mi respeto y un lugar

verdadero en la sociedad de Chilchester. He oído que goza de gran popularidad en Londres, aunque incluso la chusma puede infiltrarse en las mejores casas. Al menos, eso es lo que tengo entendido. Nunca he soportado esa ciudad. Solo le exijo que se comporte como un caballero mientras esté en mi propiedad. Luego ya veremos.

—No esperaría nada menos de usted —respondió él en voz baja, haciendo una leve reverencia.

Su expresión se endureció aún más.

—¿De veras?

Sir Alexander no replicó. En lugar de ello, cambió de tema con naturalidad.

—Me han informado de que su familia fue en otro tiempo propietaria de Pelworthy.

—No le han informado mal.

—En ese caso, me gustaría preguntarle si tendría interés en crear una sociedad histórica dedicada al castillo. Mis arquitectos han consultado una veintena de documentos antiguos durante las restauraciones, y pensé que…

No pudo terminar la frase. La señora Kensington se inclinó hacia delante y lo atravesó con una mirada penetrante.

—¿Es cierto que ha consultado planos y documentos antiguos antes de reformar Pelworthy?

—Por supuesto.

—¿Por supuesto? —repitió ella—. Qué facilidad para decirlo. No hay ningún «por supuesto» en ello. Debo confesar que estoy completamente asombrada.

—¿Pensaba usted que actuaba de forma arbitraria? —replicó él —. No le veo sentido a eso. Incluso cambios como la eliminación parcial de la antigua mazmorra para crear un espacio adecuado para mis vinos franceses han sido fruto del estudio y la reflexión.

La señora Kensington acarició a su perrita y se abanicó lentamente.

—Me ha dejado sin palabras, eso es indudable. Una sociedad histórica para el castillo… —repitió, pensativa—. Es una propuesta de gran calado. Soy una mujer muy ocupada, pero me tomaré uno o dos días para reflexionar. Le enviaré una nota el lunes o el martes con mi respuesta. Si acepto, le advierto que el sacrificio será considerable.

—No lo dudo, señora —respondió él, inclinándose de nuevo antes de retirarse.

Tenía intención de buscar a Arabella, que se encontraba a pocos pasos, pero Arthur Spight apareció corriendo y le pidió que los llevara a él y a su hermana Sophy a remar en una de las barcas.

—Será un placer.

Arabella lo observó alejarse y experimentó un profundo alivio. A su juicio, se estaba comportando con generosidad y afabilidad. Había hablado con la señora Kensington sin provocar ningún disgusto, algo que sin duda allanaría el camino para presentarlo a Lady Hambledon.

Cuando la señora Kensington dispuso que se sirviera la comida campestre, Arabella aún no había intercambiado más de dos palabras con Sir Alexander ni había logrado presentarlo a Lady Hambledon. Había tantas actividades —incluida una exhibición de equitación a cargo de una compañía itinerante que en otro tiempo había actuado en el Astley Amphitheatre de Londres— que ambos se habían visto completamente separados.

No obstante, tuvo ocasión de conversar brevemente con Lady Hambledon y le mencionó su deseo de presentarle a Sir Alexander.

La dama, menuda, de cabello castaño con hebras plateadas, ojos marrones y carácter afable, escuchó con atención. A pesar de su dulzura, era estricta en sus principios, y cuando Arabella mencionó a Sir Alexander, su sonrisa se volvió reservada.

—He oído que intenta introducirlo en la sociedad de Chilchester —comentó—. Me pregunto por qué, cuando sé que antes se oponía con firmeza.

Arabella explicó que, dada la proximidad del castillo y la intención evidente de Sir Alexander de establecerse de forma permanente en el valle, lo correcto era ofrecerle cortesía y hospitalidad.

—Después de todo —añadió—, fue nombrado caballero por Jorge III hace unos nueve años por sus extraordinarios servicios a la Corona. Me pareció insignificante, a la luz de tal patrocinio real, cerrarle las puertas sociales de nuestro vecindario.

Lady Hambledon frunció el ceño.

—Creo que se ha excedido, señorita Everleigh.

—No lo dudo en absoluto —respondió Arabella con sinceridad.

La dama asintió lentamente.

—Aun así, debo admitir que estoy impresionada. Primero, la señora Langford organizará un baile de Navidad en Pelworthy y ahora, según tengo entendido, la señora Kensington planea crear una sociedad histórica para el castillo. Esfuerzos encomiables.

—¿Una sociedad histórica? —preguntó Arabella, sorprendida.

—¿No lo sabía? —replicó Lady Hambledon—. Es de lo único que habla Albinia. Sir Alexander supo exactamente qué decirle para ganarse su favor, aunque sospecho que puede llegar a arrepentirse, pues ya habla de realizar visitas privadas al castillo.

Arabella sonrió. Le concedía gran mérito por haber apaciguado a la señora Kensington con una oferta tan noble, aunque no podía imaginar a dos personas más propensas a obstaculizarse mutuamente. Sin embargo, si Sir Alexander deseaba realmente integrarse en la sociedad de Chilchester, tendría que acostumbrarse a sus exigencias.

Cuando Lady Hambledon se retiró para reunirse con su marido, Arabella buscó a Louisa y se sentó a la mesa con ella. La comida fue espléndida: rosbif y pollo, pasteles de paloma, pierna de cordero hervida, muslo de venado, verduras de verano, encurtidos, ensaladas, pasteles de carne, pudín de naranja y un delicioso pastel

de ciruelas. Se sirvió champán para los adultos y limonada para los niños.

Si Henry, John Calvert y el capitán Wetherby bebían más de la cuenta, Arabella prefirió no comentarlo. Aunque lanzaban miradas sombrías a Sir Alexander, no había nada reprochable en su conducta. En ese momento, él se encontraba sentado entre Sophia y Charles Langford, riendo con naturalidad. Arabella se sintió satisfecha.

Tras la comida, se levantó de la mesa y, como surgido de la nada, Sir Alexander apareció a su lado.

—Ven —le dijo, ofreciéndole el brazo—. ¿Ya resolviste el laberinto?

Ella lo aceptó encantada.

—Cuando tenía nueve años.

—Excelente. Entonces confío en ti para guiarme. Me he perdido tres veces, y un niño tuvo que sacarme.

Arabella sonrió y avanzó con él hacia el laberinto.

—Hoy estás muy guapa, Arabella —le susurró, inclinándose hacia ella.

—Gracias —respondió ella, con el corazón acelerado.

—Deberías dejar las trenzas —añadió—. Te dan un aire austero que no encaja con tu verdadero temperamento.

—¿Me considerabas austera? —preguntó, sorprendida.

—Sin duda. A ti y a casi todo el valle. Pero este picnic y la velada en Wistfield Hall me han hecho cambiar de opinión. Algunos de nuestros vecinos podrían llegar a caerme muy bien.

Ella sonrió.

—¿Como Arthur Spight?

—Sí. Es un buen chico, aunque algo exigente. Su padre murió hace tiempo, y creo que su tío debería implicarse más.

Arabella pensó en John Calvert y frunció levemente el ceño.

—Puede que tengas razón.

Llegaban ya a la entrada del laberinto cuando lord Anthony apareció corriendo, presa del pánico. Tras él ladraba Peaches con todas sus fuerzas. Arabella no pudo contener la risa.

—Anthony, ese perro te cabe en el bolsillo —le gritó Sir Alexander.

—La bestia ya se ha comido mi bolsillo —respondió él mientras huía hacia la casa.

—Tu amigo parece sufrir un miedo profundo a los perros, ¿o me equivoco?

Sir Alexander asintió.

—Creo que perciben su temor y atacan independientemente de la benignidad de su objetivo. No consigo convencer a Anthony de que no corre peligro alguno. —Luego alzó la vista hacia los altos y meticulosamente recortados setos de tejo que conformaban la estructura del laberinto—. ¿Entramos?

—Por supuesto. Hace años que no intento llegar al centro. Ahora que lo pienso, empiezo a preguntarme si también nos perderé —respondió ella, señalando el camino.

Su voz, susurrada junto a su cuello desnudo, le provocó otro escalofrío que le recorrió el costado.

—No me importaría perderme durante una o dos horas agradables.

Ella lo miró y vio en sus ojos una luz cálida, interesada. Por un instante, tuvo el impulso de darse la vuelta y sugerir que probaran los columpios del otro extremo del jardín, pero cuando él sonrió y su corazón se aceleró un poco más, sus pies la condujeron hacia la abertura del laberinto. Unos pasos después, tomó la decisión entre

derecha o izquierda. Eso era lo único que recordaba con claridad: la solución estaba a la derecha.

Sin embargo, durante los minutos siguientes cometió un error tras otro. Sir Alexander se burló de ella sin piedad, provocándola una y otra vez, hasta que Arabella se encontró riendo a carcajadas, suplicándole que dejara de hacerlo. Él insistía un poco más, ella reía, y su corazón se sentía más ligero de lo que había estado en años. Al final, se sorprendió deseando no resolver jamás el laberinto, permanecer atrapada para siempre entre aquellos giros y recodos con Sir Alexander a su lado. Un pensamiento extraño, sin duda, salvo por el hecho de que hacía muchísimo tiempo que no se sentía tan feliz.

Por fin, media hora más tarde —pues el laberinto ocupaba nada menos que medio acre—, Arabella lo condujo hasta el centro.

—Es precioso… pero no puede ser. ¿Es romano?

Arabella sonrió al alzar la vista hacia la torre en ruinas.

—Sí, lo es.

—¿Por qué no me lo dijeron? Juro que, de haberlo sabido, habría atacado primero el laberinto.

Comenzó a rodear el perímetro de la torre, pasando los dedos por las piedras desgastadas.

—Imagina cuántos siglos han pasado desde que se levantó esta estructura.

—Es extraordinario.

Arabella caminó despacio en sentido contrario alrededor de los restos derruidos, deslizando la mano sobre la piedra fría. Intentó imaginar cuántas manos habrían trabajado juntas, colocando cada bloque en su lugar. Entonces, una vez más, Sir Alexander se acercó, pero esta vez no habló. Rodeó su cintura con el brazo y la atrajo hacia sí.

Ella apoyó las manos en su pecho. El corazón le latía con fuerza, impulsado tanto por el miedo como por la conmoción. No debía permitir que la abrazara de ese modo, aunque estuvieran prácticamente comprometidos. Era impropio… ¿y si alguien los descubría así, en una actitud tan escandalosa?

No se oía ningún ruido cercano que anunciara la llegada de otros invitados, e incluso los sonidos de la fiesta quedaban amortiguados por la distancia y la espesura del laberinto. De manera

extraña, se sentía como si estuvieran a cientos de millas de todo lo conocido.

—¿Me permites un beso, Arabella? No tocaré tus labios sin tu consentimiento.

Ella fijó la mirada en la boca de él y sintió que un hechizo la envolvía, robándole la voluntad de hablar, de mantenerse firme y, desde luego, de negarse.

—Por supuesto que puedes besarme —susurró—. Vamos a ser marido y mujer.

Él sonrió.

—¿Estás tan segura del éxito? —preguntó en voz baja—. ¿Confías en que conseguirás las invitaciones necesarias para el baile de la cosecha de Lady Cottingford?

—Debo hacerlo —respondió ella, elevando la vista hacia sus ojos, recorriendo la línea firme de su mejilla y regresando a sus labios, aún sonrientes.

—Sigues deseando mi fortuna —afirmó él.

De pronto, Arabella le rodeó el cuello con los brazos.

—No me importa tu fortuna en absoluto. Solo quiero evitar que mis hermanas caigan en la desgracia. ¿Es eso tan terrible?

Él la estrechó más contra sí.

—Es muy noble, pero desearía que no sintieras que te sacrificas con nuestra unión.

Sus labios estaban a un suspiro de distancia.

—Entonces bésame y hazme olvidar —dijo ella, sorprendida de su propia audacia.

Él se apoderó de su boca con un beso tan intenso que la dejó sin aliento. No podía respirar ni pensar; sus pies parecían haber perdido todo contacto con la tierra. Las lágrimas brotaron de sus ojos. No comprendía qué le estaba ocurriendo ni por qué no le horrorizaba en absoluto la cercanía de su cuerpo o la manera en que su lengua exploraba la suya con una sensualidad desconocida.

Estaba aturdida por la sensación. Oleadas de estremecimiento recorrían su piel en un placer casi doloroso. Ahora tenía ambos brazos firmemente enlazados alrededor de su cuello y sentía todo su cuerpo, tan próximo al suyo.

Cuando nos casemos, pensó, me besará así todos los días.

La idea le resultó extrañamente dulce. Pasaron los minutos y el beso continuó. Sus manos le recorrían la espalda y la cintura, mientras los dedos de ella se deslizaban por su cabello. Respiraba de forma entrecortada, incapaz aún de recuperar la calma.

Él se apartó apenas y susurró:

—¿Crees que algún soldado romano besó aquí a una doncella británica, junto a esta torre?

—Sin duda —respondió ella—. Estoy convencida de que la torre está encantada.

—Tú estás encantada, mi hermosa Arabella —dijo él, pasando los dedos por los rizos junto a su rostro—. Y creo que tú también me has encantado a mí. —Sonrió de pronto—. ¿Crees que algún día podrías amar a un escocés?

La pregunta la descolocó. Cuando comprendió su alcance, una oleada de antiguas dudas y repulsiones se alzó en su interior. Comenzó a apartarse, deslizando los brazos por los suyos, con el corazón oprimiéndose dolorosamente en el pecho.

¿Podría amar a un escocés? ¿Por qué había tenido que formular una pregunta tan odiosa? ¿Por qué arruinar aquel instante con una idea tan terrible?

—Dios mío —murmuró él—. ¿Incluso después de esto te resulta ofensivo pensar en casarte conmigo, o en amarme?

—No… sí… no lo sé —balbuceó ella.

Su rostro ardía. Sintió la ira de él atravesarla como algo tangible. Dio un paso atrás, pero él la sujetó del brazo y se lo impidió.

—¿Me dirías eso a mí —afirmó con dureza—, al hombre cuya fortuna deseas poseer? Al menos deberías aprender a ocultar la verdad de tus sentimientos, de tus prejuicios, de tus odios aprendidos, si pretendes compartir mi lecho.

La soltó bruscamente y se alejó con paso firme, el desprecio rígido marcándole el rostro.

Arabella se dejó caer sobre la hierba, al pie de la antigua torre de piedra. Se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. Las lágrimas brotaban sin control. No sabía por qué lloraba ni por qué la idea de que Sir Alexander la despreciara le producía un dolor casi físico.

¿Cómo podía él saber cuáles habían sido las enseñanzas de su infancia? El odio de su abuela hacia franceses y extranjeros, el

severo sentido de la decencia de su madre, y aquello que se esperaba de las hijas de un linaje antiguo como el de los Everleigh.

Desde niña había sido educada para casarse con un inglés, con un caballero, un hombre con propiedades y, si era posible, con título. Había oído hablar de presentaciones en la corte, de temporadas londinenses, de jóvenes que aseguraban el mejor partido posible. Si el amor acompañaba a la alianza, tanto mejor, pero para Lucretia Everleigh el amor jamás debía ser el objetivo.

—¿Querías a papá? —había preguntado Arabella una vez, esperando una respuesta dulce.

No la obtuvo. Su madre, mientras contaba la ropa de cama impregnada de lavanda, había respondido con frialdad:

—El nuestro es un matrimonio de ideales, propiedades y dotes similares, y de buenos linajes. No puedo expresar lo orgullosa que estoy de nuestra familia y de mis hijas.

No había amor entre sus padres.

Y luego su madre murió.

¿Podría Arabella amar alguna vez a un escocés? ¿Entregar su corazón y su alma a un hombre que representaba todo lo que su

madre y su abuela despreciaban? ¿Traicionar la memoria materna de un modo tan imperdonable?

No. Mil veces no.

Y lloró con más fuerza aún.



Media hora más tarde, Sir Alexander maldecía el laberinto de la señora Kensington. Aún no había encontrado la salida de aquel endiablado entramado de senderos y estaba a punto de gritar pidiendo auxilio cuando, casi por arte de magia, la abertura apareció ante él y desembocó en el merendero.

Se sintió aliviado y frustrado a partes iguales. Había oído llorar a Arabella. Incluso, en un momento dado, había querido volver con ella, pero no había sido capaz de encontrar el camino de regreso a la torre romana, del mismo modo que no había logrado hallar la salida. Al abandonar el laberinto, casi esperaba verla aguardándolo, reprochándole con suavidad por qué había tardado tanto.

Al mirar a su alrededor, advirtió que muchos de los invitados ya se habían marchado. Las carpas de la feria comenzaban a desmontarse y un sirviente alineaba las barcas en la orilla cubierta de hierba, limpiándolas para guardarlas. Buscó entre las figuras dispersas alguna señal de lord Anthony y, finalmente, lo distinguió a lo lejos, sentado en un columpio con las piernas recogidas, mientras Peaches aguardaba pacientemente a que descendiera. Se habría reído, de no haber estado tan enfurecido con su prometida.

Le hizo un gesto con la mano para que se acercara y se volvió con intención de dirigirse a la señora Kensington para agradecerle su hospitalidad cuando tres caballeros, visiblemente ebrios, se interpusieron en su camino.

—Mira, Calvert, es el escocés —balbuceó Henry Kensington, con la voz espesa—. ¿Qué opinas de eso?

Calvert, con los ojos enrojecidos, resopló con desdén.

—Yo diría que el picnic ha sido peor con su presencia. ¿Y tú, Wetherby? ¿Cuál es tu parecer?

El capitán Wetherby, con la mirada oscura y fija en Sir Alexander, se burló:

—Deberíamos haber reunido a todos los escoceses hace un siglo y enviarlos a las colonias, cuando tuvimos ocasión. Y ahora mira lo que ocurre. Estamos condenados a vivir junto a ellos.

Sir Alexander comprendió que los tres habían reforzado su valentía con cerveza y champán durante buena parte del día. Ahora, al parecer, se sentían preparados para la confrontación. Se volvió con la intención de ignorarlos, pero el capitán Wetherby se adelantó tambaleándose y le cerró el paso.

—Mirad cómo el escocés intenta huir, como todos los de su calaña, cobardes hasta el final.

Le dio un empujón en el pecho.

Sir Alexander le atrapó la muñeca con fuerza y, en un movimiento rápido, se la torció hacia atrás, inmovilizándolo.

—Será mejor, Wetherby —murmuró con voz dura—, que busques un sillón cómodo y duermas hasta que se te pase la borrachera que te nubla el juicio. No puedes hablar en serio cuando amenazas a un invitado en el picnic de la señora Kensington. ¿Dónde han quedado tus modales?

En el rostro de Wetherby apareció una repulsión semejante a la que Sir Alexander había visto antes en Arabella.

—¿Cómo te atreves a hablarme de modales, tú, cuya madre era una puta inglesa?

El tiempo pareció ralentizarse. Sir Alexander fue vagamente consciente de que algunos invitados se acercaban, incluso de que dos o tres caballeros mayores corrían hacia ellos, pero aquel insulto vil contra la memoria de su madre lo dejó ciego a todo lo demás. Una cortina roja le cubrió la vista. Sin soltar la mano de Wetherby, le asestó tres bofetadas violentas en la boca y, acto seguido, un puñetazo en el mismo lugar. El capitán cayó al suelo, gimiendo, con los ojos en blanco y sujetándose la mandíbula.

Sir Alexander se volvió entonces hacia Henry, cuya tez había adquirido un tono ceniciento. Henry retrocedió, con el puño a un lado, como si empuñara una espada imaginaria. John Calvert murmuró:

—No debería haber esperado que un escocés dominara su temperamento.

Y se retiró apresuradamente.

Para entonces, un nutrido grupo se había congregado alrededor, algunos susurrando, otros observándolo en silencio. Sir Alexander los recorrió con la mirada y dijo con frialdad:

—¿Alguien más desea insultar mi ascendencia? Creo que es un momento oportuno.



Arabella había logrado salir del laberinto a tiempo para ver al capitán Wetherby intentando incorporarse, con la sangre brotándole de la boca y la corbata manchada de rojo. Se sintió horrorizada y mareada. Sin embargo, al alzar la vista, otra escena captó su atención: Lady Hambledon se encontraba frente a Sir Alexander, con el rostro severo. Un instante después, la baronesa levantó la barbilla y se alejó sin decir palabra.

El silencio se apoderó del lugar. Todos miraban alternativamente a Sir Alexander, al capitán Wetherby y unos a otros, como si nadie supiera cómo reaccionar.

Entonces se oyó un ladrido agudo y, al instante, un lord Anthony acosado irrumpió en el círculo. Tenía el semblante desencajado, pero al ver a Wetherby forcejeando por levantarse, se apresuró a ayudarlo, lo sostuvo por el brazo y se lo llevó casi a rastras mientras Peaches corría tras ellos.

Alguien soltó una risita que pronto se convirtió en carcajada. El capitán Wetherby se tambaleó y el escudero Langford pasó un brazo por su cuello para llevárselo. Arabella vio a su padre intentar hablar con Sir Alexander, suplicándole que se disculpara, pero la respuesta fría y tajante de este lo hizo callar de inmediato.

Sir Alexander siguió entonces a su amigo y a Peaches.

Por su parte, con todos los esfuerzos de la semana reducidos a cenizas, Arabella caminó despacio y exhausta hacia la casa.

Capítulo 9

Dos días más tarde, tras concederse todo el domingo para intentar olvidar la debacle del sábado, Arabella caminaba despacio por el jardín de rosas de su madre. Se había negado a reflexionar sobre sus dificultades hasta ese momento, con la esperanza de que, al darle un respiro a su mente, esta fuera más capaz de encontrar soluciones a sus numerosos problemas.

Sostenía varios pétalos de rosa perfumados entre los dedos y los llevaba de cuando en cuando hasta el rostro, deleitándose con su aroma meloso. Al final, dejó que sus pensamientos fluyeran sin resistencia y se permitió evaluar, por fin, todo lo ocurrido en el picnic de la señora Kensington.

La imagen de Sir Alexander fue la primera en imponerse. Lo recordó con sus pantalones de ante y la chaqueta azul, que se quitó en cuanto empezó a jugar con los niños. Había admirado la

naturalidad con la que se entregó al espíritu del picnic, participando en juegos y conversaciones con los invitados. Durante buena parte del día se había sentido aliviada al comprobar que no hacía nada que pudiera avergonzar a su familia y, sin embargo, no había dejado de temer que, en cualquier momento, ocurriera justo lo contrario.

Luego vino el recuerdo del laberinto, de la torre romana… y del beso.

Intentó reconstruir el momento con precisión, pero en cuanto lo logró, el calor le subió a las mejillas. «Bésame y hazme olvidar». ¿Cómo había sido capaz de pronunciar unas palabras tan audaces, casi suplicantes? ¿Qué locura se había apoderado de ella para hablar así?

Ojalá él no la hubiera complacido. Ojalá no la hubiera besado. Todo sería infinitamente más sencillo ahora, sobre todo cuando el mero recuerdo de aquel beso le aceleraba el corazón. Nunca, en toda su vida, había experimentado nada tan intenso. Aún podía sentir la presión de sus labios, como si él hubiera querido retenerla para siempre. Los besos anteriores habían sido suaves, contenidos; lo ocurrido el sábado había sido completamente distinto. Y no había

sido uno solo. Habían sido muchos, prolongados, ininterrumpidos, hasta que el tiempo pareció perder todo significado.

Se dio cuenta con horror de que, solo por el placer de aquel beso, sería capaz de repetirlo todo. ¿Podía haber algo más alarmante?

Después llegó la pregunta, formulada casi en tono burlón. ¿Crees que algún día podrás amar a un escocés?

Se detuvo en seco. Los pétalos de rosa cayeron sobre el sendero de grava a sus pies. ¿Podría amar a un escocés? O, formulado de otro modo, mucho más inquietante: ¿ya estaba empezando a enamorarse de uno?

No. Mil veces no, se dijo. No era posible. Había sido educada desde la infancia en valores distintos, en la pureza del linaje y en una lealtad incuestionable. Escoceses e ingleses se habían matado durante generaciones; sus culturas eran irreconciliables. Y, si necesitaba más pruebas, Sir Alexander se las había proporcionado cuando derribó al capitán Wetherby de un puñetazo. Tenía un temperamento que no siempre sabía dominar, un temperamento ardiente que teñía de rojo su rostro cuando la ira lo poseía.

Su madre se habría quedado horrorizada al ver a un hombre traspasar los límites de la decencia hasta el punto de enzarzarse en una pelea a puñetazos durante el picnic de la señora Kensington. No se habría hablado de otra cosa durante todo el trayecto de regreso en carruaje. Arabella aún podía oír su voz, incluso después de tantos años, cargada de desprecio hacia los extranjeros.

Al otro extremo del jardín distinguió un banco de piedra que conocía bien y se dirigió hacia él. Se sentó con un suspiro, entrelazando las manos con fuerza en el regazo. Sir Alexander seguía ocupando cada uno de sus pensamientos.

Y, aun así, no podía culparlo del todo. Aunque no había oído la conversación completa, había visto a sus pretendientes visiblemente exaltados. Sabía que los tres se oponían con vehemencia a la presencia de Sir Alexander en la sociedad de Chilchester y que ya habían hecho de la velada en casa de la señora Langford una experiencia desagradable. No tenía duda alguna de que lo habían provocado de forma deliberada.

¿Quién podía culparlo entonces por perder los estribos? Y, sin embargo, ¿podría realmente soportar una vida junto a un hombre incapaz de controlarse?

Enterró el rostro entre las manos cuando recordó el último y más devastador detalle: Lady Hambledon había sido testigo del altercado. Su expresión, fría y cargada de disgusto, se le había quedado grabada en la memoria. Ahí residía el verdadero problema. Aunque ella pudiera perdonar a Sir Alexander, dudaba mucho que Lady Hambledon lo hiciera. De todas las mujeres con las que había tratado hasta entonces, era la más intransigente.

Su ánimo se hundió hasta tal punto que dudó de volver a sentirse feliz. Todo resultaba intolerable: las razones que la habían llevado a aceptar el cortejo de Sir Alexander, la dificultad constante de encauzarlo socialmente, el escándalo del picnic. ¿Estaba siendo castigada?, se preguntó.

—¿Arabella, querida?

Levantó la vista sobresaltada. Su padre estaba junto a ella, sentado ahora a su lado, y le tomó la mano con suavidad.

—Nunca he visto un rostro más triste en toda mi vida —comentó—. ¿Pensando en el picnic?

—¿En qué otra cosa podría estar pensando?

—En el día de tu boda.

Ella soltó una breve carcajada.

—Papá, eres optimista incluso en las circunstancias más sombrías. ¿No viste cómo Sir Alexander atacó al capitán Wetherby?

Él le dio una palmadita tranquilizadora en la mano.

—Lo vi todo. Intenté evitarlo, pero estaba demasiado lejos. Solo vi a tus tres pretendientes acercarse a él en estado lamentable. Estaban borrachos, todos lo sabíamos. No pude impedir que Wetherby pronunciara esas palabras ni que Sir Alexander respondiera con un golpe perfectamente comprensible. Creí que aquel puñetazo acabaría con él para siempre.

—El capitán no asistió a la misa dominical —observó ella.

Su padre rió.

—Desde luego que no. Me pregunto si se habrá roto la mandíbula.

—¿Fue tan fuerte el golpe?

—Debía serlo. Llamó puta a la madre de Sir Alexander.

Arabella se quedó helada.

—¿Qué?

—Vamos, Arabella. No te enfades conmigo por repetirlo. Fue él quien lo dijo.

—¿Insultó a su madre de una forma tan vil?

—Así fue.

Ella negó despacio, profundamente conmocionada.

—No lo sabía… llegué después. De haberlo oído… Qué decepción tan terrible. Ningún prejuicio justifica algo así.

—Tranquila. Piénsalo. Wetherby llevaba casi dos años esperando una señal tuya. De pronto te alineas con Sir Alexander y desapareces con él en el laberinto durante más de una hora. Incluso sobrio, habría estado furioso. Los tres lo estaban. ¿O no te das cuenta de que cada uno de ellos se cree enamorado de ti?

—Espero no haber sido tan insensible…

—Jamás lo serías. Pero se sienten amenazados. Y no sin motivo.

Ella frunció el ceño.

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes. No puedes mirar a Abernathy sin sonrojarte. Estás medio enamorada de él, Arabella. Si te lo permitieras, no te costaría dar el paso definitivo. Mi única preocupación es que te

reprimas por unos escrúpulos anticuados que heredaste de tu madre.

Al imaginar los viejos miriñaques, Arabella sonrió sin poder evitarlo.

—Así está mejor. No te entristezcas más. La vida es demasiado corta.

—Quizá tengas razón… Pero ¿y si fracasa este matrimonio?

—Entonces empezaremos de nuevo. Tengo cincuenta y un años, hija mía, y te aseguro que hacía décadas que no me sentía tan vivo. Si lo perdemos todo, lo afrontaremos.

Arabella lo miró con asombro.

—Hablas como si algo hubiera cambiado en ti.

—¿Te molesta?

—No. Me reconforta.

Él se levantó, le dio un último apretón en el hombro y carraspeó.

—No estaré en casa para cenar. Tengo un compromiso.

—¿Puedo preguntar con quién?

—No, gatita —respondió con una sonrisa pícara—. Solo diré que estaré en Elsbourne.

—Eso está muy lejos.

—Así es.

Se alejó silbando, dejándola pensativa en el banco de piedra, con el corazón aún lleno de dudas y una inquietud que no lograba acallar.



—¿Y dónde, si se puede saber, está lord Anthony?

Sir Alexander frunció ligeramente el ceño al ver la corpulenta figura de la señora Kensington, que se había tomado la molestia de visitarlo aquella tarde. Aún no podía creer que hubiera acudido a Pelworthy después del lamentable espectáculo que él había protagonizado en su picnic dos días antes, ni que pareciera en absoluto contrariada, salvo por la ausencia de lord Anthony para recibirla también.

Se acomodó en un sillón confortable junto a la chimenea y, chasqueando los dedos, hizo que Peaches saltara con agilidad a su regazo.

Sir Alexander miró primero al pequeño perro y luego a su propio Churchill, que estaba sentado a menos de un metro de distancia, con la lengua fuera y una expresión casi enternecida mientras observaba a la perrita acomodarse en la amplia falda de la señora Kensington.

—Está en Chilchester, señora, visitando a su sastre —respondió por fin—. Me temo que tiene varios bolsillos que necesitan arreglo.

—¿No puede encargarse su ayuda de cámara? —preguntó ella con brusquedad.

Sir Alexander dejó escapar una risa entre dientes.

—Me temo que no. El daño es demasiado considerable.

—¿Entiendo entonces que su Churchill fue el causante?

—Así es.

Ella negó con la cabeza varias veces, con energía.

—No puedo comprender por qué provocó a Peaches en mi picnic. Ese hombre carece por completo de sentido común.

—No, señora, no lo tiene.

—Ah, tal como sospechaba. Bueno, bueno, eres un buen hombre por haberte hecho amigo suyo.

—Tonterías. Lo que le falta a lord Anthony en sentido común lo compensa con creces con dulzura y amabilidad. Es el mejor amigo que he tenido nunca.

La señora Kensington esbozó una sonrisa torcida y luego rompió a reír.

—Nunca olvidaré cómo rodeó el laberinto y, sin entender absolutamente nada de lo que ocurría, levantó al capitán Wetherby. Me he despertado en mitad de la noche solo para reírme al recordarlo.

Al ver que él permanecía en silencio, preguntó:

—¿Tuviste ocasión de hablar con el señor Kensington el sábado?, ¿de conversar con él?

—Sí, señora. Es un caballero muy instruido en numerosos asuntos. Me impresionó bastante.

—Y lo mismo ocurrió con usted, lo cual es en parte la razón de mi visita. Insistió en que viniera, pese a su conducta del sábado.

Accedí porque lo que se le dijo fue tan imperdonable que apenas puedo soportar pensarlo sin sentir vergüenza.

—No tiene motivo alguno para avergonzarse —replicó él—. Usted no pronunció esas palabras.

—No, pero tampoco hice nada por fomentar una actitud más tolerante hacia usted. En ese sentido, me considero culpable. Y solo puedo agradecer que no fuera Henry quien lo ofendiera de forma tan grave. De hecho, aunque los duelos están prohibidos desde hace años, no me habría sorprendido que lo desafiara mientras yacía a sus pies.

—En cuanto a eso —comentó él con una sonrisa—, jamás retaría a un hombre tan profundamente ebrio, si me perdona la franqueza. Sabía que estaba borracho y reaccioné del modo más rápido y eficaz para poner fin a sus insultos.

—Así fue —admitió ella—. Bien, lo mejor será perdonar y olvidar. ¿Puedo confiar en que no llevará este asunto más lejos?

—¿Se refiere a no desafiar a su hijo a un duelo en compensación?

Ella suspiró con profundidad.

—Exactamente. Louisa Wetherby me habló de su reputación como uno de los mejores tiradores que han pasado por Manton's, en Londres. Al parecer, posee varios récords allí. Por esa razón, le ruego que tenga en cuenta la edad de Henry.

—Lo haré, aunque me permita hacerle una sugerencia.

Ella se tensó visiblemente, pero terminó asintiendo.

—Un par de galones, señora, le sentarían bien al muchacho. ¿No ha notado que siempre empuña una espada imaginaria?

—Es irritante, y por más que lo corrijo no logro que abandone esa costumbre. En cuanto a los galones, no me interesa en absoluto ese asunto.

—¿Y qué opina su marido?

Ella entrecerró los ojos.

—Hay otro tema que deseo tratar con usted —dijo, cambiando de asunto con brusquedad, un desaire que él aceptó sin pestañear —. Me pregunto si podría mostrarme los documentos a los que se refirió en el picnic, o si simplemente intentaba halagarme con detalles sobre las reformas de Pelworthy.

—No soy un hombre necio —respondió él con una sonrisa—. Jamás mentiría sobre algo tan fácil de comprobar. Aunque ahora comprendo por qué ha venido sin previo aviso.

—Y yo no soy una mujer necia —replicó ella, alzando una ceja imperiosa—. Los documentos, por favor, Sir Alexander.

Se excusó y, tras pedir ratafía de melocotón para su invitada —sabía que era su preferida—, se dirigió a la estancia de la muralla norte donde se guardaban los planos arquitectónicos. Allí también conservaba las cartas de archivo reunidas durante el último año, desde la compra de Pelworthy, todas ellas con referencias al castillo. Al regresar al salón, la invitó a sentarse con él en una mesa redonda central y comenzó a disponer los planos y pergaminos originales. Ella dejó a Peaches en el suelo y tomó asiento a su lado.

Le sorprendió la rapidez con la que la señora Kensington se sumergió en los documentos. Le acercó una silla, la acomodó junto a la mesa y observó cómo la anciana se sentaba despacio, con la mirada fija en un pergamino amarillento. Luego colocó la copa de ratafía junto a su codo.

Tras media hora de lectura y examen minucioso, ella se recostó en la silla, con los ojos velados por la emoción.

—¿De dónde ha sacado tantas cartas y planos arquitectónicos extraordinarios? Es verdaderamente asombroso.

Él ya estaba sentado, con una copa de jerez en la mano.

—¿Entonces le parecen adecuados? —preguntó con una sonrisa.

—Lo sabe perfectamente. Pero ¿cómo?, ¿dónde?

Nunca pensó que podría sentir simpatía por aquella dama, pero en ese instante así era.

—Cuando decidí comprar Pelworthy y liberar a quien ahora sé que es un primo suyo de sus considerables… ejem… vergüenzas, también me puse en contacto con el Museo Británico y con las universidades de Oxford y Cambridge. Las tres instituciones investigaron cuanto pudieron sobre la historia del castillo y me enviaron los documentos, aunque debo admitir que pagué una suma considerable por ellos.

Ella rió suavemente.

—Anualidades.

—Como mínimo.

—Vaya, vaya… Me alegro de que haya venido a Chilchester, aunque nunca pensé que diría algo así. Sabía que Sylvester estaba en territorio dun…

—Por decirlo con suavidad…

Ella inclinó la cabeza en reconocimiento.

—Y dado que su propósito al comprar el castillo era tan honesto como hacer lo correcto por Pelworthy, brindo por usted.

Él aceptó el elogio y bebió su jerez mientras ella sorbía la ratafía.

La señora Kensington tocó uno de los documentos y negó despacio con la cabeza.

—Supongo que es inevitable. Nada permanece inmutable, por mucho empeño que pongamos en preservarlo tal como creemos que debe ser. Debe perdonarnos, Sir Alexander. Nuestro pequeño vecindario no acepta con facilidad lo nuevo o lo diferente.

—Eso parece.

—Pero Arabella le será de gran ayuda, ya lo verá.

Al advertir su sonrisa superficial, ella se inclinó hacia delante.

—¿Por qué está tan abatido? No estará lamentando la marcha de nuestra querida Arabella.

—Me temo que es al contrario, y no estoy convencido de que por esa razón seamos compatibles.

Ella lo atravesó con su mirada perspicaz.

—Ella lo ofendió. No proteste, se lo ruego. Puedo leerlo en cada línea de su rostro, extraordinariamente atractivo, por cierto. No le preste atención. Cambiará de opinión.

—Tengo mis dudas, señora.

Ella gruñó levemente y volvió a los documentos.

Sir Alexander se levantó y, copa en mano, recorrió con calma la amplia sala que en otro tiempo había servido de cámara de audiencias a Enrique VIII. Era una de las pocas estancias que habían sobrevivido intactas al abandono, y ahora era su principal sala de recepción. Bebió un sorbo de jerez y, sin poder evitarlo, pensó en Arabella.

La recordó junto a la torre romana, incapaz de resistirse a tomarla entre sus brazos. Se acercó a una ventana desde la que se divisaba la torre del homenaje. Estaba convencido de que, de no haberla besado de aquel modo, de no haber sentido que ella

respondía como si siempre le hubiera pertenecido, no se habría sentido tan herido por la repulsión que leyó después en su rostro.

Sacudió la cabeza. Aquel beso había sido distinto a todo lo anterior. Se había sentido unido a ella, como si, tras un largo viaje, hubiera regresado a su lado. Antiguo y familiar, y a la vez completamente nuevo. Nunca había conocido una felicidad tan sencilla.

Por eso, cuando le preguntó si podría amar a un escocés, lo hizo con sinceridad. Esperaba otra respuesta. Esperaba que ella se rindiera, que lo cubriera de besos y le declarara su amor. En cambio, aquella expresión helada…

Sabía que no la olvidaría jamás.

—Le da demasiada importancia al desconcierto de Arabella —comentó la señora Kensington.

Él se giró y la vio observarlo con una sonrisa comprensiva.

—Confíe en mí. Cambiará de opinión. Y creo que lord Anthony ha regresado, porque Churchill se ha movido hacia la puerta.

Sir Alexander siguió la mirada y vio a su perro en posición de alerta, con la cola agitándose alegremente.

—Mire eso —exclamó, señalando.

Ella rió.

—Nunca había visto a Peaches encariñarse con otro perro como con el suyo. Es un presagio, y uno favorable.

—No para lord Anthony, si no me equivoco.

Como si lo hubiera invocado, lord Anthony entró sigilosamente por el extremo opuesto de la sala.

—¿Dónde está tu perro, Alexander? —susurró, sin poder ver a Churchill.

Fue un error hablar. Al oír su voz, Churchill y Peaches salieron disparados hacia él. Al escuchar el repiqueteo de uñas sobre la piedra, gritó y huyó por el pasillo. Los perros lo siguieron.

La señora Kensington, con dos cartas en el regazo, alzó las cejas.

—Sigo sin entender por qué juega así con los perros. Los va a agotar.

—Me temo que es peor de lo que cree —respondió Sir Alexander—. Les tiene miedo.

—¿Miedo? Qué tontería, cuando mi pobre Peaches jamás ha hecho daño a nadie.

—No hay forma de entenderlo, señora.

El martes, Arabella recibió un enorme ramo de flores acompañado de una tarjeta de Sir Alexander en la que solo se leía:

Perdóname.

R.

Se sentó durante un largo rato en el borde de la cama, con la tarjeta entre los dedos, pensando que era absolutamente perfecta. Ninguna explicación detallada de su conducta habría bastado para tranquilizarla tras lo ocurrido en casa de la señora Kensington y, sin embargo, la ausencia total de cualquier forma de expiación habría resultado igualmente inaceptable.

No pudo evitar reír en voz baja mientras hacía girar la tarjeta entre las manos. ¿Habría pensado Sir Alexander exactamente lo mismo?

Se encontraba dando los últimos retoques a los rizos que enmarcaban su rostro y pensaba que, probablemente, nunca volvería a llevar trenzas cuando oyó un leve rasguño en la puerta.

—Adelante —dijo.

Una criada asomó la cabeza.

—Disculpe, señora, pero Lady Wetherby ha venido a visitarla. ¿La acompaño al salón?

—Sí, por supuesto. Gracias. Bajaré enseguida.

Unos minutos después encontró a Louisa sentada en un sofá de damasco rosa, examinando un bastidor de bordado dispuesto sobre una mesa auxiliar.

—Buenos días. Qué alegría verte. Pensaba que ya habrías regresado a Somerset.

—De ninguna manera. Una vez que he escapado, tenía intención de disfrutar de unas pequeñas vacaciones y quedarme

hasta la fiesta de mi madre. Mamá, por supuesto, no me lo perdonaría de otro modo.

—Por supuesto.

—Qué faisán tan bonito. ¿Es obra de Charity?

—Así es —respondió Arabella, sentándose frente a ella—. ¿No es perfecto?

—Lo es. Y aunque me considero una costurera consumada, sus bordados me hacen sonrojar.

—Le transmitiré el cumplido. Pero dime, ¿qué te trae por aquí esta mañana? A tu madre no le debe de gustar tenerte lejos de su lado.

—No, no le gusta. Está muy unida a mí y nunca me ha perdonado del todo que me enamorara de Sir James.

—No puede tener objeción real alguna contra él.

Louisa rió entre dientes.

—Solo que sus tierras estén en Somerset.

—Por supuesto.

Louisa centró entonces su atención en Arabella.

—¿Cómo te encuentras después de la agitación del sábado?

Arabella se encogió de hombros.

—Bastante bien, supongo. No me he permitido pensar demasiado en ello y, por tanto, sigo sin saber qué debería hacer para arreglar las cosas. Imagino que tu madre habrá hablado largo y tendido sobre las fechorías de Sir Alexander.

—Casi tanto como sobre la conducta de mi cuñado. En serio, Arabella, lo que le dijo a Sir Alexander fue escandaloso. Por mi parte, no puedo culparlo en absoluto por responder como lo hizo. George merecía algo mucho peor que un simple puñetazo en la barbilla. Si la señora Kensington decidió invitar a Sir Alexander a su picnic, nadie tenía derecho a objetar su presencia, independientemente de sus prejuicios personales.

—Todo eso puede ser cierto, pero Sir Alexander perdió los estribos. Y eso, en mi opinión, es igualmente imperdonable.

—Mamá está totalmente de acuerdo contigo, pero yo apruebo la conducta de Sir Alexander. Creo que, en el fondo, nuestra sociedad es bastante hipócrita en estos asuntos y preferiría que los conflictos se resolvieran de manera más directa y honesta. Créeme, George se lo pensará dos veces antes de volver a provocar a otro

hombre. Si hablamos de temperamentos, el del capitán Wetherby es bastante desagradable.

—¿De verdad? —Arabella se sorprendió—. Para mí siempre había sido un perfecto caballero.

Louisa asintió.

—Sé que ha sido uno de tus favoritos durante algún tiempo, pero debo confesarte que me preocupaba la idea de que aceptaras su propuesta de matrimonio. No es lo que aparenta.

Arabella se quedó pensativa. Dada la estrecha relación de Louisa con esa familia, conocía sin duda mejor que nadie el carácter del capitán.

—No sé por qué —admitió—, pero mi corazón nunca logró inclinarse hacia él.

—¿No como ha ocurrido con Sir Alexander?

Un rubor intenso le subió a las mejillas.

—No entiendo cómo has llegado a esa conclusión.

Louisa soltó una carcajada.

—Oh, mi querida Arabella, si pudieras verte cuando lo miras. Es como si contemplaras un mundo completamente distinto, uno al que

deseas pertenecer más que a nada. Creo que estás empezando, no te enfades, a amarlo.

Arabella llevó una mano al estómago, mareada.

—¿De verdad? —murmuró, confundida—. Eso sería imposible.

—¿Por qué?

—Por su herencia, por supuesto.

—Bah —replicó Louisa con desdén—. Qué tontería. Los tiempos han cambiado. Esa historia desgraciada ha quedado atrás. Además, su madre, siendo inglesa, ya había llegado a esa conclusión.

—Para mí no es tan sencillo.

—¿Por qué?

—Porque sigo oyendo la voz de mi madre en mi cabeza, sus críticas sobre el matrimonio y lo que debo a nuestro linaje.

—Aunque las creencias de mi madre no difieren tanto, nuestra generación tiene otra responsabilidad.

—¿Cuál?

—Hacia nuestros propios corazones. Nunca se lo he contado a nadie, pero cuando estuve en Londres hace algunos años, el marqués de Saye me pidió matrimonio. Era joven, apuesto y rico,

pero no sentí nada por él. Mi madre se enfadó muchísimo cuando lo rechacé, pero yo estaba enamorada de James y jamás me he arrepentido.

Arabella se quedó atónita.

—¿Rechazaste a un marqués?

—Así fue —respondió Louisa con una sonrisa—. Y si James hubiera sido escocés, o incluso irlandés, me habría casado con él de todos modos.

Arabella guardó silencio durante un largo rato. Apreciaba la franqueza de su amiga, pero seguía sintiendo que, al amar a Sir Alexander, traicionaba algo profundamente arraigado en su educación.

Se llevó la mano a la frente.

—En realidad, mis sentimientos hacia Sir Alexander no son mi mayor preocupación.

—Las deudas de tu padre —murmuró Louisa.

—¿Por qué sonríes así?

Louisa rió.

—Siempre me gustó tu padre. Podía ser encantador y diabólico a la vez. ¿Recuerdas cuando escondió mi manguito y me obligó a buscarlo por toda la casa?

Arabella negó con la cabeza.

—Ahora mismo estoy bastante enfadada con él por haberme metido en esta situación.

Louisa se levantó.

—Desgraciada, sin duda —dijo con tono burlón—. Te corteja un caballero apuesto, profundamente interesado en ti y con más guineas que Golden Ball Hughes.

—Eso es imposible.

—¿Casi tantas, entonces?

—Sin duda es rico —murmuró Arabella—. No tenía ni idea.

—Y está perdidamente enamorado de ti.

—No lo está.

—¿Quién dice tonterías ahora?

Arabella dudaba de que Sir Alexander sintiera algo tan profundo, pero aún debía resolver un problema inmediato.

—¿Qué te preocupa ahora? —preguntó Louisa.

—Solo hay una forma de conseguir una invitación para el baile de la cosecha de Lady Cottingford: presentarme en la fiesta de tu madre. Pero ¿cómo lograr que ella nos invite?

—No tengo ni idea —respondió Louisa—. Pero debo marcharme. ¿Me acompañas a la puerta?

—Por supuesto.

Caminaron juntas hasta el vestíbulo.

—Haré todo lo posible por convencer a mamá —dijo Louisa—. Quizá podrías traer a Sir Alexander a casa. Creo que podría cautivarla si se le da la oportunidad. ¿Qué tal mañana para almorzar?

Los ojos de Arabella se llenaron de lágrimas.

—Gracias. Sí, eso estará muy bien.

—Mañana al mediodía, entonces.

Louisa la besó en la mejilla y se marchó.

Arabella cerró la puerta y sintió un alivio tan profundo que tuvo que apoyarse un instante para no perder el equilibrio. De inmediato

escribió una nota a Sir Alexander y pidió que se la entregaran sin demora. Una hora más tarde recibió la respuesta.

Pasaré a recogerla a las diez y media. Así tendremos tiempo suficiente para llegar a Hambledon Court.

R. M.

Arabella sonrió al leer la misiva por tercera vez. Al menos era puntual. Al menos, en eso, podía confiar en él. Ahora, si tan solo lograra aprender a dominar su temperamento.

Capítulo 10

Al día siguiente, Arabella se sentó junto a Sir Alexander en el elegante interior de su carruaje con escudo. Aunque los caminos estaban bien cuidados con grava y el vehículo contaba con una suspensión excelente, ella no conseguía tranquilizarse. No sabía qué decirle, cómo iniciar una disculpa que parecía imposible, ni siquiera si debía intentarlo. Se sentía incapaz de articular palabra, y el silencio en el interior del carruaje solo se veía interrumpido por el repiqueteo de una lluvia de verano sobre el techo.

Así pues, la primera parte del trayecto de cuatro millas transcurrió en completo silencio.

Finalmente, cuando ya no pudo soportarlo más, se volvió hacia él.

—Sir Alexander… —comenzó, con las manos temblorosas.

Él la miró con expresión evaluadora. Sus ojos azules eran especulativos, pero no hostiles, mientras aguardaba a que ella continuara.

Arabella respiró hondo.

—Siento que debo disculparme por lo ocurrido el sábado pasado.

—Ya veo —respondió él, frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Te refieres en concreto a haberme suplicado un beso… o a algo más?

Ella intentó descifrar su expresión, pero no lo logró del todo. Sin embargo, algo era evidente.

—Está enfadado —dijo con suavidad.

—Sí. Un poco. Desde luego.

—Tiene todo el derecho a estarlo. Me comporté de manera abominable y por eso le pido sinceramente perdón.

—Eso no es suficiente —replicó él—. Necesito saber con claridad a qué te refieres.

Arabella sintió que el rubor le subía al rostro.

—Por haberle pedido sus besos y, una vez que los disfruté, haber permitido que mis prejuicios lo arruinaran todo. Estuvo mal

por mi parte.

Él guardó silencio, escrutando sus ojos con atención.

—Reconoces que lamentas haber permitido que tus prejuicios se impusieran al momento. Pero ¿sientes algún remordimiento respecto a esas creencias?

Ella comprendió entonces cuán perspicaz era en realidad, y eso la incomodó.

—Ojalá pudiera explicarlo mejor, Sir Alexander. Desde niña me enseñaron cosas muy distintas sobre nuestros respectivos linajes, y desde el principio me ha resultado difícil aceptar que no podré cumplir los deseos de mi madre y casarme con un inglés. El sábado, cuando me preguntó si podría amar a un escocés, recordé no solo su herencia, sino también mi situación actual: las enormes deudas de mi padre, mi persecución de su fortuna, que me resulta profundamente repugnante, y mi lucha constante contra los dragones de Chilchester. Reaccioné con demasiada vehemencia. Muy mal. Y me avergüenzo al pensarlo. Todo lo relacionado con nuestro acuerdo me resulta detestable.

Se volvió ligeramente, apretando la mandíbula.

Arabella continuó:

—Comprendo que tiene todo el derecho a pensar mal de mí y, sin duda, a poner fin a nuestro acuerdo ahora mismo si así lo desea. Pero le ruego que sea paciente conmigo, sobre todo porque apenas hace quince días que conozco la angustiosa situación de mi padre. Créame cuando le digo que estoy intentando, con todo mi corazón, aceptar con rapidez lo que se me exige.

Él la observó durante un largo instante. Finalmente, una leve sonrisa apareció en sus labios.

—¿Cuánto tiempo llevas preparando ese discurso?

Ella le devolvió una sonrisa triste.

—Desde el sábado. Lo he ensayado al menos cien veces y aun así me parece completamente insuficiente para la ofensa que cometí.

De pronto, él le tomó la mano y llevó sus dedos enguantados a los labios.

—El nuestro es un cortejo difícil e inusual. Ambos lo hemos convertido en eso por razones que, en muchos casos, no son dignas de elogio. Has sido sincera conmigo, y si tus palabras lo son de verdad, supongo que debo concederte el favor de la paciencia. Aunque, como sabes, soy impaciente, impulsivo y bastante

pendenciero. Aun así, lo intentaré… con la condición de que tú me perdones por haber caído en lo que, según parece, fue una provocación del capitán Wetherby.

Arabella negó con la cabeza.

—Aunque me horrorizó saber lo que le dijo, debes comprender lo seriamente que se toman estos asuntos nuestras anfitrionas locales. Lady Hambledon no le perdonará con facilidad.

—¿Y tú sí?

—Eso es irrelevante si Lady Hambledon no lo hace. Si hoy no obtenemos su bendición, no será invitado a la fiesta, y entonces no habrá la menor posibilidad de llegar al baile de la cosecha de Lady Cottingford.

—No has respondido a mi pregunta —dijo él, estrechando ligeramente sus dedos alrededor de los de ella.

Ese gesto aceleró el pulso de Arabella. Le sorprendió descubrir cuánto le agradaba.

—Espero que se esfuerce por controlar su temperamento —respondió al fin—. Por supuesto que puedo perdonarle, debo hacerlo. Pero si vamos a ser marido y mujer, sería desdichada si

tuviera que vivir siempre temiendo que alguien diga algo inapropiado y usted no sea capaz de evitar una pelea.

—Me equivoqué al golpear al capitán Wetherby —admitió él sin rodeos—. Sin embargo, también sería deseable que el vecindario aprendiera a no insultar a mis padres. No puedo prometerte una aceptación total, Arabella, pero haré cuanto esté en mi mano.

Arabella pensó que nunca dos personas se habían perdonado con tanta moderación ni habían prometido mejorar su conducta con tan escaso entusiasmo. No pudo evitar reír.

—¿Por qué te ríes? —preguntó él, flexionando los dedos sobre los suyos.

—Porque ninguno de los dos ha cedido demasiado.

Él también rió.

—No, supongo que no. —Luego se inclinó hacia ella, atrapando su mirada—. La verdad es que habría puesto fin a nuestro compromiso secreto el sábado si no me hubiera dejado llevar por el beso que compartimos. Aún no estoy convencido de que seamos compatibles, pero no pude renunciar por completo a la esperanza después de haberte tenido entre mis brazos.

—¿De verdad? —preguntó ella, desconcertada—. ¿Le da tanta importancia a un beso?

—No a cualquier beso. A ese beso.

Sintió cómo el calor le subía al rostro. Aquel momento seguía vivo en su memoria, tan intenso como el primer instante. Dudaba que pudiera olvidarlo jamás.

—El beso fue apasionado, absoluto, indescriptible —continuó él —. Nunca había experimentado nada igual. Me sorprendiste. Y por eso te pregunté si podrías amar a un escocés. Si hubiera juzgado solo por cómo me besaste, habría creído que ya lo hacías.

Arabella lo miró incrédula.

—¿Solo por un beso supuso que le amaba?

—Tenía la esperanza de que sintieras algún afecto por mí. ¿Cómo lo explicas, si no?

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé. Pensé que era una reacción puramente física. Una sensación extraña, casi animal.

—Lo es —susurró él, inclinándose hacia ella—. Pero esas sensaciones no siempre son engañosas.

Ella se apresuró a responder, temerosa de lo que sentía.

—También pueden ser pasajeras.

—Tal vez.

Sintió sus labios rozar su piel. Cerró los ojos sin proponérselo. Estaba de nuevo en el laberinto, con su cuerpo apretado contra el de él. No, aquello no podía continuar así.

Cuando intentó apartarse, él la sujetó por el hombro y la giró hacia sí.

—Hay una gran pasión en ti, Arabella. Lo supe desde el primer día que te encontré en mi propiedad. Nunca he visto a una dama ocultarla con tanto empeño. Ya no es necesario. Estoy aquí, dispuesto a abrazarte, a besarte, a ser tu marido.

Sus palabras le recorrieron la piel como agua tibia. Quería escucharlo, pero necesitaba pensar.

—¿Qué está sugiriendo? —preguntó—. ¿Que un beso o una cama conyugal bastarían para hacernos felices? Usted mismo dudó hoy de nuestra compatibilidad.

—No cambiar —respondió él—. Revelar. Permitir que esas experiencias nos muestren una verdad más profunda. Esa es mi

esperanza.

—Lo permitiré —dijo ella en voz baja.

—Bien —respondió él, sonriendo—. Te besaría ahora mismo, si no acabáramos de girar hacia Hambledon.

—¿Hemos llegado?

—Eso parece.

—¿Cómo ha pasado el tiempo tan deprisa?

—Siempre pasa así cuando estamos juntos.



Hambledon Court se erguía majestuosamente sobre una suave elevación del terreno, en el centro de un vasto parque. De todas las mansiones de la comarca, Arabella siempre había pensado que Hambledon destacaba por la sobriedad elegante de su paisaje, que poseía todas las características de la mano inspirada de Capability Brown. El parque parecía concebido para realzar la mansión: lagos diseminados con aparente naturalidad, puentes de piedra, árboles grandes y majestuosos, todos dispuestos para crear la ilusión de un

diseño espontáneo. Sin embargo, Arabella sabía que los terrenos inmediatos habían sido completamente remodelados hacía apenas una década, incluida la compleja reubicación de varios árboles maduros. El resultado era verdaderamente sublime.

Una vez dentro de la casa, la decoración resultaba antigua, cálida y familiar, como unas botas bien usadas que habían servido fielmente durante años: quizá necesitaban algún arreglo, pero seguían ajustando a la perfección. Louisa apareció en el vestíbulo y los recibió con una bienvenida tan afectuosa como entusiasta. Arabella se sintió profundamente agradecida por aquella atención, pues no tenía manera de prever con exactitud cómo reaccionarían Lady Hambledon o su esposo ante la presencia de Sir Alexander.

En el salón, decorado en tonos de damasco azul, Arabella comprendió de inmediato la situación. Lady Hambledon inclinó la cabeza con rigidez, mientras que Lord Hambledon avanzó con cordialidad y estrechó la mano de Sir Alexander. Arabella dejó escapar un suspiro de alivio. Fuera cual fuese el desagrado de su señoría, no se extendía a su marido. Al menos la mitad del camino estaba recorrido.

Arabella hizo las presentaciones, ya que Sir Alexander aún no había sido presentado formalmente a Lady Hambledon. Él se inclinó con corrección. Ella respondió con una leve inclinación de cabeza. No había sido una de las principales anfitrionas del valle de Chilchester durante casi veinte años sin aprender a dominar el arte de la reserva cortés. Lord Hambledon sirvió una copa de jerez y se la ofreció con entusiasmo a Sir Alexander. Arabella aceptó una taza de té con gratitud.

Lady Hambledon extendió con elegancia el brazo hacia su derecha.

—Le agradezco las flores, Sir Alexander. Ha sido un gesto muy considerado.

Sir Alexander esbozó una leve sonrisa.

—Era necesario, milady, ya que mi conducta del sábado tuvo el resultado imperdonable de situarla en una proximidad lamentable con el capitán Wetherby. Lo siento sinceramente.

Ella entrecerró sus suaves ojos marrones y lo observó en silencio. Era una mujer menuda, pero su baja estatura no hacía sino acentuar la firmeza de su carácter. Más de un invitado imprudente había confundido su tamaño con debilidad y había pagado el error.

Arabella observó por encima del borde de su taza, con el corazón latiéndole con fuerza, temiendo que Sir Alexander cometiera alguna torpeza.

No lo hizo.

No hubo arrogancia en su actitud ni apresuradas justificaciones. Esperó con paciencia a que Lady Hambledon hablara, una deferencia que Arabella sabía que su anfitriona apreciaría.

—Si no hubiera estado presente y no hubiera escuchado personalmente la gravedad de la provocación —dijo al fin—, usted no estaría hoy en esta casa. No apruebo los modales propios de los garitos de juego en los elegantes salones ni en los jardines de nuestras familias vecinas. Todo lo que hacemos, Sir Alexander, desde nuestra cortesía mutua, tiene como fin dar ejemplo a la próxima generación. Por eso debo añadir que actuó acertadamente al acoger bajo su protección a algunos de los niños. Estas reuniones campestres, donde incluso los más jóvenes pueden disfrutar, buscan precisamente instruir a través de la alegría. Afortunadamente, no había niños presentes cuando el capitán Wetherby atacó el honor de sus padres, pero debe comprender que no toleraré un nuevo error de juicio por su parte, aunque se vean mancillados los recuerdos de

su familia ante la sociedad de Chilchester. En cuanto al capitán Wetherby, ya ha recibido mi opinión y no será bienvenido en mi casa durante algún tiempo, hasta que esté convencida de que ha sido debidamente reprendido. ¿Me comprende, Sir Alexander?

—Perfectamente, milady.

—¿Y hará todo lo posible por controlar su temperamento?

—Así lo haré.

Arabella exhaló un suspiro de alivio y le dedicó una sonrisa discreta. Sir Alexander tensó ligeramente los labios, pero mantuvo la atención en Lady Hambledon, quien, como consumada anfitriona, condujo la conversación hacia otros asuntos y le preguntó por el avance de las obras en el castillo.

Sir Alexander habló con detenimiento de las restauraciones, subrayando el cuidado con el que su arquitecto trabajaba a partir de documentos históricos para preservar la integridad del edificio. Mencionó de pasada la reciente visita de la señora Kensington y la satisfacción que le producía contar con la colaboración de una descendiente de antiguos propietarios de Pelworthy. Lady Hambledon lo observaba con atención, sus ojos marrones atentos y calculadores.

Lord Hambledon se dio una palmada en la rodilla.

—Maldita sea, ojalá al menos la torre del homenaje conserve algo de su antiguo aspecto. —Sonrió con ternura a su esposa—. Uno de mis recuerdos más felices está ligado a la cima de esa torre. ¿Lo recuerdas, querida?

Arabella observó fascinada cómo un leve rubor coloreaba las mejillas de la baronesa. Ella sonrió y echó la cabeza hacia atrás.

—No es el momento adecuado para sacar ese asunto. Estoy segura de que ni Sir Alexander ni la señorita Everleigh sienten el menor interés.

—Yo sí —intervino Louisa con viveza, dirigiéndose a su padre—. Por favor, cuéntanoslo. Me muero por saberlo, y es evidente que tiene un cariz romántico. Además, si he de ser sincera, mi madre es terriblemente reservada en estos asuntos.

—Si por reservada entiendes discreta, entonces lo admito —respondió Lady Hambledon, aunque su hija seguía mirando fijamente a su padre.

Lord Hambledon removió su copa de jerez.

—Era un día ventoso, incluso frío. Pero mi corazón ardía como un fuego bien avivado. Tu madre me tomó de la mano y me sonrió

como si llevara la luna en el bolsillo y fuera a regalármela. Subimos a la torre del homenaje y allí le pedí su mano. Por Dios, aceptó y me convirtió en el hombre más feliz del mundo.

—Oh, Peter —lo reprendió su esposa, aunque tenía los ojos brillantes.

Arabella miró a Sir Alexander y percibió en su rostro una expresión pensativa, incluso un leve fruncimiento de ceño. Se preguntó qué pasaría por su mente y confió en poder preguntárselo más tarde.

—Conocí a la señorita Everleigh en el castillo —intervino Sir Alexander—. Había ido a tomar posesión de él y la encontré entrando sin permiso. Me pareció un presagio, y uno muy alentador.

Arabella se sonrojó y se apresuró a explicarse.

—Solía ir allí cuando era niña. Mi madre me reprendía constantemente por mis exploraciones, pero cuando supe que el castillo se había vendido y que iba a ser restaurado, deseé verlo una última vez antes de que cambiara. Al igual que usted, lord Hambledon, guardo recuerdos muy queridos de aquellas ruinas.

—Me preguntaba —dijo entonces Sir Alexander, dirigiéndose a Lady Hambledon— si me permitiría incluir en los archivos del castillo

la historia de la propuesta de matrimonio de su esposo. Me gustaría que, con el paso de los siglos, los visitantes conocieran no solo la historia militar de Pelworthy, sino también las vidas que han sido tocadas por un lugar tan antiguo. ¿Me lo permitiría, milady?

Lady Hambledon dudó, pero su marido la animó.

—Me encantaría, querida. Por favor, concédeselo.

—No comprendo del todo por qué habría de interesar a nadie —respondió ella—, pero no me opondré. Eso sí, escribiré yo misma el relato y se lo entregaré a Sir Alexander.

—Como desees, mi amor —respondió él, sonriendo con aire juvenil.

El asunto quedó zanjado y, cuando lord Hambledon empezó a interrogar a Sir Alexander sobre sus experiencias en la India, Louisa aprovechó para llevar a las damas a una estancia contigua, supuestamente para admirar un arreglo floral de rosas. Arabella las siguió, lanzando una última mirada a Sir Alexander y a lord Hambledon. Lo último que oyó fue la pregunta de si alguna vez había vivido un huracán.

Habría deseado escuchar la respuesta, pero Louisa la condujo hasta un asiento apartado. Al ver que Lady Hambledon ya estaba

sentada y que el arreglo floral consistía apenas en tres rosas y un helecho, Arabella sintió una punzada de recelo.

No tuvo que esperar mucho.

—Te ruego que le cuentes a mamá tu situación, Arabella —dijo Louisa con rapidez—. Creo que puede ayudarnos.

—¿Te refieres a padre?

—Sí, por supuesto.

Arabella no estaba preparada para revivir la humillación de las pérdidas de su padre en Brighton, pero, ante la atenta disposición de Lady Hambledon, comenzó a relatar los hechos de forma sucinta. Al terminar, la baronesa frunció la nariz, adquiriendo por un instante un aire casi infantil.

—¿Edward Everleigh perdió su fortuna en Brighton?

—Sí, milady.

—Me dejas atónita. No lo habría creído de no venir de ti.

—Estaba arrepentido y no tenía motivo para engañarme.

—Entonces, ¿por qué pretende comprar el carruaje de carreras de Charles Langford?

Arabella bajó la mirada, profundamente decepcionada.

—No lo entiendo. También ha hablado de adquirir una yegua de cría. Se comporta como si nada ocurriera… incluso ha comenzado a viajar a Elsbourne sin dar explicaciones.

Lady Hambledon alzó la vista, pensativa.

—Quizá se haya enamorado.

Arabella se quedó inmóvil.

—Esa idea ya me había asaltado, pero ¿de quién?

—Esa pregunta deberías hacérsela a tu padre —respondió la baronesa con firmeza—. No continuaré por ese camino.

Louisa intervino entonces con suavidad.

—Mamá, ¿le concederás ahora el favor que te pedí? Sabiendo la situación de Arabella, ¿no la ayudarás, aunque sea por el cariño que sentías por su madre?

Lady Hambledon entrecerró los ojos.

—Admito que si mi hija no hubiera insistido, no habría recibido hoy a Sir Alexander. Me agrada su comportamiento, pero el recuerdo del capitán Wetherby en el suelo sigue siendo desagradable.

—Lo comprendo —respondió Arabella.

—Sin embargo, tras escuchar el insulto que lo provocó, no puedo evitar sentir simpatía por él. Dime, Arabella, ¿por qué te has esforzado tanto en introducirlo en la sociedad de Chilchester?

Arabella eligió con cuidado sus palabras.

—Desea que sus futuros hijos sean plenamente aceptados. Nada menos que eso le resulta intolerable. Me pidió que demostrara que era posible antes de sellar cualquier acuerdo.

—Ya veo —murmuró Lady Hambledon.

Arabella sintió cómo su destino pendía de aquella reflexión silenciosa.

—Creo —dijo finalmente la baronesa— que te ayudaré. No has obrado mal y tu padre es el verdadero responsable. Enviaré a Sir Alexander y a Lord Anthony una invitación para mi fiesta del sábado. ¿Será suficiente?

—Más que suficiente —respondió Arabella, con la voz quebrada.

—Entonces ven, bésame en la mejilla y disfrutemos del almuerzo.

Dos horas más tarde, Louisa rodeó la cintura de Arabella con el brazo mientras se dirigían al carruaje.

—Es magnífico —comentó.

—Y comodísimo —respondió Arabella—. ¿Cómo podré agradecértelo?

—Pon mi nombre a tu primogénito.

Arabella sonrió.

—Pero no es un nombre escocés.

—Tampoco inglés —replicó Louisa—. Es alemán.

Rieron juntas.

—George o Louisa será.



En el viaje de regreso a Fairlight Manor, Arabella se sentía radiante de alivio y felicidad. En realidad, no había esperado tanto apoyo por parte de ninguna de las damas o caballeros de su círculo. Sin embargo, la señora Langford estaba satisfecha con sus planes para

el baile de Navidad de Sir Alexander; la señora Kensington parecía ya profundamente comprometida con la creación de una sociedad histórica para Pelworthy; e incluso Lady Hambledon había sido justa en su valoración de la culpabilidad del desastre de Dallings Hall, cuando Sir Alexander derribó al capitán Wetherby. Se sentía más esperanzada que nunca.

—Estás radiante. ¿Acaso has vuelto a lograr lo imposible?

—Lady Hambledon enviará una invitación a Pelworthy en menos de una hora —respondió—. Me atrevería a decir que la encontrarás esperándote cuando llegues.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Debo confesar que he disfrutado mucho esta tarde. Tu vecindario no deja de sorprenderme, ¿sabes?

Arabella dejó escapar una leve risa.

—No menos que a mí, se lo aseguro. Empiezo a creer que me he equivocado profundamente con muchos de mis conocidos. ¿Qué le pareció la propuesta de matrimonio de lord Hambledon?

—Me resultó encantadora, aunque bastante inesperada. No aguardaba una franqueza semejante, ni una muestra de afecto tan sincera como las lágrimas de lady Hambledon.

—Pensaba que todos éramos tan aburridos como perros.

Él se rió entre dientes.

—Quizá.

—¿Y ahora qué piensa?

—Que la sociedad de Chilchester oculta lo mejor de sí misma la mayor parte del tiempo. Es una lástima, porque nunca me ha agradado tanto como hoy.

—¿Le habló del huracán? —preguntó Arabella.

—Sí, frente a la costa de la India. Aún no sé cómo sobrevivió el barco. Los mástiles y las maderas crujían y gemían de un modo imposible de describir, y el viento aullaba sin descanso a nuestro alrededor. Quedamos gravemente dañados, pero un navío holandés nos remolcó hasta la costa al día siguiente.

Arabella lo observó con atención, preguntándose de pronto por qué se conformaba con la mansedumbre —y, a menudo, con la insipidez— de la vida rural inglesa, y se lo dijo sin rodeos.

Él se rió.

—Supongo que hay que haber sobrevivido a un huracán para poder afirmar que la vida tranquila en el campo está muy

infravalorada.

Arabella sonrió, aunque luego añadió, con un deje de melancolía:

—Envidio su vida en el extranjero. Hubo un tiempo en el que ansiaba vivir aventuras.

—¿Por qué tengo la sensación de que eso ocurrió hace mucho tiempo?

—Porque así fue.

Capítulo 11

Arabella se ajustó la capa alrededor de los hombros y sonrió. Estaba sentada en el carruaje familiar, frente a Charity, Hope y su padre. Harriet ocupaba el asiento a su lado. Aunque se sentía bastante nerviosa ante la inminente fiesta en casa de Lady Hambledon, una euforia contenida la embargaba. Durante las últimas dos semanas había logrado lo que parecía imposible al guiar a Sir Alexander a través de los escollos de la sociedad de Chilchester, un mérito nada desdeñable del que se sentía legítimamente orgullosa. Por supuesto, había contado con el apoyo de Louisa en aquel último y trascendental esfuerzo. Sin su intervención, Lady Hambledon difícilmente habría permitido una visita social, y mucho menos habría concedido una invitación.

—No te había visto tan feliz en meses, Arabella —observó su padre—. Aunque creo adivinar la causa. Y debo decir que es un verdadero placer verte sonreír tanto.

—Soy feliz —afirmó ella.

—Y estás muy guapa —añadió Hope—. Tu pelo nunca ha estado tan bonito.

—Gracias —respondió Arabella, dedicando a su hermana menor una mirada cargada de afecto—. No creéis que llevo demasiados rizos, ¿verdad?

Sus tres hermanas lo negaron con tal vehemencia que no pudo evitar reír. Sí, estaba realmente contenta y, para su propia sorpresa, incluso emocionada ante la perspectiva de asistir a la fiesta de Lady Hambledon, una sensación que no había experimentado en mucho tiempo. Se preguntó a qué se debía exactamente, aunque en el instante en que la imagen de Sir Alexander Abernathy acudió a su mente comprendió al menos una de las razones. En realidad, y aquello era algo que podía admitir ante sí misma, deseaba volver a verlo. Incluso al despedirse de él el miércoles, tras su visita conjunta a Lady Hambledon, había sentido un impulso casi irresistible de rogarle que acudiera al día siguiente. Sin embargo, se había contenido, dejándolo marchar en su carruaje con un simple adiós y un gesto de la mano.

Así pues, aquella noche, mientras el carruaje avanzaba traqueteando en dirección a Romsbury Village y Hambledon Court, se descubrió deseando de nuevo su compañía, una circunstancia que no terminaba de explicarse. Había llegado a disfrutar de su presencia cuando no discutían, pero la sensación que la invadía en ese momento parecía indicar que, en cierta medida, había empezado a depender de ella, por extraño que le resultara.

—Arabella —intervino su padre, arrancándola de sus pensamientos—.

—¿Sí, papá?

Arabella alzó la vista y lo vio inspirar profundamente, con el ceño fruncido y una expresión perpleja.

—¿Qué dirías si te dijera que me he enamorado de una francesa y que tengo intención de casarme con ella?

Ella lo miró fijamente durante un largo instante, al igual que sus hermanas, todas con la boca abierta. No tardó en comprender que se estaba burlando de su complicada situación, comprometida como estaba con un escocés.

—¿Una francesa? —replicó—. Qué disparate.

Y estalló en una carcajada incontenible. No sabía muy bien por qué la idea le resultaba tan ridícula, pero así era. Sus hermanas se unieron a su risa.

—Oh, papá —añadió, al ver que una sonrisa sustituía al anterior ceño fruncido—. ¿Qué pensaría mamá de algo así? Seguramente creería que toda su familia ha perdido el juicio.

Rió con más fuerza todavía, hasta que las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

—No me pareció tan gracioso —murmuró él, con un deje de incomodidad.

—Supongo que… no lo era —concedió Arabella, secándose las mejillas con un pañuelo que había sacado apresuradamente de su bolso de mano con cuentas—. Es solo que, dadas las circunstancias… debes admitir que, si hicieras algo tan absurdo, todo el vecindario se dedicaría en cuerpo y alma a cotillear sobre los Everleigh.

Lo vio encogerse de hombros y girarse para contemplar el paisaje que quedaba atrás, las colinas envueltas en el crepúsculo. Tras recorrer cerca de una milla, Arabella volvió a mirarlo, dispuesta a seguir burlándose de la broma, pero algo en su expresión —una

desesperación apenas velada— le cortó las palabras a mitad de la frase. De pronto se sintió incómoda, como si hubiera descubierto la raíz de su tristeza y no debiera haberlo hecho. Se volvió rápidamente hacia Charity y cambió de tema con una pregunta inocua, interesándose por si ya había terminado su hermoso faisán.

Charity respondió que no, y la conversación derivó hacia asuntos domésticos hasta que el carruaje llegó a la avenida que conducía a Hambledon. A partir de ese momento, los ocupantes guardaron silencio mientras sus miradas recorrían los terrenos.

—Nunca había visto tantas linternas chinas —exclamó Hope.

Con esas pocas palabras expresó el asombro general que reinaba en el carruaje. Lady Hambledon, sin duda, había creado un espectáculo extraordinario.

La imaginación de su anfitriona había sido cautivada por Oriente. La casa estaba adornada con palmeras y una profusión de flores de toda clase, seguramente adquiridas en los mercados de Londres, además de miles de linternas que transformaban el parque, suavemente ondulado, en un auténtico país de las maravillas luminoso. De forma inesperada, fuegos artificiales estallaban aquí y

allá, provocando gritos de sorpresa entre los invitados, seguidos de aplausos.

Los sirvientes desfilaban con zapatillas marroquíes y atuendos orientales, la cabeza cubierta con turbantes. Las sirvientas lucían túnicas doradas y brillantes sobre vestidos de muselina, con los rizos y el rostro velados por pañuelos translúcidos. El champán corría sin descanso, y se ofrecían frutas, dulces, una gran variedad de frutos secos, tartaletas y pescado ahumado una y otra vez a los invitados, que deambulaban de un rincón intrigante a otro. Los senderos estaban poblados de gitanos que leían el porvenir, malabaristas y magos que bromeaban con las damas más jóvenes. Y en el centro de todo, en el corazón de la finca, se alzaba un enorme salón de baile cubierto por carpas, del que emanaba un flujo constante de melodías familiares interpretadas por una orquesta.

Arabella avanzó con sus hermanas hasta que, una tras otra, fueron reclamadas por amigos o pretendientes. Su padre desapareció pronto, encaminándose hacia la sala de billar en compañía del escudero Langford. Cuando se quedó sola, Louisa la encontró, la tomó del brazo y le confesó que incluso ella sentía que su madre se había superado a sí misma en el alcance exótico y maravilloso de la fiesta.

—¿Has visto los leones? —le preguntó.

—¿Perdón? —respondió Arabella, atónita.

—Sí, hay dos leones en jaulas. El cuidador entra y esas enormes bestias hacen trucos.

—Tengo que verlos de inmediato.

Louisa la condujo por un sendero oriental, iluminado por linternas oscilantes, mientras una brisa agradable se sumaba al encanto de la velada.

—Los oigo —comentó Arabella—. Qué sonido tan espantoso.

Un sirviente con turbante, cuya piel estaba oscurecida —según le había explicado Louisa— con jugo de nuez, se inclinó y les ofreció copas de champán y tartaletas de albaricoque. Ninguna de las dos pudo resistirse. Continuaron avanzando, cada vez más sobrecogidas, hacia el rugido de las bestias africanas.

La felicidad de Arabella creció, al igual que su orgullo por lo que había conseguido. Allí estaba, en la fiesta de Lady Hambledon, al igual que Sir Alexander y Lord Anthony, aunque aún no había visto a ninguno de los dos caballeros.

Una joven a la que reconoció de inmediato como Arabella Lindfield se cruzó en su camino, obligando a ambas damas a detenerse en seco. Arabella reía a carcajadas, y pronto se hizo evidente el motivo: un joven bastante alborotado del pueblo de Balfriston, Thomas Piddinghoe, la seguía de cerca.

Arabella frunció el ceño, visiblemente disgustada. Louisa, en cambio, rió a su lado.

—Oh, ser joven y estar enamorado.

—Dudo que eso sea amor —replicó Arabella con severidad.

Sintió cómo su amiga le apretaba el brazo.

—Oh, Arabella, a veces eres demasiado prosaica.

—¿Cómo puedes decir algo así? Si alguna de mis hermanas se comportara de una manera tan descarada, me sentiría mortificada más allá de lo que las palabras pueden expresar.

Louisa suspiró, pero dejó el tema con facilidad, ya que otro rugido, ahora más cercano, había captado por completo su atención. No, Arabella no podía estar de acuerdo con ella. Qué severas críticas habría pronunciado su madre de haber presenciado semejante escena.

Arabella sonrió. Su madre había sido exigente, sin duda. Sus palabras acudieron a su memoria: «Una dama siempre se eleva por encima de los ignorantes, los groseros y los necios». De pronto comprendió que así se había comportado en todas sus interacciones con Sir Alexander y que eso explicaba cómo había logrado superar gran parte de su aversión inicial a su cortejo. Se había elevado por encima de su desafortunado origen. También en ello sentía un profundo orgullo. Al fin y al cabo, se había visto obligada a aceptar una situación odiosa, completamente contraria a su voluntad, a sus deseos y a sus verdaderas aspiraciones para el futuro. Pero, al hacerlo, cumplía con su deber hacia su familia, y ese pensamiento le proporcionaba un consuelo inconmensurable y, sí, orgullo.

Cuando el sendero se abrió para revelar dos jaulas rojas y negras situadas entre robles de ramas extendidas, las damas contuvieron el aliento al ver la mano del domador cautiva entre las fauces de uno de los leones. Una multitud se había congregado, atónita ante el valor del hombre, y Arabella no era menos. Cuando retiró la mano, el público estalló en aplausos entusiastas. El león permaneció tranquilo hasta que una serie de fuegos artificiales explotó cerca. El animal rugió con fuerza, haciendo que incluso el domador diera un pequeño salto. Se oyeron varios gritos. El hombre

tiró de la cadena que rodeaba el cuello del león, y este se tumbó de inmediato.

Arabella observaba la escena, con la mirada fija en el domador, cuando de pronto sintió unas manos en la cintura y un pellizco tan rápido que creyó estar siendo atacada. Gritó y se giró bruscamente, solo para encontrarse con Sir Alexander, que le sonreía con evidente satisfacción.

—Oh, qué cosa tan diabólica.

—Ha sido terrible, y le pediría perdón, pero ahora está sonriendo, así que no puede estar muy enfadada. ¿Cómo se encuentra, Lady Wetherby?

—Muy bien, gracias.

Siguió un breve intercambio de cortesías, tras el cual Louisa se excusó alegando que acababa de ver a Julia Kensington y necesitaba hablar con ella de inmediato.

Arabella no hizo nada por impedir su marcha. ¿Cómo iba a hacerlo cuando Sir Alexander se encontraba a su lado, resplandeciente con un frac negro de paño finísimo, chaleco de seda burdeos ricamente bordado, calzones negros, medias de seda y zapatos de cuero del mismo color? Llevaba la corbata anudada con

sencillez, las puntas de la camisa a media altura y, en todos los aspectos, daba la impresión de haberse tomado muy en serio los dictados de Brummel sobre la moda. Ella aprobaba calurosamente su aspecto, otra razón más para sentirse orgullosa aquella noche, pues cualquiera que ignorase su linaje lo habría tomado por un caballero inglés sin la menor duda.

Por algún motivo, esos pensamientos, por nobles que le parecieran, le trajeron de pronto la imagen de su padre tal como se había quedado cuando ella se había reído sin control al oírlo confesar su enamoramiento por una francesa. Recordaba con claridad la desesperación reflejada en sus ojos y en su rostro. ¿Por qué, en nombre del cielo, estaba pensando en eso ahora, cuando todo marchaba tan bien?

Apartó esas ideas y, cuando Sir Alexander le preguntó si le haría el honor de bailar el siguiente vals, aceptó con gusto. Él le ofreció el brazo y juntos se dirigieron hacia la carpa.

—¿Le gustan las decoraciones de Lady Hambledon? —preguntó ella, sonriéndole—. Deben de resultarle familiares.

—Muchísimo, no se lo imagina. En más de una ocasión he recordado mis estancias en la India. Le estoy muy agradecido por

haber elegido este tema. ¿Y qué le han parecido los leones?

—Me han asustado. No puedo imaginar cómo su domador logra controlar sus propios temores.

—Supongo que eso nunca lo sabremos.

Lord Anthony apareció entonces, llevando del brazo a Sophia Langford. Él contemplaba el rostro de la joven con una expresión profundamente afectuosa.

—¿Un matrimonio por amor? —murmuró Arabella en voz baja, mientras la pareja se alejaba por otro sendero iluminado.

—Estoy convencido de ello, sobre todo porque sé con certeza que la señora Langford le ha dicho que nunca permitirá que el terrateniente lleve a sus perros a la casa.

Arabella rió suavemente.

—Entonces, sin duda, es un matrimonio por amor.

Mientras se encaminaban hacia la carpa, Arabella observó a los grupos dispersos, buscando entre ellos la alta y elegante figura de Lady Cottingford. Hasta ese momento no se había cruzado con su señoría, ni siquiera ahora la distinguía entre los invitados. Suspiró levemente. Por mucho que estuviera disfrutando de la velada, no

olvidaba que tenía por delante una tarea de suma importancia, la más ardua de todas. No solo debía presentar a Sir Alexander a la vizcondesa, sino iniciar el delicado proceso de obtener una invitación para ella, su padre y Sir Alexander al prestigioso baile de la cosecha que ofrecía su señoría.

Su corazón dio varios saltos al comprender que, aunque había avanzado mucho, aún le aguardaba el mayor dragón al que debía enfrentarse. Pero ¿dónde se encontraba Lady Cottingford?



Sir Alexander miró a la dama que tenía a su lado. Advirtió el leve fruncimiento de ceño que le ensombrecía el rostro y comprendió que estaba buscando a la vizcondesa Cottingford. Su conciencia le remordió al recordar la verdad de su situación. Sabía que, en ese aspecto, la estaba utilizando de forma poco honesta y, durante un instante, se planteó decirle que ya no tenía por qué preocuparse de conseguir las invitaciones para el baile de la cosecha.

Sin embargo, fue solo un instante. Un instinto profundo le advirtió que no lo hiciera, al menos por el momento, quizá por algo

que aún no alcanzaba a comprender sobre Arabella Everleigh.

—Esta es, con diferencia, la fiesta más elaborada de lady Hambledon —comentó ella.

—Empiezo a pensar que nos han transportado al Olimpo.

La dama que caminaba a su lado soltó una risita.

—Le gustaría oírte decir eso. Le encantan los cumplidos.

—Creo que a la mayoría de la gente le gustan.

—En eso tiene razón.

La carpa al aire libre, semejante a un inmenso dosel, brillaba bajo el resplandor de decenas de linternas chinas. Palmeras y antorchas flanqueaban cada cuerda tensada para sostener la estructura, de modo que ningún invitado tropezara con cables invisibles. Sir Alexander quedó impresionado: se había cuidado cada detalle con esmero. En el momento oportuno, felicitaría a la anfitriona. Gracias a su experiencia, especialmente tras haber disfrutado de las tres últimas temporadas londinenses, había asistido a numerosos eventos fastuosos, pero la fiesta de Lady Hambledon superaba a la mayoría.

Se dio cuenta de que se lo estaba pasando en grande, como ya le había ocurrido en la velada de la señora Langford y en el picnic de la señora Kensington. La vida social le agradaba enormemente.

—Quiero darte las gracias, Arabella, por tus denodados esfuerzos en mi nombre.

Ella alzó la vista y sonrió.

—No me acusará de hacerlo solo porque mi familia necesita su fortuna.

Él comprendió que lo estaba tomando a broma y la referencia franca al propósito de su inminente compromiso le arrancó una sonrisa amplia.

—Creo que puedo estar agradecido, sean cuales sean tus motivaciones. No habría conocido la sociedad de Chilchester sin tus esfuerzos. Eres digna de elogio.

—Gracias —respondió ella de un modo que le dejó claro que también era plenamente consciente de sus logros.

Al acercarse a la tienda, pasó un sirviente portando copas de champán vacías. Sir Alexander se inclinó hacia ella.

—¿Te he dicho que he recibido la confirmación de mi pedido de vino? Quinientas botellas. Una pequeña fortuna, en realidad.

Ella negó con la cabeza.

—Se lo he contado a todos los bigotudos durante las últimas dos semanas. Todavía me sonrojo cuando lo recuerdo.

—Y te sonrojas muy bien.

Arabella lo miró, con sus hermosos ojos verdes iluminados por la risa. Nunca le había parecido tan bella como en ese instante, con las antorchas cercanas proyectando destellos de luz sobre su rostro. Una poderosa sensación le oprimió el pecho y, de no haber sido porque el baile campestre estaba llegando a su fin y acababan de anunciar un vals, habría sugerido dar un largo paseo por los senderos menos transitados.

Tal como estaban las cosas, la condujo hasta la pista de baile, la tomó en sus brazos y le sonrió.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que bailamos juntos?

Arabella se sentía extraña. La mano de Sir Alexander descansaba en su espalda, mientras con la otra le sostenía la mano con delicadeza. Un mareo la invadió. Parpadeó, preguntándose si sería capaz de seguir los pasos y los giros del baile cuando apenas sentía los pies con claridad.

La música comenzó. Con una presión firme en la espalda, él empezó a guiarla por la pista, adelante y atrás, girando una y otra vez. Durante todo ese tiempo, descubrió que era incapaz de apartar la mirada de la suya.

La encantadora noche de verano, la luminosa fiesta y los vertiginosos giros del vals parecían unirse para lanzarla bajo el hechizo más inexplicable. Sabía que al menos una veintena de parejas giraban a su alrededor, pero todas se desdibujaban en una mancha confusa.

Hacia adelante y hacia atrás, dando vueltas y vueltas.

Sir Alexander tampoco hablaba. Se limitaba a sostener su mirada con la suya, con los intensos ojos azules, los labios entreabiertos y una expresión imposible de descifrar. En ese momento, Arabella sintió la fuerza de él: su espíritu, su obstinación,

su terquedad. Nunca había conocido a un hombre semejante. Quizá en su naturaleza celta latía una vitalidad indómita de la que carecían, en general, los caballeros de Chilchester. Sentía, incluso creía, que era el tipo de hombre capaz de lograr cualquier cosa que se propusiera. ¿No lo había demostrado ya en la India?

La música parecía no tener fin. Cuanto más la hacía girar, más caía ella bajo su hechizo, de modo que, cuando el baile terminó, tuvo la sensación de que había transcurrido una eternidad.

Él la condujo rápidamente hacia la oscuridad de la noche, llevándola primero por un sendero y luego por otro, alejándose cada vez más de la carpa, que brillaba como una isla iluminada en medio del jardín. Arabella seguía mirándolo, sorprendida y sobrecogida. Aún no comprendía del todo lo que sentía, salvo que, cuando él la llevó de improviso a la profunda sombra de un roble y la tomó con brusquedad entre sus brazos, toda su vida pareció adquirir sentido en ese instante.

Se entregó a su beso como se había rendido al vals, como si él fuera lo único que existiera en la tierra. Se aferró a él, cautivada por completo por lo que estaba ocurriendo entre ambos, por ese poderoso flujo de misterio y pasión. Él le había hablado de una gran

pasión compartida, pero solo entonces, al sentirlo abrazarla con tanta fuerza, al notar su lengua explorar su boca con dulzura, comprendió lo que quería decir.

Ahora era como si todos los secretos del cielo se le hubieran revelado. ¿Era aquello amor? Su mente clamaba por saberlo. Su corazón respondía con mil afirmaciones. Debía de ser amor… pero ¿cómo era posible?

—Querida Arabella —le susurró al oído—. Solo dime, ¿podrías amar a un escocés?

Ella se inclinó hacia atrás para mirarlo. El azul de sus ojos parecía casi negro bajo la sombra protectora del roble. ¿Lo amaba? ¿Podría hacerlo?

—Cada momento que paso con usted me hace creerlo más —le susurró.

Sin esperar su respuesta, lanzó un pequeño grito y lo besó con vehemencia.

Él no dudó y volvió a estrecharla con rudeza, besándola con pasión desbordada hasta dejarla sin aliento. El mareo que había sentido durante el vals se multiplicó. Flotaba, delirante, feliz más allá

de toda medida, envuelta en la calidez y la emoción de ser besada por él.

Solo al cabo de un rato la soltó por fin y, con una risita contra su mejilla, murmuró:

—Me da miedo estropear tus preciosos rizos. Me cuesta mucho evitar hundir los dedos en tu melena.

Ella también se rió.

—Creo que hay algo de locura en la fiesta de Lady Hambledon esta noche.

—Locura, sin duda —respondió él en voz baja—, de la más dulce.

Se alisó la chaqueta y el chaleco, arregló su cabello —los dedos de ella habían sido mucho menos comedidos que los suyos— y la condujo de nuevo hacia el sendero iluminado, devolviéndola poco a poco al corazón de la fiesta.

Mientras caminaba a su lado, el resplandor de haberla besado se aferraba a él como una suave lluvia de verano. Era más feliz que nunca: feliz de estar con ella, de que avanzara a su lado, de que lo hubiera besado con tanta pasión. En ese instante comprendió que la amaba. El pensamiento se le reveló con tal pureza y sencillez que no lo cuestionó. La amaba. Estaba convencido de haberla amado desde el principio, desde aquel frío día de invierno en que la encontró en el castillo, tan absorta en sus pensamientos que le pareció un ángel. Sí, la amaba de verdad.

Pero ¿ella estaba empezando a amarlo? ¿Podría hacerlo? Si sus besos eran un indicio, la respuesta parecía un rotundo sí. Y, sin embargo, algo en su interior seguía inquieto, aunque no sabía explicar por qué.

La sujetó con firmeza del brazo, impulsado por el deseo de decirle que ya no tenía por qué preocuparse por conseguir invitaciones para el baile de la cosecha. La miró y abrió la boca para hablar, pero la expresión de ella detuvo las palabras en su lengua.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Allí, cerca del estanque. Nos están observando.

—¿Quiénes? —inquirió él, recorriendo con la mirada el paisaje en penumbra.

Al fin distinguió la causa de su inquietud. El señor Calvert y el joven señor Kensington permanecían inmóviles, con semblante condenatorio. Henry volvía a tener la mano apoyada en la empuñadura de una espada imaginaria.

—¿Cree que nos han visto salir del bosque? —preguntó ella.

—Sin duda.

—Oh, Dios mío. Confío en que el señor Calvert conserve la calma, pero Henry…

Sir Alexander miró alrededor y vio que, hacia el oeste, se ultimaban los preparativos para una gran exhibición de fuegos artificiales.

—Ven —dijo—. Hay un grupo reunido cerca de los fuegos artificiales. Si alguno de esos caballeros desea enfrentarse a mí, que lo haga entre la multitud.

Notó que el brazo de ella temblaba bajo el suyo.

—No tienes nada que temer —añadió—. Te ruego que confíes en mí.

Arabella soltó una risa nerviosa.

—No temo por usted, sir Alexander, sino por cualquiera de los caballeros si vuelve a perder los estribos. A Henry le encantaría batirse en duelo, y me han dicho que usted es un auténtico tirador.

—Ni por un instante se me ocurriría aceptar un desafío del señor Kensington. Es doce años más joven que yo. Simplemente, no se hace.

—Le tomaré la palabra —respondió ella, aún inquieta.

—Vamos. Los fuegos artificiales nos esperan.

La estratagema bastó para mantener a raya a los caballeros hostiles. Pronto se formó una gran multitud en semicírculo ante los fuegos artificiales, y Sir Alexander maniobró con cuidado, ajustando varias veces su posición para conservar una distancia prudente respecto al señor Calvert y al señor Kensington. Arabella se dejó arrastrar por el espíritu del juego y, durante la hora siguiente, mientras se desplazaban de un pequeño entretenimiento a otro y finalmente regresaban a la carpa iluminada, Sir Alexander logró evitar cualquier confrontación.

Al final, como solía ocurrir en este tipo de eventos multitudinarios, se separó de Arabella. La dejó marchar, dudando de

que volviera a compartir con ella una intimidad semejante esa noche. De hecho, aparte de bailar un baile campestre con ella y de ser conducido luego a la casa para jugar al billar con el señor Langford y lord Hambledon, no volvió a verla en lo que restaba de la velada.

Así que fue ya avanzada la noche, o más bien de madrugada, cuando se encontró de nuevo solo en su salón. Lord Anthony se había retirado, expresando una profunda renuencia a enfrentarse a Churchill después de haber ingerido tantas copas de champán helado. Sir Alexander se sentó en silencio, haciendo girar una copa de brandy, y reflexionó sobre todo lo sucedido.

El beso bajo el roble había sido profundo y revelador, al menos para él. Había reconocido la verdad y la intensidad de sus sentimientos por Arabella Everleigh. Sin embargo, una inquietud igualmente profunda persistía: desconocía cuáles eran los verdaderos sentimientos de ella o si, al menos, su aversión hacia cualquiera que no fuera de ascendencia inglesa se había suavizado en algo.

El brandy giraba lentamente en la copa. Sus pensamientos daban vueltas en torno al enigma de quién era realmente Arabella.

No lograba llegar a ninguna conclusión, salvo una: pronto le diría que ya no tenía que esforzarse más por conseguir las invitaciones para el baile de Lady Cottingford. Era lo mínimo que le debía por todos sus desvelos.

La noche había sido realmente maravillosa. Había disfrutado enormemente, y no solo por Arabella. La partida de billar con lord Hambledon y el terrateniente había resultado especialmente de su agrado. En cualquier reunión de caballeros siempre surgía un matiz político que acababa desencadenando un debate animado, y así había ocurrido. Se habían expresado opiniones apasionadas que solo sirvieron para avivar la naturaleza competitiva del juego.

Sí, había gozado de la velada de principio a fin. Había pasado tiempo con Arabella, había bailado con ella e incluso la había besado, algo que siempre le resultaba profundamente placentero. Esa era una verdad innegable. Disfrutaba de su compañía, adoraba sus besos y la amaba. La amaba más de lo que podía expresar. Ahora comprendía que siempre lo había hecho, desde aquel primer encuentro tantos meses atrás, y que siempre la amaría.

Qué feliz habría estado su madre de haber presenciado todo aquello, incluso de saber que se había enamorado de una inglesa.

De pronto, se inclinó hacia delante, frunciendo el ceño. En ese momento comprendió algo que antes no había visto con claridad: a su madre nada de eso le habría importado, salvo su felicidad. Eso era lo único que había deseado para él. No el reconocimiento social, ni la aceptación, ni nada que pudiera aplaudirse desde fuera. Quizá había emprendido toda aquella aventura de abrirse paso en la sociedad de Chilchester para reparar, de algún modo, el supuesto sufrimiento de su madre. Pero, en realidad, ella no había sufrido como él había imaginado. Nunca mostró arrepentimiento por sus decisiones ni por haber sido objeto de ostracismo. Tristeza, sí, un poco; arrepentimiento, no. El que había cargado con ese peso había sido él.

Se bebió el resto del brandy, sonriendo con suavidad ante lo mucho que se había engañado a sí mismo. No, había entrado en la sociedad de Chilchester por una sola razón: para compensar los sufrimientos de su propia juventud.

Y aun así, al reconocerlo, emergió otra verdad ineludible. Por mucho que amara a Arabella y por mucho que disfrutara formando parte de la sociedad de Chilchester, no podría casarse con ella a menos que ella correspondiera plenamente a sus sentimientos. Ese era el legado de la vida de su madre. Ella había amado de verdad a

su padre, y su unión había sido feliz. Él no deseaba menos para sí mismo ni para sus futuros hijos.

Capítulo 12

Arabella se despertó sobresaltada el lunes por la mañana. Se incorporó en la cama cuando una revelación terrible la golpeó con toda su fuerza: había olvidado por completo presentar a Sir Alexander a Lady Cottingford durante la fiesta de Lady Hambledon. ¿Cómo había podido ser tan necia, tan descuidada, tan absolutamente olvidadiza? Sin embargo, incluso mientras aquellos reproches se agolpaban en su mente, otro pensamiento mucho más agradable se impuso, el mismo que había dominado su espíritu durante todo el domingo: Sir Alexander la había besado de nuevo y, esta vez, había jurado sentirse transportada al cielo. No estaba segura de haber regresado aún.

Seguramente, después de aquel beso, las invitaciones al baile de la cosecha habrían dejado de importarle. Seguramente él se había conmovido y transformado con la misma intensidad apasionada que ella. Seguramente.

Se mordisqueó las uñas con gesto distraído, sonriendo sin darse cuenta. Nunca había sido tan feliz, nunca en toda su vida. ¿Cuándo volvería a verlo? ¿Cuándo la besaría de nuevo y la obligaría a aceptar las invitaciones?

Solo había una cosa que hacer. Debía ir a Pelworthy y preguntárselo ella misma. Con ese pensamiento dominándolo todo, saltó de la cálida comodidad de la cama y comenzó a vestirse de inmediato.

Cuando bajó las escaleras, la mañana estaba lo bastante avanzada como para que una visita inmediata a su vecino no resultara impropia. Incluso habría salido sin desayunar, de no ser porque su padre la llamó justo cuando abría la puerta principal.

—Arabella, ¿puedes esperar un momento? Hay algo muy importante que necesito decirte.

Nada le parecía más urgente que ver a Sir Alexander cuanto antes, pero no podía expresarlo en voz alta.

—Por supuesto —respondió, cerrando la puerta—. ¿Qué sucede? Pareces alterado. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí —contestó—. Ven a mi despacho, allí podremos hablar con privacidad.

La curiosidad se apoderó de ella. Su padre parecía agitado, pero también extrañamente animado.

—¿Qué ocurre, papá?

—Siéntate.

Cuando él señaló el sillón junto a la chimenea, Arabella obedeció, convencida de que haría lo mismo. En lugar de eso, comenzó a pasearse de un lado a otro con tanta inquietud que terminó alarmándola.

—Papá —insistió—. ¿Qué pasa?

De pronto se detuvo y se volvió hacia ella. Con las manos extendidas en un gesto de impotencia, confesó:

—Todo fue una mentira.

Arabella frunció ligeramente el ceño antes de soltar una breve carcajada.

—¿Una mentira? ¿De qué estás hablando?

—De Brighton. Todo fue una mentira.

—¿Cómo? —volvió a reír—. ¿Estás diciendo que no fuiste a Brighton hace un mes?

—No, sí fui… pero yo… oh, Dios mío… ¿cómo explicarlo?

Arabella se puso en pie de inmediato.

—Papá, no me digas que apostaste más, que perdiste más… que perdiste toda la fortuna de Sir Alexander.

Entonces él rompió a reír, incapaz de contenerse.

—No, no —dijo entre risas—. Nada de eso. Es justo lo contrario. ¿No lo entiendes?

Ella negó con la cabeza, cada vez más confundida.

—No, papá, no lo entiendo.

—No perdí ni un penique en Brighton. Ni siquiera dos. De hecho, creo que gané unas cincuenta libras durante el viaje.

Se secó los ojos y ocupó el sillón que ella acababa de dejar.

Arabella lo miró fijamente, intentando asimilar lo que acababa de oír.

—¿Ganaste dinero jugando en Brighton? ¿No perdiste nada?

—Exactamente.

Guardó el pañuelo y la observó con expresión calculadora.

—¿Me mentiste? —preguntó ella, mientras una indignación lenta comenzaba a recorrerle las venas.

Él asintió.

—¿Sobre tus pérdidas? ¿Sobre todas esas supuestas deudas?

Volvió a asentir, esta vez con más gravedad.

—¿La familia Everleigh no está arruinada?

—En absoluto.

Dos emociones opuestas la asaltaron con la misma intensidad. El alivio fue tan profundo que estuvo a punto de marearse. Pero la ira, la sensación de engaño y traición, amenazó con estallar en su interior. Durante un largo instante no supo cuál prevalecería. Al final, la furia se impuso.

—¿Cómo has podido hacerme algo tan horrible?

Él abrió la boca para responder, pero Arabella alzó una mano con gesto imperioso.

—No digas nada. No creería una sola palabra ahora mismo. ¿Cómo has podido ser tan cruel, tan vil?

La diatriba brotó sin freno, alimentada por la humillación y el dolor. El viaje a Pelworthy quedó completamente olvidado. Solo veía a su padre, recostado con aparente tranquilidad en su sillón favorito,

mientras ella enumeraba, con lógica implacable, la magnitud de su engaño. Terminó ronca, exhausta.

Finalmente se sentó en el borde del escritorio, sacudiendo la cabeza, desconcertada.

—¿Por qué? —susurró, con la garganta en carne viva—. ¿Por qué me harías algo así?

Las lágrimas le llenaron los ojos.

Su padre bajó la mirada, sombrío. Tras un momento, pareció ordenar sus pensamientos y volvió a mirarla.

—Un día del pasado mes de mayo, tú, tus hermanas y yo tomábamos el té en The Bear, en Chilchester. Probablemente no lo recuerdes. Para ti no fue nada especial. Para mí, sí. Lo que vi aquel día se me quedó grabado como una espina imposible de arrancar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, desconcertada, preguntándose si no habría perdido la razón.

El señor Everleigh se removió.

—Te vi —dijo—. Vi cómo mirabas a Sir Alexander. Entró con Lord Anthony y te observó fijamente. Iba a preguntarte si habías

quedado con él, pero la expresión de tu rostro… querida, parecía capaz de detener el tiempo.

Arabella frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que me mirabas a mí? Tal vez fuera una de mis hermanas. O cualquier otra dama.

Él sonrió con una calidez que la desarmó.

—No me equivoqué. Parecías tan enamorada como si Cupido mismo te hubiera atravesado el corazón.

—¿Y por un momento de admiración decidiste montar esta farsa?

—No. Aquella fue solo la primera señal. Después te observé siempre que aparecía. Organicé visitas a la ciudad cuando supe que estaría allí. Había suficientes rumores sobre Sir Alexander como para anticipar cada uno de sus movimientos. Y tu expresión era siempre la misma. Has sentido un tendre por él durante meses.

—Podría haberte dicho que no era nada. Tal vez solo apreciaba que es apuesto. Todo el mundo lo reconoce, a pesar de su nacimiento.

—Ahí está la razón —exclamó él, poniéndose en pie—. No quise decírtelo. Quería obligarte a decidir. Sé lo obstinada que eres con las restricciones de tu madre sobre linaje y educación. Quería darte la oportunidad de seguir tu corazón y no tu cabeza.

—¿Fingiendo haber perdido tu fortuna?

—Exactamente.

—Es el método más absurdo imaginable.

Él le tomó los brazos.

—Respóndeme esto, Arabella. ¿Lo amas? Ahora que lo conoces de verdad, ¿estás enamorada de él?

Arabella quiso negarlo, pero las palabras no acudieron.

¿Lo amaba?

—Ya ves —dijo él, satisfecho—. Estás enamorada. Si no lo estuvieras, tendría que recordarte que no es correcto besar a un hombre al que no amas.

—¿Lo sabes?

—Todo el mundo lo sabe, niña insensata.

Su tono era tierno.

—No sé qué siento por Sir Alexander —admitió ella—. Pensé que debía permitir ciertas intimidades porque estábamos comprometidos… o a punto de estarlo. Me gustaba besarlo, pero ahora que no tengo que casarme con él…

Él la sacudió suavemente.

—No me digas que me he equivocado. No habría hecho nada de esto si hubiera sospechado la menor duda en ti. Dime que lo amas.

Arabella se irguió.

—No sé si lo amo, padre.

—Qué formal eres —murmuró él, dejando caer las manos—. Igual que tu madre.

Pareció desinflarse de repente.

—Supongo que siempre podré consolarme pensando que lo intenté.

—Pareces decepcionado.

—Lo estoy. No hay hombre al que prefiriera como yerno más que a Sir Alexander Abernathy. Pero haz lo que quieras, Arabella. Siempre lo haces.

Se dio la vuelta y salió del despacho.

Arabella permaneció allí varios minutos, incapaz de decidir qué hacer. El alivio de no estar obligada a casarse la abrumaba, pero finalmente comprendió que Sir Alexander tenía derecho a conocer la verdad, tanto sobre el cambio de su situación como sobre las artimañas de su padre.

Media hora más tarde se encontraba en el salón de Pelworthy. Se quitó el sombrero y dio una vuelta lenta, contemplando las paredes de piedra, las flores frescas y los pesados muebles de aire italiano cubiertos por tapices. Se preguntó cómo quedaría la estancia cuando la señora Langford la adornara para el baile de Navidad. Sonrió, desconcertada. En poco más de quince días, sentía haber vivido una vida entera… o tal vez ninguna.

—Arabella —la llamó Sir Alexander con voz suave.

Ella se volvió y el aliento se le detuvo en el pecho. Era extraordinariamente apuesto. Sin duda eso había visto su padre aquel día de mayo. Había sido admiración, nada más.

—Sir Alexander —saludó ella, haciendo una reverencia formal, aferrando el sombrero entre los dedos.

—¿A qué debo esta visita? Aunque, a decir verdad, no me importa el motivo, solo que estés aquí.

Al dar un paso atrás ante su avance, ella percibió un ceño fruncido en su mirada.

—¿Puedo ofrecerte té o ratafía?

—No, gracias. He venido a hablar de algo serio y no sé cómo se lo tomará.

—Comprendo. Entonces, tome asiento.

Ella obedeció, consciente del temblor en sus manos. Intentó dejar el sombrero sobre su regazo, pero él se lo retiró con cortesía y lo dejó sobre una mesa cercana.

Cuando se sentó frente a ella, habló con voz baja y casi seductora:

—Dime qué te ha alterado. No me gusta verte tan triste.

Con dificultad al principio, Arabella le contó todo lo que su padre le había revelado una hora antes.

Sir Alexander escuchó sus revelaciones con una perplejidad creciente. Le costaba creer que el señor Everleigh hubiera llegado tan lejos con tal de forzar aquella unión. Cuando ella por fin guardó silencio, él reflexionó unos instantes y luego habló:

—¿Así que toda esta farsa no era más que un ardid para obligarte a pasar tiempo conmigo?

—Eso parece.

—¿Y qué lo llevó a hacerlo?

La observó mirar a su alrededor con nerviosismo.

—Pensaba que ya había desarrollado un tendre por usted… incluso en mayo.

—¿Y lo habías hecho? —preguntó con suavidad, atento a cada uno de sus gestos.

Ella bajó la mirada y negó despacio.

—Por supuesto que no.

Ahí estaba. Lo había entendido desde el principio. Una tristeza honda se apoderó de él.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

Vio cómo una sonrisa se dibujaba en su rostro, y su corazón se hundió aún más.

—No lo sé —respondió—. No puede imaginar el alivio que he sentido al conocer la verdad. Nunca quise un matrimonio de conveniencia, y estoy segura de que usted tampoco.

—Tienes razón.

—Supongo que, si le apetece, puede seguir cortejándome.

Cuando ella echó la cabeza hacia atrás, él perdió la compostura. Se puso en pie de un salto.

—¿Eso significa que el beso que te di el sábado no te afectó en absoluto? ¿Es eso lo que refleja ahora tu actitud… tan satisfecha de ti misma?

Ella parecía sorprendida, casi infantil.

—No… sí. Oh, no lo sé. No sé qué pensar.

—Creo que sí lo sabes —replicó con dureza, avanzando unos pasos hasta marcar una línea invisible en la alfombra entre ambos—. Estás encantada de haberte librado de un mal trato y de poder reanudar tu vida como si nada hubiera ocurrido, conservando a tus tres pretendientes bien sujetos y relegando estas últimas dos

semanas a la categoría de un mero episodio incómodo. Me alegro por ti, Arabella. De verdad. Estoy encantado.

—¿Por qué está tan enfadado? —preguntó ella—. Pensé que usted también estaría agradecido de haberse librado de mí.

—¿Qué demonios te ha llevado a pensar algo tan cruel? ¿Y por qué crees que acepté cortejarte en primer lugar?

—Impuso unas condiciones tan duras para nuestro acuerdo que siempre supuse que quería castigarme.

—Claro que quise castigarte. Me habías rechazado sin miramientos. Pero ahora comprendo algo, Arabella: estoy enamorado de ti desde el invierno pasado. ¿No lo ves? ¿No pudiste comprender, en cada uno de mis besos, lo profundamente que te deseaba?

Ella quedó estupefacta, con los labios entreabiertos y los ojos muy abiertos.

—¿Me quiere? —susurró.

Él se apartó. Estaba herido hasta lo más hondo. Caminó hasta la mesa redonda situada junto al sofá y tomó un sobre. Volvió a colocarse frente a ella y le tendió la hoja superior.

—Pensaba venir hoy a Fairlight para entregarte esto. Lo tengo desde hace una semana. Creí que el sábado había dejado todo claro y quise que conocieras la verdad.

Ella tomó la invitación y leyó con rapidez.

—Pero… esto es una invitación para que mi padre y yo asistamos al baile de la cosecha de Lady Cottingford. No lo entiendo. ¿Cómo la ha conseguido?

Él soltó una breve exhalación, casi un resoplido.

—Oh, querida… ¿eres tan insular? —alzó las manos y regresó a su silla, con una resignación que parecía expulsar de su pecho todo sentimiento—. Lady Cottingford es una excelente amiga mía. Solía asistir a todas sus veladas, fiestas y bailes en Londres. La pasada primavera le prometí que, al instalarme en el valle de Chilchester, acudiría por fin a su baile de la cosecha, después de haberlo rechazado los dos años anteriores. Cuando te pedí que consiguieras una invitación, me tomé la libertad de obtener una para ti y para tu padre.

—¿Le han invitado tres veces? —preguntó ella, ignorando lo demás.

Él asintió.

—Dios mío…

—Así es. —Sacó su tabaquera y tomó una pizca—. Y, por supuesto, tengo invitación para lord Anthony y para mí.

Ella permaneció sentada, mirando el papel como si fuera un ave dispuesta a echar a volar al menor movimiento.

—Entonces no necesitaba mi ayuda.

—En Chilchester, tus esfuerzos recientes han sido muy útiles. Una vez se supiera que Lady Cottingford me había recibido, el resto habría seguido su ejemplo.

—Pero habrá visitado Ovinghurst Hall alguna vez.

—Así es.

—¿Por qué no he oído ni el más mínimo rumor?

—No sabría decirlo. Tal vez sus sirvientes sean más discretos que los del valle. Además, le pedí que fuera reservada. Deseaba ser aceptado aquí por mis propios méritos.

Para entonces, el rostro de Arabella estaba muy pálido.

—Debería irme —dijo, poniéndose en pie, sin advertir que la invitación caía al suelo.

—Sí, supongo que sí.

Se movió despacio, como en un sueño, hacia la mesa donde reposaba su sombrero.

—Puede visitarme si lo desea.

—No lo haré —respondió él, recogiendo la invitación y siguiéndola.

Ella tomó el sombrero y se volvió hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Pero por qué? Creía que me quería.

—Después de hoy, estoy convencido de que esos sentimientos mal dirigidos se disiparán pronto. Tienes muchas cualidades, Arabella, pero tu convicción de superioridad por nacimiento siempre será una barrera entre nosotros, y eso es algo que no puedo tolerar. Te deseo lo mejor, pero comprende que no tengo intención de prolongar este noviazgo malogrado.

Le tendió la invitación. Ella la tomó sin mirarla siquiera, se colocó el sombrero sobre los rizos y ató las cintas amarillas bajo la oreja izquierda.

—Ven. Te acompañaré a tu carruaje.

Media hora más tarde, Arabella llegó a casa con la sensación de haber sido arrollada por un carruaje. Su corazón era una piedra pesada en el pecho, que parecía ganar peso a cada latido. Sir Alexander la amaba. La amaba… y aun así no deseaba volver a verla. Sir Alexander tenía una relación estrecha con una de las grandes anfitrionas de Londres, la vizcondesa Cottingford. Sir Alexander estaba enamorado de ella desde febrero.

Al entrar en la casa, oyó la risa melodiosa de una mujer en el salón. Había invitados. Se obligó a sonreír, notando lo rígidos que se le volvían los rasgos mientras forzaba los labios a curvarse, a mostrar una satisfacción que no sentía.

Entró en el salón y se detuvo en seco. Junto a su padre, sentada en el sofá, había una mujer a la que no reconocía. Su padre se levantó de inmediato, radiante.

—Ahí estás, querida. Hay alguien a quien deseo presentarte.

Cuando Arabella se acercó, él le tomó el brazo con afecto.

—Madame Charbonneau, le presento a mi hija mayor, Arabella Everleigh.

La francesa. Por supuesto. La francesa de Elsbourne. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo la conocía su padre? Por pura costumbre, fruto de años de disciplina, Arabella hizo una impecable reverencia.

La dama inclinó la cabeza.

—¿Cómo está, señorita Everleigh? —habló en un inglés perfecto, matizado por un acento encantador—. Se parece mucho a su padre cuando era joven.

—¿Lo conocía? —preguntó Arabella.

—Mais oui. Hemos sido amis durante mucho tiempo. ¿Cuántos años han pasado, Edward?

Arabella sintió un vuelco. La mujer lo había llamado por su nombre de pila. Se volvió hacia su padre y vio su rostro suavizado por un afecto tan profundo que casi le faltó el aliento.

Él regresó al sofá, tomó la mano de la mujer y llevó sus dedos a los labios.

—Treinta años ya.

Treinta años. Eso la situaba en Inglaterra antes de la Revolución Francesa. Una refugiada, sin duda.

—Vamos a casarnos, querida —dijo su padre, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Quiénes…? —preguntó Arabella, sintiéndose absurdamente ingenua.

—Madame Charbonneau y yo —respondió él con firmeza—. Dentro de un mes, una vez publicadas las amonestaciones.

Arabella los miró alternativamente. Era demasiado. Primero Sir Alexander, ahora esto. ¿Qué habría dicho su madre ante semejantes acontecimientos? Dio un paso atrás, sintió que el suelo se desvanecía… y luego, nada.



Cuando despertó, se encontraba en su dormitorio. Harriet le acariciaba suavemente la mano, Charity le presionaba un paño húmedo y fresco contra la frente, y Hope sostenía una vinagrera bajo su nariz.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Hope, siempre optimista, respondió con ligereza:

—Te has desmayado. Volvíamos del jardín después de llevarle a Madame Charbonneau un ramo de rosas para que se lo entregara en Elsbourne y, de repente, te desplomaste en mitad de la habitación. No creo que te hayas desmayado jamás en tu vida.

Arabella intentó incorporarse, pero un punzante dolor de cabeza la obligó a recostarse de nuevo.

—No, nunca. Jamás.

—Hope, basta ya —intervino la voz de su padre desde la puerta —. ¿Te encuentras mejor, Arabella?

—Sí, gracias, aunque me duele mucho la cabeza.

—No me extraña. Tenías muy mal aspecto cuando entraste en el salón.

—No lo tenía, papá. La verdad es que estaba muy alterada.

Él asintió y se acercó a la cama. Luego pidió a sus hijas menores que los dejaran a solas un momento. Las muchachas le desearon una pronta recuperación y salieron del dormitorio.

—No confío en ellas —susurró él mientras cerraba la puerta.

Desde el pasillo se oyeron varios gemidos ahogados, confirmando sus sospechas.

Arabella sonrió débilmente cuando su padre se acercó a la cama. Lo miró con atención y se preguntó si todo aquello era real, porque nada de lo ocurrido en las últimas dos horas parecía posible. Nunca se había desmayado en su vida. ¿Sir Alexander le había dicho realmente que la amaba? ¿Y quién era esa francesa con la que su padre había anunciado que pensaba casarse en apenas un mes?

—Por tu expresión —dijo él, refrescándole la frente con el paño húmedo—, veo que sigues en estado de shock. Intenté advertírtelo, si lo recuerdas.

—¿En el carruaje, camino de la fiesta de Lady Hambledon? —preguntó ella.

Él asintió.

—¿Entonces hablaba en serio?

Volvió a asentir.

—Oh, papá… me reí tanto. Perdóname, pero estaba convencida de que me estabas tomando el pelo.

—Lo sé. Fue humillante en su momento, aunque esperaba que ya hubieras superado algunos de los prejuicios de tu madre.

—Mis prejuicios —murmuró ella.

—Estoy seguro de que algún día lo harás. Solo espero que no vuelvas a desmayarte cada vez que estés en compañía de Eugenia.

—No lo haré —respondió en voz baja—. Fue una sorpresa demasiado grande, después de haber… —No logró terminar la frase.

—¿Qué ocurre, hija mía? —preguntó él con suavidad—. ¿Te has peleado con Sir Alexander?

—Peor que eso. Ya no habrá compromiso.

—Ya veo. Debes de haberlo ofendido profundamente.

—Sí, aunque no como tú crees. Siempre cuido mis palabras, pero él vio mi creencia en la superioridad inglesa en mi expresión, en la postura de mis hombros, incluso, me atrevería a decir, en mi sonrisa.

—Sí, yo también lo he visto.

—¿De verdad? —preguntó ella, sorprendida—. Pero, papá, tú no piensas así. Ni siquiera un poco.

Él negó con la cabeza lentamente.

—No. Nunca. Aunque fue uno de los temas predilectos de tu madre… y mío.

Arabella lo miró fijamente y, de pronto, lo comprendió todo.

—Llevas mucho tiempo enamorado de Madame Charbonneau, ¿verdad?

—Desde hace muchos años —respondió con sencillez.

—¿Treinta?

—Y algunos más. Pensaba casarme con ella, pero mis padres me lo prohibieron bajo amenaza de desheredarme. Confié en ellos y no fui lo bastante fuerte. Elegí mi derecho de nacimiento, y tu abuela eligió una esposa para mí.

Una sensación fría y vacía se instaló en el pecho de Arabella. Intentó imaginar a su padre de joven, quizá apasionadamente enamorado, enfrentado a la perspectiva de perder Fairlight y una considerable fortuna. Comprendía su elección. Sin esa seguridad, no habría tenido ni una pluma con la que volar. Pero el tormento debió de ser inmenso.

—¿Nunca dejaste de amar a Madame Charbonneau?

—Nunca. Ella también se casó, pero lleva casi veinte años viuda. ¿Está mal que te lo confiese, querida? Sé cuánto querías a tu madre. Solo espero que me perdones y que aprendas algo de mi vida… y de la extraordinaria oportunidad que ahora se te presenta.

—¿Y qué sería eso?

Él esbozó una leve sonrisa.

—Romper con la tradición y acabar con estos horribles prejuicios para siempre.

Poco después se marchó, dejándola sola con sus pensamientos. Arabella permaneció reflexionando sobre todo lo ocurrido aquella luminosa mañana de agosto.

Tras una hora de dolorosas cavilaciones, con la cabeza aún palpitándole, se levantó de la cama. Decidió que un paseo le haría bien y se encaminó hacia el cercano pueblo de Stanham y la iglesia. En la finca se encontraba la cripta de la familia Everleigh, que había servido de descanso a sus antepasados durante trescientos años. Entró en aquel recinto sagrado y fresco y se sentó en el banco del fondo.

Había ido a despedirse de un ser querido… y de las restricciones que la habían mantenido prisionera durante la última década de su vida.

Lloró por su madre, por una infancia marcada por normas severas, por las enseñanzas transmitidas durante generaciones que habían impedido a su padre casarse con la mujer que amaba y, finalmente, por la posibilidad de haber perdido para siempre el amor

de Sir Alexander. A medida que la tarde avanzaba, comenzó a reflexionar con mayor claridad sobre ese último pensamiento.

Él le había dicho que la amaba, que creía haberla amado desde el instante en que la encontró en Pelworthy, que el beso compartido bajo el roble no había hecho sino confirmar lo que ya habitaba en su corazón. Se permitió revivir aquel momento, aquel beso maravilloso y ardiente. Recordó el mareo, la sensación de no tocar el suelo, como si el cielo la hubiera reclamado. Pero ¿era eso amor, esa emoción intensa y fugaz?

Comprendió entonces que aquellas manifestaciones eran solo la superficie de algo mucho más profundo, un amor oculto, no reconocido, invisible hasta que se había permitido sentirlo de verdad.

Sí. Su alma gritaba con fuerza en el silencio de la cripta. Lo amaba. Amaba a un escocés. Y supo que siempre lo haría.

Las lágrimas brotaron con rapidez, deslizándose por sus mejillas en un torrente de arrepentimiento. Recordó con vergüenza el orgullo que había sentido cuando le había sugerido a Sir Alexander que podía cortejarla si así lo deseaba. Se estremeció al evocarlo. En el fondo, había querido decirle que no era digno de ella, aunque consideraría su propuesta.

Él tenía razón. Ella se había creído superior.

Alzó la vista y se secó los ojos, fijándolos en la placa de bronce donde estaba grabado el nombre de su madre.

«Y cásate con un inglés, Arabella. Solo un inglés servirá. Solo un inglés hará feliz a una Everleigh».

Qué equivocada había estado, pensó. Qué profundamente equivocada. Porque solo un escocés, con toda su fuerza apasionada, podría hacerla feliz.

Se puso en pie y, en ese mismo instante, se despojó de sus prejuicios, como si se quitara una capa pesada de los hombros. Dejó atrás las restricciones de una docena de generaciones mientras salía lentamente de la cripta, aún secándose las lágrimas, pero sintiéndose en paz como no lo había estado en mucho tiempo.

Solo una dificultad la atormentaba ahora: cómo demostrar que era digna, si es que lo era, del amor de Sir Alexander.

Capítulo 13

Aquel mismo día, lo primero que pensó Arabella fue que debía hablar con Sir Alexander, aunque dudaba seriamente de que él estuviera dispuesto a escuchar su repentino cambio de actitud, al menos no con facilidad. Por esa razón, pasó el resto del día y la noche inmersa en sus propios pensamientos, a menudo apartada de su familia, tratando de comprender todo lo sucedido: tanto la naturaleza casi milagrosa de haberse enamorado por fin como, no menos importante, la revisión absoluta de sus escrúpulos respecto al nacimiento y la crianza.

A la mañana siguiente se sintió preparada para acudir a Sir Alexander, pero aun así se demoró. Intuía que no conquistaría su corazón de la noche a la mañana y, desde luego, no con una enumeración apresurada de sus antiguas creencias ni con una declaración repentina de otras nuevas y más benevolentes. Se resistió, por tanto, a tomar la pluma y suplicarle perdón por escrito

y, en su lugar, aceptó acompañar a sus hermanas y a su padre a Chilchester para almorzar en The Bear y realizar algunas compras.

Tras disfrutar de una excelente comida y acomodar los paquetes en el carruaje familiar, Arabella estaba a punto de seguir a sus hermanas al interior cuando tres caballeros a caballo se detuvieron bruscamente ante ella y desmontaron.

—Señor Calvert. Señor Kensington —saludó, inclinándose con cortesía—. Y capitán Wetherby. Veo que se encuentra mejor.

Aún se apreciaba con claridad el moratón en su mandíbula, realzado por el blanco inmaculado de la camisa.

Los caballeros se reunieron alrededor de la familia e intercambiaron cortesías durante varios minutos, hasta que Henry solicitó hablar con ella en privado.

Su padre asintió con gesto permisivo.

—Pero solo un momento. Ya hemos hecho esperar bastante a los caballos.

—Sí, papá. No tardaré.

El señor Calvert tomó la palabra.

—Estamos preocupados por usted, señorita Everleigh, y confiamos en que todo esté bien.

—Así es, gracias.

—¿Está segura? —insistió Henry con intensidad, sus ojos castaños brillando.

Arabella frunció ligeramente el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A la fiesta de Lady Hambledon. Ninguno de nosotros pasó por alto que Sir Alexander la llevó al bosque.

—Solo hasta un roble —respondió ella, esforzándose por no sonreír al recordar aquel beso maravilloso.

Un rubor le ascendió por las mejillas y, para dominar la súbita vergüenza, se mordió el interior del labio.

—La derribó —añadió el capitán Wetherby—. Aún puedo ver el rostro de ese canalla.

—No fue así…

Su mirada se desvió entonces a unos cincuenta metros, hacia la entrada de The Bear Inn. Allí estaba él. Sir Alexander en persona. El corazón se le detuvo en la garganta y apenas pudo respirar. Qué

extraordinariamente apuesto estaba, con un abrigo de corte ruso, pantalones beige y botas relucientes. Sintió un impulso casi doloroso de contemplarlo para siempre.

—No tiene por qué objetar —murmuró el señor Calvert.

—¿Objetar? —repitió ella, volviendo hacia él la mirada solo un instante antes de buscar de nuevo a Sir Alexander.

Sonrió cuando él la vio, pero él se limitó a inclinar la cabeza con frialdad antes de entrar en la posada. Una tristeza inmediata la invadió.

La mano de Henry regresó a la empuñadura imaginaria de su espada.

—Debe pagar por esto. Tiene que hacerlo.

—Como he dicho antes —intervino el capitán Wetherby, dirigiéndose al señor Calvert—, deberíamos presionar a Abernathy. ¿No le parece, señorita Everleigh?

—¿Presionar a quién? —preguntó ella, que apenas había seguido la conversación—. ¿A Sir Alexander?

Parpadeó varias veces.

—Sí —murmuró distraída.

Debía presionar a Sir Alexander… pero ¿cómo? ¿Cómo hacerle ver que había cambiado, que lo amaba y que él podía volver a amarla, si tan solo accedía a hablar con ella? ¿Cómo lograr siquiera esa audiencia?

—Arabella —la llamó su padre—. Debemos marcharnos.

—Sí, papá.

Se volvió hacia los caballeros y les tendió la mano. El capitán Wetherby y el señor Calvert se limitaron a estrecharle los dedos, pero Henry no pudo resistirse a besarle la mano con prolongada insistencia. Ella tuvo que retirarla con firmeza.

—Se rumorea —comentó el señor Calvert— que Sir Alexander ha sido invitado al baile de la cosecha.

—Es cierto.

Los caballeros intercambiaron miradas.

—Arabella —repitió su padre con severidad—. Nos vamos.

No la retuvieron más y se despidieron con una reverencia.

Ya en el carruaje, Arabella observó con atención cómo pasaban frente a The Bear. Buscó en las ventanas el más leve indicio de él, pero no tuvo éxito. Se recostó contra los cojines, concentrada de

inmediato en la tarea que tenía por delante. Necesitaba suplicarle que le concediera apenas unos minutos para exponerle su verdad. Si él pudiera ver su remordimiento y su miseria, quizá estaría más dispuesto a creerla.

Ordenó a un sirviente que vigilara el camino entre Chilchester y Pelworthy para avisarla cuando Sir Alexander regresara a su hogar. Cuando el hombre volvió a Fairlight con la noticia de que había sido visto dirigiéndose hacia Pelworthy, le pidió que llevara una breve nota al castillo solicitando que Sir Alexander se reuniera con ella en el puente de Halland Creek. En cuanto el sirviente partió de nuevo a caballo, Arabella emprendió el camino de una milla y media hasta el puente.

Esperó allí más de una hora, con el corazón sumido en una inquietud constante mezclada con las más dulces sensaciones del amor, hasta que distinguió una figura acercándose. La desolación la embargó al reconocer que no era Sir Alexander, sino su criado de librea, con una nota en la mano. Se aproximó con el aire contenido de quien trae malas noticias, se inclinó con formalidad, le entregó la misiva y dio media vuelta, ascendiendo la colina.

Arabella acarició el fino pergamino. Antes incluso de romper el sello, las lágrimas ya habían caído sobre su nombre, emborronando la tinta. Con el corazón tan apesadumbrado que sentía los pies lastrados, se volvió hacia Fairlight y desanduvo el camino. No abrió la carta de inmediato, convencida de su contenido. Solo tras recorrer medio kilómetro se sentó en un tronco caído junto al sendero cubierto de hierba, rompió el sello y leyó.

Querida señorita Everleigh:

Espero que me perdone por no aceptar reunirme con usted, pero no creo que haya nada que pueda decirse en este momento que altere las profundas verdades de nuestra situación. Le deseo toda la felicidad.

S. R. Abernathy

Peor aún, pensó. Él estaba convencido de que ella era incorregible, y no dudaba de que, con cada día que pasara, su corazón se endurecería más contra ella. Tenía que hacer algo. Durante un instante consideró sitiar el castillo hasta obligarlo a recibirla, pero descartó la idea. Sus palabras, al parecer, no

bastarían. Necesitaba un gesto más grandioso, algo que captara toda su atención, algo que demostrara la naturaleza de su nuevo corazón y abriera la puerta al diálogo, quizá incluso a la confianza renovada.

¿Pero qué? Sin verlo ni hablar con él, ¿cómo reconquistar el corazón de un escocés?

Dejó el tronco y reanudó el camino a casa. Durante buena parte del trayecto, su mente permaneció extrañamente inerte y solo surgieron ideas banales: enviar a su padre a hablar con él, escribirle cartas que quizá nunca leería, o esperar junto a la barbacana hasta que se cruzara con ella.

Finalmente descartó todas esas opciones, preguntándose si alguna vez encontraría el método adecuado para revelarle sus nuevos pensamientos y actitudes. No se sentía desesperada, pero ¿cómo conquistar el corazón de un escocés?

En el momento en que evocó su herencia, una idea tan sorprendente la asaltó que estuvo a punto de tropezar. Ahora sabía exactamente lo que debía hacer. En cuanto llegó a Fairlight, acudió a su padre y le pidió permiso para viajar de inmediato a Londres.

Al escuchar sus razones, él sonrió ampliamente, asintió y le deseó buena suerte.

—¿Volverás a tiempo para la fiesta de Lady Cottingford? No debemos faltar en nuestra primera invitación al baile de la cosecha.

—No te preocupes, papá —respondió ella con alegría mientras salía de la habitación—. Correré todo el camino de vuelta si es necesario.

—No deberías —replicó él—. De lo contrario, estarías demasiado agotada para bailar.



Al final, Arabella regresó el sábado de Londres con apenas dos horas de antelación. Estaba dolorida tras haber pasado tantas horas seguidas en un carruaje, pero había logrado su objetivo de forma tan satisfactoria que no podía quejarse. Sus hermanas estaban ansiosas por saber qué la había llevado a la capital, de modo que, cuando el criado apareció en el vestíbulo con un gran paquete y se lo entregó, se arremolinaron a su alrededor como gallinas ante un puñado de grano fresco.

Harriet empezó a rasgar el papel marrón.

—No podéis mirar —dijo Arabella, aferrando el voluminoso paquete con mayor firmeza y comenzando a subir las escaleras—. Pero si enviáis a mi doncella a mi habitación, muy pronto veréis satisfecha vuestra curiosidad.

Oyó las protestas de sus hermanas a su espalda y se refugió en su dormitorio.

Una hora y media más tarde, salió bañada, peinada y vestida, dispuesta a dirigirse al salón, donde sabía que su familia la esperaba. Estaba terriblemente nerviosa, pues lo que había hecho era más que atrevido, quizá incluso inaceptable. Sin embargo, al pensar en Sir Alexander y en lo injustamente que lo había tratado durante las últimas tres semanas, su determinación se afianzó. Él comprendería aquel gesto, aunque nadie más lo hiciera. El hecho de que su doncella casi se desmayara al ver el vestido no contribuyó a calmar sus nervios, pero lo hecho, hecho estaba y, salvo que provocara un escándalo o ofendiera gravemente a su anfitriona, pensaba asistir al baile de la cosecha tal como estaba.

Cuando alcanzó el umbral del salón, aguardó a que todas las miradas se posaran en ella antes de avanzar. Vio los ojos muy

abiertos y escuchó los suspiros de asombro. No le sorprendió.

Sin embargo, su padre sofocó cualquier comentario que pudiera brotar de los labios de sus hermanas con un rápido gesto de la mano y se levantó para recibirla.

—Creo que es perfecto. Absolutamente perfecto. Solo me pregunto cómo lo has conseguido a tiempo.

—No ha sido fácil y, aunque espero que no te desmayes, me temo que te ha costado doscientas libras.

Aunque tragó saliva visiblemente y las hermanas volvieron a jadear, no vaciló. Le tendió la mano y añadió:

—Ahora déjame verte girar en círculo, porque creo que luce una media cola.

Arabella aceptó su mano y él la guió para que describiera un amplio giro, permitiendo que todas las hermanas Everleigh apreciaran la cola plisada. Se maravillaron ante la confección de aquel vestido tan inusual.

—Pero está hecho de lana —observó Hope—. ¿No pasarás mucho calor esta noche?

—Solo el vestido exterior es de lana —respondió—. El resto es de seda, así que no debería resultarme incómodo.

—¿Y has hecho esto por Sir Alexander? —preguntó Harriet, con los ojos brillantes.

Arabella sonrió.

—Sí, por supuesto. Creo que se lo debía por todos los insultos que le he dedicado durante los últimos seis meses.

—Apostaría mil libras a que jamás le has dicho una palabra dura —replicó Charity, frunciendo el ceño—. Entonces, ¿cómo dices que lo insultaste?

¿Cómo, en efecto?

—Con cada gesto, cada pausa en una frase, cada inclinación de cabeza. Los insultos no siempre se pronuncian con la lengua.

Charity, la menos diestra de sus hermanas para captar sutilezas, asintió varias veces y acabó concluyendo:

—Entonces lo amas.

—Sí, mucho.

Hope, la más joven, sentenció:

—Pues claro que lo amas, si esta noche has decidido hacer el ridículo.

Después de explicar el propósito de llevar un vestido con un sobrevestido confeccionado exclusivamente con tartán de lana, lo más parecido posible al del kilt de Sir Alexander, Arabella rompió a reír.

—Tienes toda la razón, Hope —admitió—. No tienes ni idea.

Con ello, la familia compartió la cena y, al terminar, Arabella se unió a su padre en el carruaje para emprender el viaje de casi diez millas hasta Ovinghurst Hall.



—Dios mío —exclamó el duque de Wellington.

Sir Alexander conversaba con él cuando, de pronto, algo a su derecha le llamó la atención con tal fuerza que se quedó paralizado.

—¿Qué es… eso? —alcanzó a murmurar, aunque las palabras se le apagaron en los labios. Jamás se había sentido tan conmocionado, tan absolutamente atónito.

Arabella acababa de llegar con su padre y, en ese instante, ambos estaban siendo anunciados desde lo alto de la escalinata del salón de baile.

—El señor Edward Everleigh y la señorita Arabella Everleigh.

La voz sonora del mayordomo habría bastado por sí sola para silenciar el murmullo del amplio salón, pero Sir Alexander no tenía ninguna duda de que era Arabella —o, más concretamente, su vestido— lo que había dejado a todos boquiabiertos, con las frases suspendidas a medio pronunciar.

—¿Qué pretende con eso? —preguntó Wellington.

A su alrededor, Sir Alexander percibió un murmullo de preguntas similares, compartidas por buena parte de los presentes.

—Creo que puede tratarse de una disculpa —respondió—. Y una extraordinariamente grandiosa.

—¿Es esta la dama cuya belleza me han descrito con tanto fervor? —preguntó el duque, mirándolo con una sonrisa ladeada.

—La misma.

—Entonces diría que es usted un necio por haberla dejado marchar.

—Empiezo a pensar que quizá tenga razón.

Aun así, no se adelantó a saludarla. La observó, fascinado, mientras avanzaba con porte majestuoso entre los invitados. Su padre se inclinó hacia ella en más de una ocasión, sin duda para susurrarle palabras de ánimo, pero Arabella no parecía en absoluto abatida. Su mirada recorrió la sala con una calma casi indiferente, mientras los invitados murmuraban a su paso, hasta que lo encontró. Solo entonces sonrió.

—Dios mío —murmuró Wellington—. Habría tomado la Península cinco años antes si hubiera tenido una sonrisa así a la que volver.

Sir Alexander no pudo evitar reír ante aquel comentario desmesurado, aunque sabía bien que, cuando Arabella Everleigh sonreía, era como si el cielo entero comenzara a cantar.

La multitud se apartó para dejarlos pasar. Dado que ella apenas conocía a muchos de los invitados de Lady Cottingford, le correspondió a él el privilegio de saludarla.

El corazón de Arabella latía con fuerza en su pecho. Sabía que había causado revuelo, pero esa no era la razón de su pulso acelerado. Desde el instante en que su mirada se había posado en el

hombre que amaba, su pobre corazón parecía incapaz de contenerse. Sus ojos solo lo buscaban a él; sus pies no obedecían a otra dirección; su vida entera latía a su ritmo.

Respondió con cortesía al saludo y fue capaz incluso de inclinarse con corrección y pronunciar un respetuoso «Su Excelencia» cuando le presentaron al duque de Wellington. Y, aun así, conocer al soldado más célebre de Inglaterra le resultó menos inquietante que limitarse a mirar a Sir Alexander Abernathy.

El duque parecía divertirse, aunque ella no alcanzaba a comprender por qué. Lo vio dar un leve codazo a Sir Alexander, animándolo a hablar.

—Le ruego me disculpe, señorita Everleigh —dijo él—. Creo que Su Excelencia me ha recordado mis obligaciones. ¿Me haría el honor de bailar conmigo? Es un vals, si no me equivoco.

—Será un placer.

Cuando él le ofreció el brazo, ella lo tomó con una alegría que apenas pudo disimular. Al menos había logrado eso: al presentarse con un vestido de tartán escocés, Sir Alexander se había visto lo bastante conmovido como para invitarla a bailar. El viaje a Londres

había merecido la pena, aunque solo fuera para evitar que una veintena de cartas de disculpa regresaran sin abrir.

Mientras la guiaba hacia la pista, él murmuró:

—Creo que has hecho que se desmayen al menos una docena de damas. ¿Cómo te atreviste a ponerte ese vestido?

—Estaba decidida —respondió ella en voz baja—. Convencida de que no volverías a hablarme si no te demostraba cuánto han cambiado mis sentimientos… y mis opiniones… desde que te conocí.

La condujo hasta el lugar que les correspondía entre las parejas que aguardaban el inicio del vals. Todas las miradas se clavaron en ella: en la media cola recogida con el lazo dispuesto en el lateral del vestido, en el remolino plisado de tartán que su doncella había prendido entre sus rizos dorados, en el hombre que la sostenía en brazos, conocido por todos como de ascendencia escocesa. Apenas podían ocultar su asombro.

Y, sin embargo, en ese instante, a Arabella no le importó en absoluto. Estaba en brazos de Sir Alexander, aunque solo fuera para bailar, y no había otro lugar en el que deseara estar, ni entonces ni nunca. Se negó a pensar en el futuro o en si él, aun valorando su gesto, seguiría sin confiar en su corazón. Se concentró en disfrutar

cada instante: el giro, el avance, las vueltas, la música, el color de sus ojos y la intensidad con la que siempre la miraba.

—¿En qué piensas, Alexander? —se atrevió a preguntar al fin.

Su sonrisa fue lenta, reflexiva.

—En que eres una de las damas más valientes que he conocido… o que has perdido la razón.

Ella rió suavemente.

—Me temo, o espero, según el caso, que ninguna de las dos cosas. Solo tenía un propósito: demostrar que tus palabras han ejercido una influencia profunda en mis pensamientos y en mis creencias.

—Eso parece —murmuró él, mirándola fijamente.

Arriba y atrás, vuelta tras vuelta. El movimiento del baile intensificó la euforia que recorría las venas de Arabella. Él no parecía enfadado. Quizá cauteloso, inquisitivo, como cabía esperar. Aun así, su vestido de tartán había logrado mucho más de lo que ella había osado esperar. A lo sumo, había confiado en obtener una conversación. Pero aquello —girar por el espléndido salón de Lady Cottingford, bajo el resplandor de tres enormes candelabros y en

brazos del hombre que amaba— resultaba casi insoportablemente dulce.

Sir Alexander no volvió a hablar durante el resto del baile. La guio con impecable precisión, observándola sin apartar la mirada, sonriendo a veces, escrutando su rostro otras. Arabella, por su parte, se tranquilizó al saber que había hecho cuanto estaba en su mano y que, ocurriera lo que ocurriera después, siempre conservaría aquel momento.

Finalmente, la música se extinguió. Tomándola con firmeza del brazo, él la condujo fuera del salón, atravesando varias antesalas, saludando con breves inclinaciones a conocidos, hasta que las puertas francesas de cristal que daban a una amplia terraza aparecieron ante ellos.

El corazón de Arabella comenzó a cantar. Él deseaba estar a solas con ella. No podía pedir más que eso: una oportunidad para explicarle el significado de su inusual vestido y la naturaleza exacta de sus pensamientos. Anhelaba decirle cuánto lo amaba, aunque no estaba segura de que él pudiera aceptarlo.

Cuando la llevó al extremo más apartado de la terraza, oculto tras varias coníferas en macetas, su pulso volvió a desbocarse. Ella

contempló el campo, las colinas que se alzaban hacia el norte. A lo lejos, incluso se distinguía el resplandor de las luces de Pelworthy.

—Arabella —dijo él.

Al volverse, él tomó sus manos entre las suyas.

—Debo saber —añadió— qué hay en tu corazón para que hayas arriesgado tanto al presentarte en sociedad con un tartán escocés.

Ella dudó. No sabía por dónde empezar ni si él la creería. Las lágrimas le empañaron los ojos y él frunció el ceño con preocupación.

—No sé qué decirte —comenzó—, salvo que la última vez que hablamos me abriste los ojos. No comprendía hasta qué punto los prejuicios de mi madre estaban arraigados en mí. Decir que los he abandonado por completo sería mentir, porque ignoro hasta dónde llegan sus viejas restricciones. Solo puedo prometerte que he trabajado sin descanso —y seguiré haciéndolo— para cambiar mi manera de ver mi herencia… y la de los demás.

—Este cambio parece repentino —replicó él—. Debes perdonarme si me cuesta aceptarlo. Aunque, lo confieso, este vestido es una prueba contundente. ¿Cómo se te ocurrió?

—Mi madre me contó una vez que, antes del nuevo siglo, existieron unas damas escocesas muy célebres, las señoritas Maxwell, que encargaron vestidos de tartán para manifestar su patriotismo. Recuerdo aún su gesto de disgusto y sus críticas a la derogación, en 1782, de la ley que prohibía la vestimenta de las Highlands. Fue ese recuerdo lo que me decidió.

—¿No encontraste tartán en Chilchester? —preguntó, incrédulo.

Ella rió entre dientes.

—En absoluto. Tuve que ir a Londres.

—¿A Londres? —repitió él, mirándola con creciente intensidad —. ¿Todo ese camino solo por un poco de tela escocesa?

—Se me ocurren pocas razones mejores —respondió ella con una sonrisa—, sobre todo después de que te negaras a reunirte conmigo en Halland Creek. Tenía tanto que decirte… pero no te culpo por no querer escucharme. Mi comportamiento fue atroz. Tenías razón en todo y no te habría reprochado que jamás volvieras a reconocer mi existencia.

—No me debes nada, Arabella. Lo nuestro fue privado y discreto. No existía compromiso alguno entre nosotros, ni entonces

ni ahora.

El corazón se le encogió.

—Si crees que hice esto por sentido del deber, te equivocas. Soy plenamente consciente de que no me debes nada.

—No es eso lo que me inquieta —dijo él—. Quiero saber por qué lo has hecho.

Ella comprendía lo que deseaba oír, pero temía revelarlo. Respiró hondo. Nunca había amado a un hombre ni se había atrevido a decirlo en voz alta. Las palabras parecían imposibles.

Aun así, enderezó los hombros y reunió todo su valor.

—Cuando te dejé aquel día, comprendí que, en algún momento entre nuestro encuentro en Pelworthy el pasado febrero y aquella horrible conversación de hace cinco días, había llegado a anhelar tu compañía más que nada en el mundo. Me di cuenta de que te amaba. Me enamoré de ti con toda mi alma. Cuando te negaste a verme, supe que debía hacer algo para demostrar cuán equivocadas eran mis antiguas creencias… y para decirte que mi corazón te pertenece.

Sir Alexander contempló sus hermosos ojos verdes, aún brillantes de lágrimas, incapaz de creer la transformación de la mujer que tenía ante sí. La arrogancia que había visto el lunes había desaparecido. Aquella Arabella era otra. Y, sin embargo, la duda persistía. ¿Podía alguien cambiar tan deprisa?

—No me debes nada —repitió ella con firmeza.

Él agradeció esas palabras. Necesitaba tiempo para pensar, para encajar racionalmente aquel gesto excepcional. Pero no podía soltarle las manos. No cuando estaba tan hermosa, tan vulnerable.

—Al diablo con todo —murmuró de pronto.

La atrajo hacia sí.

—No debería…

Se interrumpió al notar cómo ella se quedaba rígida, con la mirada fija más allá de él.

—Allí —susurró—. Creo… oh, Dios mío… debe de ser Pelworthy.

Se volvió de inmediato.

—Dios mío, tienes razón. Mi casa está en llamas. Debo irme.

La noticia se propagó con rapidez. Arabella corrió junto a él mientras atravesaban el vestíbulo.

—No importa —dijo él—. Yo mismo me encargaré.

—¿Señor? —preguntó el mayordomo, sorprendido.

—Conozco los establos.

—¿Puedo acompañarle? —preguntó Arabella.

—Si así lo desea, pero debemos partir ahora mismo.

Ella pidió al mayordomo de Lady Cottingford que avisara a su padre y le explicara la situación.

Luego corrió junto a Sir Alexander, con la media cola de tartán rozando la grava, hasta que alcanzó el lazo y recogió el vestido sobre el brazo.

El mozo de cuadras jefe de Lord Cottingford era célebre por su eficacia. Aquella noche también lo sería por su rapidez. En cinco minutos, los caballos estaban enganchados y el tiro avanzaba veloz por la avenida. Una vez en el camino, Sir Alexander azuzó a los animales y el carruaje ganó una velocidad vertiginosa.

Arabella se aferró con fuerza, rodeó con un brazo la cintura de Sir Alexander y se sostuvo con todas sus fuerzas. Pelworthy se

encontraba a siete millas de Ovinghurst, y estaba segura de que terminaría cubierta de moratones tras un viaje tan rápido por caminos irregulares y mal mantenidos.

Capítulo 14

Arabella mantenía aún el brazo alrededor de la cintura de Sir Alexander cuando este detuvo el carruaje de forma brusca a unos cien metros de la barbacana. Gran parte del exterior sur del castillo ardía con ferocidad, alimentado en buena medida por los andamios asegurados contra varios tramos del muro de piedra. Sin embargo, las llamas más voraces brotaban de la propia barbacana, construida en gran parte de madera, incluido el antiguo puente levadizo.

Ella contempló el incendio, incapaz de asimilar su violencia.

—¿Se puede hacer algo? —gritó, alzando la voz por encima del rugido del fuego.

Sir Alexander le entregó las riendas y saltó al suelo. Varios sirvientes corrían de un lado a otro; algunos transportaban agua desde el arroyo, otros comprobaban si todos habían logrado salir

antes de que las llamas se adueñaran del edificio. Llamó a uno de ellos.

—Tú, ven aquí. ¿Están todos a salvo?

—Sí, Sir Alexander. Ya lo hemos confirmado. Estamos buscando más cubos.

—Bien —murmuró.

Arabella vio cómo sus hombros se hundían ligeramente. Los cimientos y los muros exteriores eran de piedra, pero abundaba la madera en los tabiques interiores, los pisos superiores y los techos, lo que garantizaba que el fuego tardaría en extinguirse. Vio entonces a Churchill acercarse por detrás y rozar con el hocico la mano de su amo. Sir Alexander se agachó de inmediato, le revolvió el pelaje y le frotó las orejas. No alcanzó a oír lo que le decía al animal, pero el alivio en su rostro era evidente al comprobar que su perro estaba a salvo.

Detuvo a otro sirviente y, con Churchill siguiéndolos, se acercaron al carruaje. Sir Alexander indicó a Arabella que bajara, y el criado se llevó los caballos y el vehículo.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó ella, con la garganta oprimida por las lágrimas.

Podía imaginar el dolor que él sentía, pero ver Pelworthy envuelto en llamas superaba cualquier intento de serenidad.

—Me temo que no mucho —respondió él, con la voz casi ahogada por el crepitar del fuego—. Haría falta un ejército entero para sofocar este infierno.

Arabella se alejó unos pasos de la barbacana, con el corazón aún encogido. Varias lágrimas resbalaron por sus mejillas antes de que su atención se desviara hacia un movimiento en la distancia. Luces oscilantes aparecían tanto por el camino del este como por el del oeste, rebotando mientras ascendían por la empinada cuesta que conducía al castillo.

Se giró, con los ojos anegados de nuevo.

—Alexander —lo llamó.

Él seguía contemplando el incendio.

—¿Sí?

—Creo que tu ejército acaba de llegar.

—¿Qué? —frunció el ceño—. ¿Dónde?

—Mira —dijo ella, señalando hacia el sur.

—Deben de ser cientos… ¿cómo es posible?

—En parte —respondió— porque Pelworthy es una pieza importante de nuestra historia local y, en parte, porque estoy convencida de que su nuevo propietario es un hombre muy respetado, sobre todo entre los comerciantes y los aldeanos del valle.

—Tengas razón o no —dijo él—, te estoy tan agradecido que no sé qué decir.

—Entonces empieza por trazar un plan de ataque —sugirió ella —. Hay que decidir con precisión dónde se librará la batalla contra el fuego.

Él rió entre dientes y le acarició el rostro.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó ella—. No he hecho nada.

—Por estar a mi lado ahora.

Ella le devolvió la sonrisa y, tras mirar alrededor, preguntó:

—No he visto a lord Anthony. No me digas que estaba dentro.

—No —respondió él—. Pasaba la noche con el escudero Langford. Si no me equivoco, pensaba pedir esta misma noche la mano de la señorita Sophia.

A medida que llegaban aldeanos, comerciantes y granjeros, Sir Alexander comenzó a organizar a sus sirvientes, dando órdenes precisas sobre la formación de la cadena de cubos y el uso del agua traída de Halland Creek.

Cuando la brigada comenzó a trabajar, se inició una noche de esfuerzo agotador. Pasaron horas antes de que aparecieran los primeros signos de victoria. Para entonces, la barbacana no era más que un cascarón ennegrecido, húmedo y humeante, cuyo hedor, según Arabella, debía de extenderse kilómetros a la redonda. Dos docenas de mujeres habían traído comida para los trabajadores, que ella ayudó a repartir con constancia, junto con abundante café. El trabajo adquirió un ritmo obstinado, reflejado en cada rostro sombrío y decidido.

Cuando las llamas comenzaron a menguar de forma visible, se alzó un grito de júbilo. Sir Alexander, cubierto de hollín, dio las gracias a muchos de los presentes, pero los hombres más experimentados advirtieron que los incendios mal sofocados solían reavivarse. Así, el trabajo continuó hasta que el último rescoldo fue extinguido. Solo entonces se permitió cierto alivio, aunque varias líneas de agua se mantuvieron activas y los hombres inspeccionaron una y otra vez el perímetro en busca de brasas ocultas.

Al amanecer, cuando no se elevaba ni una sola voluta de humo, la mayoría emprendió el regreso a casa. No obstante, medio centenar de personas permanecieron allí, con alimento y lugares donde descansar, por si alguna viga no detectada volvía a prender.

Agotada, Arabella se acercó a Sir Alexander para despedirse, cuando un sirviente, enrojecido y empapado en sudor, se aproximó con rapidez.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sir Alexander—. ¿Se ha declarado otro fuego?

—No, señor. Vengo de parte de lord Anthony. Le ruega que le acompañe, junto con la señorita Everleigh, si es posible —se inclinó ante ella—. Hay algo que desea que ambos vean de inmediato, ahora que el incendio está controlado.

—Iré enseguida —respondió Sir Alexander—, aunque creo que la señorita Everleigh necesita ver su cama.

El sirviente palideció.

—Le ruego que me disculpe, pero lord Anthony fue muy claro. Insistió al menos una docena de veces en que la señorita Everleigh debía acompañarle. Lo siento mucho, señorita.

—Por supuesto que iré —dijo ella—. Si su señoría lo solicita, tendrá una razón de peso.

—Creo que la tiene, señorita.

Sir Alexander dio entonces instrucciones a su mayordomo para que continuara con las inspecciones. Al ofrecerle el brazo, Arabella lo aceptó con gratitud. Sonrió al ver su rostro tiznado.

—No te reconocería de lejos.

—Ni yo a ti.

—¿De verdad? ¿Estoy tan negra como tú?

—Casi, me temo.

Con ese intercambio ligero, el trayecto resultó sorprendentemente breve. Arabella aún sonreía cuando llegaron a la última curva de un barranco estrecho y oculto. Su sonrisa se extinguió de inmediato.

Allí, atados, se encontraban John Calvert, el capitán Wetherby y Henry Kensington. Sobre ellos, con un rifle de caza en la mano, vigilaba lord Anthony, acompañado por dos sirvientes más. Arabella reconoció a uno de ellos: el hombre al que había repartido café, pan

y jamón durante la noche. En su momento se había preguntado por qué su ropa permanecía tan limpia. Ahora lo comprendía.

—¿Qué significa esto, Anthony? —preguntó Sir Alexander.

—Regresé antes de Wistfield —explicó—, pues la señorita Sophia no se encontraba bien. Al llegar, vi el castillo ardiendo y a tres hombres huyendo en esta dirección. Mis sirvientes no iban lejos; uno llevaba este rifle. Me uní a la persecución y fue una sorpresa encontrarme con estos caballeros al final del camino.

Arabella miró a sus pretendientes, incapaz de comprender.

—Debe de haber un error —dijo.

—Ojalá lo hubiera, por su bien, señorita Everleigh.

—¿Está seguro? ¿Lo han admitido?

Miró a Henry. Él sostuvo su mirada solo un instante antes de bajarla, con una expresión de profunda culpa. La verdad la golpeó con violencia.

—Oh, Dios mío —murmuró, llevándose la mano a la boca.

—No comprendo por qué finge sorpresa —intervino el capitán Wetherby—. Nunca habríamos hecho nada sin su consentimiento.

—¿Qué? —exclamó ella—. Yo jamás… ¿cómo puede decir algo así?

—El martes, en Chilchester —dijo el señor Calvert—, usted aceptó que se presionara a Sir Alexander.

Iba a responder cuando Henry la interrumpió con brusquedad:

—¿Qué demonios? ¿Lleva usted un vestido de tartán, señorita Everleigh?

Los tres hombres fijaron entonces la vista en su vestido ennegrecido, y el asombro se reflejó en cada uno de sus rostros.

—Sí, lo llevo —respondió ella.

Al mismo tiempo, percibió algo más. Al volverse hacia Sir Alexander, vio en su expresión una sombra especulativa, incluso recelosa.

—Más concretamente, señorita Everleigh —dijo él con frialdad —, ¿llevaba el tartán para distraerme? ¿Ese era su propósito?

Arabella quedó muda, con la boca abierta. Que él pudiera creerla capaz de un acto tan vil, de una destrucción semejante, la dejó sin palabras.

—Ahí lo tiene —dijo Henry—. Ella sabía lo que pretendíamos y utilizó el tartán para ayudarnos.

—No, Henry —respondió ella por fin—. Estás completamente equivocado.

Pero vio que Sir Alexander no estaba convencido, y una vergüenza profunda la invadió, no tanto por su incredulidad, sino por haberle dado motivos para dudar de ella en el pasado. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Sé que no me creerás —dijo—, pero no tuve nada que ver con esto. No sabía lo que planeaban.

—¿Por qué aseguran entonces que tú aprobabas sus actos? —preguntó él—. ¿Qué les dijiste en Chilchester para darles motivos?

—No lo recuerdo con claridad. Mi padre me apremiaba para marcharnos y entonces te vi entrar en The Bear. Solo pensaba en ti. Admito que apenas les prestaba atención. Sí, recuerdo algo sobre «encender el fuego bajo Sir Alexander», pero jamás pensé en incendiar Pelworthy.

—Todos le oímos decirlo —gruñó el señor Calvert.

—Me refería a su corazón —replicó ella—, no a su casa. Lo amo desde hace mucho tiempo. —Se volvió hacia Sir Alexander—. Debes

creerme. Pensaba en tu corazón, nunca en Pelworthy. Jamás aprobaría algo como esto. Nunca.

—Ojalá pudiera creerte —dijo él.

Arabella estaba exhausta tras los esfuerzos de la noche y ya no podía contener las lágrimas. Le resultaba imposible aceptar que aquello estuviera ocurriendo: que algunos de sus amigos más cercanos hubieran cometido un acto tan atroz contra Sir Alexander y que, de algún modo, ella misma se hubiera convertido en culpable a sus ojos.

Se sentía hundida de nuevo y era plenamente consciente de ello. Había creído haber salido del bosque, pero allí estaba otra vez, atrapada en su parte más oscura. Incluso su vestido de tartán parecía volverse contra ella. Una pregunta, más grave aún, se abrió paso en su mente: aunque él la creyera en aquel momento, ¿podría llegar a confiar verdaderamente en ella algún día? Tal vez no. Y, de ser así, ¿sobre qué cimiento podría levantarse un amor duradero?

No sabía qué hacer. Seguir protestando le pareció inútil, de modo que guardó silencio. Los caballeros permanecían en el suelo, inquietos, con semblantes demacrados.

—¿Qué quieres que haga al respecto? —preguntó Sir Alexander.

Ella se volvió hacia él, con una esperanza tímida que brotaba con cautela.

—¿A qué te refieres?

—Aún está por decidir si eres inocente o no —respondió—, pero por el momento, ¿qué hago con tus pretendientes? Sospecho que la destrucción de un antiguo castillo podría considerarse un delito castigado con la horca en un tribunal inglés.

Arabella se sobresaltó. Hasta entonces no había pensado en las consecuencias de aquel crimen espantoso. Al oírlo expresado de ese modo, se estremeció.

—No había pensado en eso.

—Quizá deberías haberlo hecho —intervino Henry, tembloroso y al borde del llanto—, cuando nos dijiste que encendiéramos un fuego bajo Sir Alexander.

El capitán Wetherby habló con brusquedad:

—Ella no nos dijo que hiciéramos nada.

—Sí lo hizo —insistió Henry, con una voz que sonaba mucho más joven que sus veintidós años.

Arabella lo miró largo rato. De pronto supo, al menos en parte, cómo responder a la pregunta de Sir Alexander.

—Si de mí dependiera —dijo con calma—, haría que Henry luciera un par de galones antes de que terminara el año.

—¿Un par de galones? —repitió él, con los ojos brillantes durante un instante, antes de apagarse—. Mi madre jamás lo permitiría.

Arabella ignoró aquella respuesta lamentable y se volvió hacia los otros dos caballeros.

—En cuanto a ustedes, capitán Wetherby y señor Calvert, estoy convencida de que sabían perfectamente que no me refería a incendiar Pelworthy. Henry, lo admito, pudo haberlo creído por su juventud. Sin embargo, ambos sabían que, aunque mi trato con Sir Alexander el sábado pasado no fue amable, siempre he sentido una profunda devoción por este castillo. Por lo tanto, sus acciones no nacieron de una confusión, sino de los celos hacia el hombre al que sabían que había llegado a amar.

Se volvió hacia Sir Alexander.

—En cuanto a ti, me temo que deberás perdonarlos. ¿Cómo podían imaginar que me robarías el corazón de este modo? Ni yo misma creí posible algo así. Condenarlos a muerte por un acto cometido en nombre de un amor mal entendido sería una locura imperdonable, especialmente considerando tu deseo de criar a tus hijos entre la alta sociedad de Chilchester. No obstante, el daño causado debe ser reparado.

Clavó entonces la mirada en el capitán Wetherby.

—A usted lo desterraría de por vida en un radio de treinta millas alrededor del valle. Le prohibiría adquirir Maresfield, pues he oído suficientes comentarios sobre su carácter en los últimos días como para creer que no siempre sería bienvenido en Chilchester.

Él no protestó, y su inquietud confirmó a Arabella que las advertencias de Louisa no habían sido exageradas.

Luego se volvió hacia el señor Calvert, que la miraba con gesto hosco.

—Su castigo será más complejo. No puedo desterrarlo ni enviarlo al ejército, pues es propietario de una finca valiosa y ello provocaría un conflicto abierto. Por tanto, su expiación consistirá en

financiar las reparaciones necesarias para subsanar los daños causados a Pelworthy.

Los ojos del señor Calvert se abrieron de par en par; era bien conocida su avaricia, pero no dijo una palabra.

—Si se negara —añadió ella con serenidad—, haría público que fue uno de los responsables del incendio. Muchos podrían perdonarlo, pero no todos, y la gente común no vería con buenos ojos un crimen como el de esta noche.

Respiró hondo y se volvió hacia Sir Alexander.

—Estas serían las sentencias que dictaría. Por supuesto, podrías remitirlos a la justicia, y no dudo de que el castigo sería severo, pero si deseas permanecer en Chilchester, te aconsejo suavizar el golpe. Si mis propuestas no te convencen, quizá deberías consultar al señor Langford, que parece tener una habilidad especial para resolver asuntos de este tipo.

Sin esperar respuesta, se excusó alegando que estaba exhausta y abandonó el barranco, ascendiendo con dificultad por el sendero, pues le temblaban las piernas. Estaba profundamente perturbada, tanto por los acontecimientos de la noche como por la certeza de que no solo tres de sus amigos habían provocado el

incendio, sino que Sir Alexander, sin duda, la consideraba también culpable.

Al regresar al castillo encontró a su padre aguardándola con el carruaje. Subió con esfuerzo, como si llevara pesos atados a los tobillos, y se sentó a su lado. Sin poder contenerse, rompió a llorar desconsoladamente y no se calmó hasta haber llegado a casa, haberse bañado, despojado del hollín, vestido un cálido camisón y metido entre las sábanas.

Cuando despertó varias horas después, se volvió hacia la ventana y observó a los gorriones revoloteando entre la espesa hiedra que enmarcaba el cristal. Sonrió con cansancio. Tenía los ojos hinchados y ardientes, un recordatorio inmediato de todo lo ocurrido en apenas veinticuatro horas.

Su doncella le llevó el té puntualmente a las cinco, pero Arabella no se levantó. Se recostó entre almohadones y sostuvo la taza entre las manos.

—¿Cómo sabías que estaba despierta? —preguntó en voz baja.

La doncella, que revisaba cuidadosamente cada par de medias de seda de su señora, sonrió.

—Me dijeron que la despertara si seguía en la cama. No me agradaba hacerlo, pero el señor Everleigh insistió.

—Supongo que no quiere que duerma demasiado para luego pasar la noche en vela.

—En realidad, señorita, me pidió que le dijera que su abogado está abajo y que parece haber un problema con su dote que necesita tratarse. Espera que, si no está demasiado cansada, pueda recibirlo.

Aquello no tenía sentido. Su dote había quedado fijada en los documentos matrimoniales de su madre hacía años. Además, había algo más.

—¿El abogado de mi padre ha venido por un asunto urgente un domingo por la noche? —preguntó, sorprendida.

La doncella se encogió de hombros, aunque una leve sonrisa en sus labios despertó la sospecha de Arabella. Fuera cual fuese el asunto, sintió la necesidad de averiguar por sí misma cómo su dote había pasado a ser motivo de preocupación.

Media hora después, vestida con un sencillo vestido de muselina bordada y el cabello recogido en un moño discreto, entró

en el salón. Allí encontró no solo a su padre y al abogado, sino también a Sir Alexander y a un caballero desconocido.

Al verlo, su corazón se desbocó y estuvo a punto de desmayarse de nuevo. ¿Qué significaba aquella visita? Su padre, al notar su desconcierto, acudió de inmediato a su lado, la tomó del brazo y la condujo hasta un sillón junto a la chimenea, donde ella se dejó caer agradecida. Las piernas le temblaban. Seguía agotada y con los nervios al límite.

Su padre le ofreció una copa de jerez, que comenzó a sorber con la esperanza de tranquilizarse. Entonces un pensamiento doloroso la atravesó: el hombre que acompañaba a Sir Alexander debía de ser su abogado y quizá había acudido para responsabilizarla del incendio de Pelworthy. Estuvo a punto de romper a llorar otra vez. En su lugar, se bebió el jerez de un trago y empezó a balbucear.

—Arabella —dijo su padre, sorprendido.

—¿Otra copa, por favor, papá? No me encuentro bien y sospecho que lo que vas a decirme requerirá al menos otra.

—Arabella, creo que lo has entendido mal…

—Por favor, papá.

—Permítame —intervino Sir Alexander.

Se acercó y le retiró con suavidad la copa de los dedos temblorosos. Estaba bien afeitado y parecía descansado, aunque las sombras bajo sus ojos delataban la noche en vela. Seguía siendo tan atractivo como siempre y, como de costumbre, ella sintió un leve mareo al mirarlo. Cuando él sonrió con un matiz divertido y una ternura inesperada en sus ojos azules, Arabella consiguió devolverle una sonrisa vacilante.

Un instante después, tenía una segunda copa de jerez entre las manos.

Se dirigió a su padre:

—Quizá sería mejor que hablara a solas con su hija, para suavizar el golpe.

Aquellas palabras, exactamente las mismas que ella había empleado al proponer el castigo para sus pretendientes, estuvieron a punto de hacerla desfallecer.

—Por supuesto. Utilice mi despacho —respondió él, señalando con el brazo hacia el vestíbulo.

Arabella advirtió que la expresión de Sir Alexander se había vuelto severa. Tal vez había sido amable al ofrecerle una copa de

jerez, pero ella sabía cómo estaban las cosas. Había acudido para presentarle los cargos. Nada más. Así que debía ser valiente. Aceptarlo. Morir en Tyburn Tree por el incendio de Pelworthy.

Cuando él le tendió la mano, alzó la barbilla y se levantó con toda la dignidad que pudo reunir dadas las circunstancias. Iría a la muerte con el valor que le quedaba.

—Tranquila, tranquila —murmuró él, acariciándole la mano mientras ella se aferraba a su brazo—. No será demasiado doloroso, te lo prometo.

—Quizá para ti no —respondió ella, tragando saliva con dificultad.

—Eso es cierto —replicó—. Esta entrevista me está resultando muy entretenida.

—¿Entonces he significado tan poco para ti? —preguntó en voz baja mientras cruzaban el vestíbulo—. ¿Todo está olvidado? ¿El amor del que hablaste, incluso el beso que compartimos en la terraza de Lady Cottingford?

—Oh, no olvidaré nada de eso, te lo prometo. ¿Tu padre te indicó dónde está su despacho?

—Sí, allí. La puerta de enfrente.

La condujo al interior, donde ella volvió a hundirse en una silla, la misma que había ocupado cuando su padre le mintió sobre su supuesta ruina. Así que todo terminaba de ese modo: Sir Alexander, aunque aseguraba que nunca olvidaría su amor, parecía capaz de dejarlo a un lado con facilidad ante aquellas horribles circunstancias. Sin duda la consideraba culpable del incendio. Ella alzó la mirada hacia él y aguardó.

Él frunció ligeramente el ceño.

—Querida, no tienes por qué parecer tan abatida, a menos que pretendas refutar las pruebas.

Arabella volvió a tragar saliva y enderezó los hombros.

—Ya has oído todas las pruebas. Supongo, por tanto, que la sentencia te corresponde a ti.

—Antes de continuar, hay algo que debo saber —dijo él—. ¿Eres capaz de amar a un escocés?

Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero no apartó la mirada.

—Más de lo que puedas imaginar —respondió—. Tal como dije anoche.

La dureza de su expresión se desvaneció y la antigua ternura volvió a inundar sus ojos.

—Esas son todas las pruebas que necesito.

—¿Para enviarme a Tyburn Tree? —preguntó ella, atónita, convencida de que el humo de la noche anterior le había afectado la razón.

Él se acercó de pronto, la sujetó por los brazos y la levantó.

—No, mi tonta —dijo, estrechándola contra sí en un abrazo cálido y firme—. Para preguntarte si me harías el honor de convertirte en mi esposa.

Arabella apoyó las manos en sus hombros y parpadeó varias veces.

—¿Tú… tú quieres que sea tu esposa?

—Sí, mi querida Arabella. Cuanto antes mejor, aunque supongo que la etiqueta exige que esperemos un mes entero.

—No lo entiendo —murmuró ella, mientras las lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas—. Pensaba que me despreciabas. Estaba convencida de que me considerabas responsable del incendio.

—Durante un tiempo lo dudé —admitió—, pero mis dudas se disiparon al escuchar la naturaleza de tus juicios. No había en ellos prejuicio alguno, ni hacia ellos por la gravedad de su delito ni hacia mí por favorecerlos por encima de su culpabilidad.

—Entonces, ¿por qué no dijiste nada? ¿Por qué me dejaste marchar? —preguntó, secándose las mejillas.

—Porque estabas exhausta y debía ocuparme de los culpables con rapidez, antes de que la verdad se extendiera.

—¿Y lo hiciste? —preguntó, asombrada.

—Sí. Mi abogado ha llegado a un acuerdo con el señor Calvert, que asumirá el coste de las reparaciones de Pelworthy. El capitán Wetherby ha abandonado la ciudad con intención de establecerse en Somerset. Y la señora Kensington ha aceptado, por fin, comprar un par de galones para su hijo.

Arabella lo miró, sorprendida.

—¿Has conseguido todo eso hoy?

Él asintió.

—¿Le has contado a la señora Kensington lo que hizo su hijo?

—No. Henry se lo contó él mismo.

—¿En tu presencia?

—Sí.

Arabella suspiró.

—Entonces me alegro por él. Debería haber pasado estos años en un regimiento de caballería y no desperdiciarlos en Oxford. Pero, Alexander…

Ella se ruborizó.

—¿Estás seguro de que deseas casarte conmigo? ¿Podrías amar de verdad a una inglesa?

Él sonrió con una ternura tan profunda que a ella se le derritió el corazón y se inclinó hacia él.

—Con todo mi corazón.

La besó con tal dulzura y amor que Arabella oyó un suave arrullo que comprendió, con sorpresa, que provenía de su propia garganta. Se sintió perdida en la maravilla de su abrazo, en la certeza de amar y ser amada y en la extraordinaria dicha de que se le permitiera casarse con un escocés.

Mucho más tarde, cuando Sir Alexander abrió la puerta del despacho, un grupo aguardaba a Arabella: su padre, los dos abogados, sus tres hermanas, lord Anthony y Sophia Langford, y la prometida de su padre, Madame Charbonneau.

—¿Está todo arreglado? —preguntó Hope, con el rostro iluminado por la emoción.

Arabella asintió y, al instante, se vio rodeada por sus hermanas, que la abrazaron con entusiasmo. Lord Anthony le besó la mejilla y Sophia confesó, radiante, que también estaba prometida. Madame Charbonneau besó a Arabella en ambas mejillas y le deseó toda la felicidad del mundo.

Su padre, los abogados y Sir Alexander regresaron al despacho para ultimar el acuerdo matrimonial. Después, los representantes legales se marcharon. Los demás compartieron una cena tranquila, aunque generosamente regada con champán, seguida de un poco de música y baile.

Mientras se encontraba frente a Sir Alexander en un baile campestre, Arabella se maravilló de que aquel primer encuentro en Pelworthy, meses atrás, hubiera desembocado en algo tan

extraordinario. Recordó la conmoción que sintió entonces al descubrir que un escocés se había adueñado de su querido Pelworthy y cómo ahora nada le complacía más que la idea de casarse con él. Cuánto había cambiado todo.

Cuando lord Anthony partió con su prometida, su padre acomodó a Madame Charbonneau en su carruaje rumbo a Elsbourne y sus hermanas se retiraron discretamente, Arabella volvió a quedarse a solas con Sir Alexander. Pidió que encendieran una pequeña chimenea, algo inusual en pleno verano, y se sentaron frente a las llamas, con la cabeza de ella apoyada en su hombro.

—Ojalá no tuviéramos que esperar un mes entero, mi amor —susurró ella, inclinándose para recibir un beso.

—Siempre podemos fugarnos —murmuró él, apartándole un mechón de cabello.

Ella rompió a reír.

—¿A Gretna Green? —dijo, sin dejar de reír—. ¿Por qué te divierte tanto?

—Porque está en Escocia.

—Pensé que la idea te gustaría por encima de todo.

—De hecho, sí. Tiene una ironía deliciosa.

—Y si realmente deseas ir —añadió ella de pronto, muy seria—, haré la maleta ahora mismo.

Él la besó de nuevo.

—Cómo me tientas, querida Arabella. Pero no. Tendremos un compromiso respetable, un matrimonio correcto, y nuestros hijos gozarán de todas las ventajas sociales. Sería una locura ceder a tus súplicas.

—Mi intención es escandalizarte —respondió ella—. Muchísimo.

Lo besó con decisión, expresándole sin palabras todo lo que sentía.

—Si no tienes cuidado —dijo él—, me veré obligado a llevarte a Gretna Green.

—Quiero ir —replicó ella—. Más que nada en el mundo. Alexander, llévame ahora mismo. ¿Qué podría ser más apropiado que casarnos en Escocia?

—Arabella —exclamó él, escandalizado.

—Hablo muy en serio. He vivido en una sociedad tan restrictiva que apenas me atrevía a sonreír. Tú has tenido aventuras, has vivido

quince años en la India. Yo no. ¿Me llevarás a Gretna?

Él la miró largo rato.

—Lo haré. Todo está arreglado con tu padre. Los papeles están firmados. Dejaremos una nota diciendo que volveremos dentro de un año.

—¿Un año?

—Quieres ver la India, ¿no?

—Dime que no bromeas —exigió ella—, porque si lo haces, no me casaré contigo. Por supuesto que quiero ir.

—Entonces haz las maletas, Arabella. Nos vamos esta noche.

Ella no dudó. Preparó una maleta, escribió cuatro cartas —a sus hermanas y a su padre— y se despidió de su doncella. Sir Alexander la aguardaba con el carruaje en el vestíbulo.

—Si tienes la más mínima duda —dijo él—, no tenemos por qué irnos.

—No tengo ninguna —respondió ella—. Ni una sola.

Le tomó del brazo y, junto a él, dejó atrás Fairlight para adentrarse en el futuro.



—¿Cómo lo sabías? —susurró Madame Charbonneau a su prometido.

Su carruaje aguardaba oculto bajo un gran roble, mientras el de Sir Alexander pasaba a la luz de la luna llena, con Arabella dentro y su equipaje bien visible.

El señor Everleigh se secó una lágrima.

—Porque hasta hace tres semanas había sido exclusivamente hija de su madre, y ahora es mía.

—Así parece —respondió ella—. Pero quizá no la veas en mucho tiempo.

—Eso espero. Que vea el mundo antes de regresar a Pelworthy y a la maravillosa, aunque exigente, tarea de criar a sus propios hijos.

—Creo que ese deseo tuyo ya se ha cumplido.